

REVISTA DE SOCIOLOGÍA

ISSN-0716-632X



Nº 29
2014

SECCIÓN I

TEMA CENTRAL * Fracturas y Representación Política

Cuarenta años no son nada: ¿la reposición del clivaje autoritarismo-democracia en el sistema de partidos chileno? / Marcel Aubry y Andrés Dockendorff

Los *think tanks* en el gabinete: una exploración del caso chileno (2006-2014) / Alejandro Olivares L., Bastián González-Bustamante, Javiera Meneses y Matías Rodríguez

SECCIÓN II

TEMA CENTRAL * Capital, *Habitus* y Formas de Socialización

El *habitus* y la movilidad social: de la modificación del sistema de disposiciones a la transformación de la estructura de clases / Andrés Aedo Henríquez

El liberalismo a la conquista del amor. Algunas constataciones y reflexiones sobre el consumo sentimental y sexual de masa en la era de Internet / Pascal Lardellier

SECCIÓN III

TEMA CENTRAL * Conferencia

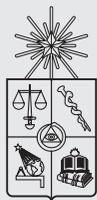
Entrando en la segunda etapa de la democratización / Alain Touraine

SECCIÓN IV

TEMA CENTRAL * Reseñas Bibliográficas

Alfredo Joignant y Patricio Navia (compiladores), *Ecos mundiales del golpe de Estado. Escritos sobre el 11 de septiembre de 1973* / Mauro Basaure

Clara Han, *Life in debt. Times of care and violence in neoliberal Chile* / Javiera Araya Moreno



DEPARTAMENTO DE SOCIOLOGÍA
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
UNIVERSIDAD DE CHILE

Revista de Sociología

N° 29, 2014

ISSN-0716-632X



Decano de la Facultad de Ciencias Sociales

Marcelo Arnold

Director del Departamento de Sociología

Raúl Atria

Director de la Revista

Octavio Avendaño

Asistente Editorial

Javier Loyola

Comité Local

Raúl Atria. Universidad de Chile
Emmanuelle Barozet. Universidad de Chile
Manuel Antonio Garretón. Universidad de Chile
Aldo Mascareño. Universidad Adolfo Ibáñez
Leonardo Mazzei. Universidad Andrés Bello
Carlos Ossandón. Universidad de Chile
José Ossandón. Universidad Diego Portales
Carlos Ruiz Sch. Universidad de Chile
María Emilia Tijoux. Universidad de Chile
Manuel Tironi. Pontificia Universidad Católica

Comité Internacional

Guy Bajoit. Université Catholique de Louvain. Bélgica
Fernando Calderón. Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD). Argentina
Daniel Chernilo. Loughborough University. Inglaterra
Julio Cotler. Instituto de Estudios Peruanos. Perú
Mario Diani. Universidad Pompeu Fabra. España.
José Mauricio Domingues. Universidade Federal do Rio de Janeiro. Brasil
François Dubet. Université Victor Segalen Bordeaux 2. Francia
David Lehmann. University of Cambridge. Inglaterra
Danilo Martuccelli. Université Lille 3. Francia
Fernando Mires. Universität Oldenburg. Alemania
Leigh Payne. University of Oxford. Inglaterra
Alejandro Portes. Princeton University. Estados Unidos
Bryan Roberts. University of Texas-Austin. Estados Unidos
María Luisa Tarré. Colegio de México. México
Carlo Trigilia. Università degli studi di Firenze. Italia
Maurice Zeitlin. University of California. Estados Unidos

La Revista de Sociología es publicada por el Departamento de Sociología perteneciente a la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Chile. Las opiniones vertidas en los artículos publicados son de exclusiva responsabilidad de sus autores.

Av. Capitán Ignacio Carrera Pinto 1045, Ñuñoa, Santiago de Chile

Teléfono: (0056 2) 22978 77 82

Fax: (0056) 22978 77 77

Correo electrónico: revsoc@uchile.cl

Índice

	SECCIÓN I * TEMA CENTRAL
	Fracturas y Representación Política
9	Cuarenta años no son nada: ¿la reposición del clivaje autoritarismo-democracia en el sistema de partidos chileno? <i>Marcel Aubry y Andrés Dockendorff</i>
37	Los <i>think tanks</i> en el gabinete: una exploración del caso chileno (2006-2014) <i>Alejandro Olivares L., Bastián González-Bustamante, Javiera Meneses y Matías Rodríguez</i>
	SECCIÓN II * TEMA CENTRAL
	Capital, <i>Habitus</i> y Formas de Socialización
57	El <i>habitus</i> y la movilidad social: de la modificación del sistema de disposiciones a la transformación de la estructura de clases <i>Andrés Aedo Henríquez</i>
77	El liberalismo a la conquista del amor. Algunas constataciones y reflexiones sobre el consumo sentimental y sexual de masa en la era de Internet <i>Pascal Lardellier</i>
	SECCIÓN III * TEMA CENTRAL
	Conferencia
91	Entrando en la segunda etapa de la democratización <i>Alain Touraine</i>
	SECCIÓN IV * TEMA CENTRAL
	Reseñas Bibliográficas
103	Alfredo Joignant y Patricio Navia (compiladores), <i>Ecos mundiales del golpe de Estado. Escritos sobre el 11 de septiembre de 1973</i> <i>Mauro Basaure</i>
109	Clara Han, <i>Life in debt. Times of care and violence in neoliberal Chile</i> <i>Javiera Araya Moreno</i>

SECCIÓN I * TEMA CENTRAL
Fracturas y Representación Política



Cuarenta años no son nada: ¿la reposición del clivaje autoritarismo-democracia en el sistema de partidos chileno?¹

Marcel Aubry*
Andrés Dockendorff**

Resumen

Con ocasión de la conmemoración de los 40 años del quiebre de la democracia en Chile, una secuencia de eventos ilustra una eventual reposición del clivaje político o división autoritarismo-democracia en el sistema de partidos chileno. Este ensayo se inscribe en una línea argumental alternativa a la de las hipótesis que enfatizan la búsqueda de diferencias sociales estructurales como fundamento de los alineamientos del sistema de partidos, centradas en torno al clásico modelo de Lipset y Rokkan (1967). Aquí se emplea el modelo de *full cleavage* de Deegan-Krause (2008), que disecciona los clivajes y sus combinaciones posibles en tres dimensiones: socioestructural, normativa y organizacional-institucional. A partir de lo anterior, el artículo provee de plausibilidad a la hipótesis de que la reposición de la división autoritarismo/democracia se da al menos en dos elementos de lo que constituye un clivaje pleno: en los alineamientos ideológicos y en la organización del sistema de partidos. Dado lo anterior, se constata el papel determinante de la agencia política depositada en las élites partidistas para mantener con vida este tipo de conflictos. Esto resulta concordante con lo propuesto hace una década por Torcal y Mainwaring (2003). En cuanto a las implicancias comparativas de la aplicación de la teoría de los clivajes sociales al caso chileno, se advierte el problema potencial de darle un alcance general a la misma, dejándose instalada la interrogante sobre la pertinencia de usar estos conceptos en la realidad latinoamericana de forma acrítica.

Palabras clave: Clivajes - sistema de partidos - autoritarismo - élites - agencia política.

Abstract

On the occasion of the commemoration of the 40th anniversary of the breakdown of democracy in Chile, a sequence of events illustrates a possible replacement of the political cleavage or the authoritarianism-democracy division in the Chilean party system. This essay is part of an alternative line of argument to the hypothesis that emphasize the search for social structural differences as the basis of the alignments of the party system, centered around the classical model of Lipset and Rokkan (1967). Here the full cleavage model of Deegan-Krause (2008) is used, which dissects the cleavages and their possible combinations in three dimensions: socio-structural, normative and organizational-institutional. From the above, the article provides plausibility to the hypothesis that the replacement of the division authoritarianism/democracy is given in at least two elements of what constitutes a full cleavage: in the ideological alignments and in the organization of the party system. Given this, the decisive role of political agency placed on party élites to keep alive these kind of conflicts is proved. This is consistent with what was proposed a decade ago by Torcal and Mainwaring (2003). As for the comparative implications of the application of the theory of social cleavages to the Chilean case, the potential problem of giving it a general scope is observed, leaving the question about the relevance of using these concepts in the Latin American reality in an uncritical way.

Keywords: *Cleavages - party systems - authoritarianism - élites - political agency.*

¹ Agradecemos los comentarios de Ricardo Gamboa, Alfredo Joignant, Lorena Recabarren y Marcos Barretto.

* Master y PhD (c) en Political Behaviour, University of Essex, Reino Unido. Correo electrónico: maubry@uc.cl

** Magíster en Ciencia Política, Universidad de Chile. Correo electrónico: dockendorf@gmail.com

I. INTRODUCCIÓN

Cuando se cumplieron en 2003 los 30 años del quiebre de la democracia en Chile, todavía se discutía sobre la persistencia de un alineamiento en torno a la valoración del autoritarismo y de la democracia. De tal forma, la derecha continuaba representando casi exclusivamente a quienes apoyaron al régimen de Pinochet, mientras que la Concertación agrupaba a quienes se opusieron.

Paralelamente, un conjunto de decisiones y estrategias de las élites partidistas llevaron a un aparente debilitamiento de este conflicto. En la elección de 1999, la derecha ya comienza a avanzar en un proyecto de mayoría, que involucraba dejar atrás la figura de Pinochet. Lo anterior, apostando a una nueva plataforma discursiva orientada a ampliar el apoyo electoral de dicho sector por la vía de reducir el componente ideológico. Esta estrategia se basaba en el supuesto de que el conflicto en torno al autoritarismo decaería con el paso del tiempo.

Finalmente, la llegada a La Moneda del primer presidente socialista después de Allende conllevó la eliminación de los principales enclaves autoritarios mediante las reformas constitucionales de 2005. Con ello, se sustrajo de su dimensión proyectiva a la división en torno al autoritarismo y la democracia. Ello, toda vez que la transición a la democracia en 1990, el cambio de régimen político, así como sucesivos cambios institucionales posteriores dieron por finalizadas querellas políticas para efectuar reformas en torno a dicho conflicto. Es decir, la agenda de democratización dejó de ser un tema de futuro y se transformó en un problema eminentemente anclado en la valoración del pasado.

Este aparente debilitamiento del conflicto en torno al autoritarismo se vio confirmado por el triunfo de Sebastián Piñera en la elección presidencial de 2009. En esa ocasión, la antigua Alianza por Chile, que aglutinaba a los sectores tradicionales de la derecha, se complementa con grupos, dirigentes y adherentes prominentes escindidos de la Concertación. Así, surge entonces la Coalición por el Cambio, que suma a Chile Primero (con Fernando Flores, exministro de Allende) y al PRI (con Adolfo Zaldívar, expresidente de la Democracia Cristiana), entre otros. Al asumir Piñera la primera magistratura, se añade el nombramiento en la cartera de Defensa Nacional del exministro Jaime Ravinet, destacado militante de la Democracia Cristiana. Todas estas son decisiones específicas que buscaban ampliar las bases de apoyo de la derecha más allá de los límites dados por los alineamientos cristalizados con el plebiscito de 1988.

Lo anterior permitía especular que se estaba en vías de superar definitivamente la estructuración del sistema partidista en torno a Pinochet. En ese sentido, una lectura atenta de la plataforma discursiva de la derecha en la campaña de 2009 demuestra la ausencia de referencias explícitas a temas o asuntos relativos al denominado clivaje autoritarismo-democracia.

No obstante, en 2013 el fundamento de este alineamiento seguía latente, y aún más, fue reposicionado con fuerza por las élites. Ello, tanto por acciones de la Concertación como del Presidente de la República. La oposición dio énfasis al conflicto para dotarse de coherencia y unidad interna. Más que cualquier agenda socioeconómica o cultural,

lo que los partidos de la “Nueva Mayoría” (ex-Concertación) tienen en común es su condición de opositores a Pinochet. A su vez, el Presidente enfatizó la división para tratar de acentuar su propia identidad dentro de la derecha. Con ello, consiguió polarizar a su sector. Porque, finalmente, al tratar de deshacer la identidad entre Pinochet y la derecha que él representaría, Sebastián Piñera produjo conflicto al interior de esta. Las decisiones y el discurso público del Presidente y de la oposición de centroizquierda en torno a los 40 años del golpe de Estado contribuyeron a dar mayor prominencia al clivaje plebiscitario. Así, se confirma la importancia de la élite como impulsora de la vigencia de las divisiones políticas o ejes de conflicto.

De esa forma, este ensayo explora la posibilidad de que durante 2013, producto de la conmemoración de los 40 años del colapso del régimen democrático, las élites políticas reposicionaron la división autoritarismo-democracia. Para este efecto, se conecta literatura dispersa que alude directa o indirectamente a la discusión de los clivajes al tocar aspectos como: la estructuración programática de los partidos políticos; la conducta electoral; la institucionalización del sistema de partidos; y los efectos del sistema electoral. Luego, para dotar de plausibilidad a la hipótesis, se recoge la secuencia de hechos que provee evidencia sobre la reposición de una división autoritarismo-democracia y su correlato en términos de la opinión pública. Este ensayo intenta contribuir al debate sobre la continuidad de los alineamientos políticos –tanto en términos institucionales como masivos– pese al tiempo que ha pasado desde la restauración democrática.

En consecuencia, se defiende la idea de que las divisiones políticas tienen la capacidad de reproducirse en el tiempo. De igual forma, se argumenta que la división adquiere una inercia que es animada por secuencias de eventos o hitos, como la conmemoración de los 40 años del quiebre de la democracia que tuvo lugar durante 2013. Lo anterior, precisamente bajo el primer gobierno de derecha elegido mediante las urnas desde 1958. Gobierno cuya base de apoyo partidista estuvo conformada por contingente parlamentario y dirigentes que, en su mayoría, apoyaron al régimen militar. Ahora bien, a medida que la experiencia autoritaria que dio origen a la división consecuente se aleja en el tiempo, dicha controversia parece transformarse en algo cada vez más endógeno de la élite política. Esto ocurriría, sin perjuicio de que la opinión pública siga dislocada en torno a asuntos como: la interpretación histórica del quiebre de la democracia, las graves violaciones a los derechos humanos y la figura de Pinochet.

II. MARCO CONCEPTUAL

El estudio de la configuración de los sistemas de partidos se ha desarrollado, en buena medida, en torno al trabajo de Lipset y Rokkan (1967). Ellos formularon la noción original de clivajes sociales (del inglés *cleavage*) o fisuras sociales generativas que explican la formación de los sistemas de partidos en Europa occidental. En términos generales, los autores establecieron la existencia de cuatro grandes clivajes configurados a partir de los procesos de industrialización y construcción del Estado-Nación: la fisura centro-periferia; el conflicto Estado-Iglesia; urbano-rural y, finalmente, el clivaje trabajadores-empleadores.

En todos esos casos, la fisura refiere a una división fundamental que da lugar a grupos enfrentados, donde las líneas del conflicto siguen características sociales de la población. Luego, emergen partidos políticos representantes de cada uno de los lados del clivaje.

Un elemento central de la noción de clivaje tiene que ver con el momento en que se produce el congelamiento del sistema partidista en torno a líneas de fractura específicas. Así, los partidos que surgen permanecen aún a pesar del debilitamiento de la división original que sirvió de base a su aparición. Ello es posible tanto por razones institucionales propias de la dinámica de la competencia partidista, como por el hecho de que la relación entre los partidos y sus bases sociales de apoyo no es puramente funcional, sino que es mediada por un alineamiento ideológico que se constituye en forma dependiente de la división social.

La teoría de Lipset y Rokkan es específica respecto de las divisiones que dieron origen a los partidos en Europa occidental. Para efectos de hacer esta teoría generalizable a otros sistemas de partidos, sean estos posteriores a los indicados o bien pertenecientes a otros Estados no considerados originalmente, se ha separado la teoría en dos componentes. Por un lado, está el planteamiento formal respecto de la lógica de surgimiento de partidos en torno a divisiones sociales de base. Por otro, se han propuesto otras fuentes de división que dan a lugar a clivajes en diferentes sistemas políticos. Así, adicionalmente a las revoluciones industrial y nacional, que dan origen a los cuatro clivajes clásicos, la literatura también recoge subsecuentes transformaciones que ocasionarían nuevas fisuras generativas, como la revolución postindustrial y el conflicto entre valores materialistas y posmaterialistas aparejado a la misma (Caramani, 2010: 239-242).

En este ensayo adoptamos el esquema que propone Deegan-Krause (2008). En él se busca superar el uso genérico de la noción de clivaje. Allí se segmenta este tipo de divisiones en tres elementos según la conceptualización original de Bartolini y Mair (1990): estructura, actitudes e instituciones. La estructura refiere a grupos sociales definidos funcionalmente y que son bases de construcción identitaria para los individuos. Es decir, grupos asociados a características sociales independientes de la presencia de organizaciones políticas. El elemento de actitudes consiste en normas, valores e ideologías que conforman las principales divisiones en la opinión pública y que señalizan las diferentes opciones políticas. Por último, el elemento institucional corresponde a la provisión de una oferta política (típicamente partidos políticos) que estructura las opciones en la competencia electoral.

De esa forma, el 'clivaje pleno' (*full cleavage*) contendría los tres elementos señalados precedentemente. Es decir, grupos sociodemográficos con valores característicos asociados a diferentes organizaciones políticas que articulan su representación. Generalmente, la literatura que estudia los sistemas partidistas a partir de la teoría de los clivajes sociales recoge casos en los que uno o dos de los elementos que conforman un clivaje pleno están ausentes (Deegan-Krause, 2008).

En consecuencia, lo que se requiere es de herramientas que permitan analizar "algo menos que un clivaje" (Deegan-Krause, 2008: 539). Así, es posible identificar la presencia de solo una categoría, la cual se denomina "diferencia"; estructural, institucional o actitudinal,

o de dos de estas, lo que corresponde a una “división” (véase Cuadro 1). En este último caso, las combinaciones de elementos de clivaje posibles serían: estructura más actitudes; estructura más instituciones; y actitudes más instituciones (Deegan-Krause, 2008: 539). De lo anterior se desprende que, como será demostrado en este ensayo, para el caso chileno lo más adecuado desde el punto de vista teórico sería hablar de la “división autoritarismo-democracia” (A/D).

CUADRO 1

Nomenclatura de divisiones políticas según concurrencia parcial de los componentes de un clivaje pleno

	DIFERENCIA ESTRUCTURAL	DIFERENCIA ACTITUDINAL	DIFERENCIA INSTITUCIONAL
Diferencia estructural			
Diferencia actitudinal	División posicional		
Diferencia institucional	División censal	División temática	

Fuente: Deegan-Krause (2008).

III. LA DISCUSIÓN SOBRE EL CASO CHILENO

Desde una perspectiva histórica existe consenso en la literatura al atribuir al sistema de partidos chileno una morfología básica que lo emparenta más con sus homólogos europeos que con los discontinuos sistemas partidistas latinoamericanos, caracterizados por el caudillismo y la liquidez de sus estructuras de división (Dix, 1989; Gil, 1969; Coppedge, 1998; Roberts y Wibbels, 1999: 587). Corrientemente, se afirma que el sistema partidista chileno se habría organizado en torno a clivajes de largo plazo (Scully, 1992; Valenzuela, 1995; Dix, 1989). Esta semblanza europea también se manifestaría en lo referido al alto nivel de institucionalización (Mainwaring y Scully, 1995).

La temprana formación de un sistema partidista nacional y la eficacia del esquema de representación fueron rasgos distintivos del proceso político chileno antes del derrumbe de la democracia. Así, los partidos habrían conformado junto a otras organizaciones la “columna vertebral” del sistema político (Garretón, 1983: 17).

El surgimiento del sistema de partidos chileno puede explicarse mediante el planteamiento de Lipset y Rokkan para las democracias avanzadas (Scully, 1992). Conforme a esta interpretación, el multipartidismo chileno surge de conflictos secuenciales que dividen el espacio político, incorporando dimensiones sucesivamente. Así, el conflicto clerical-secular en el siglo XIX estructuró el sistema de partidos en forma tripartita, con radicales, liberales y conservadores. El conflicto de clases urbano, en la primera mitad del siglo XX, dio lugar a los partidos de izquierda (Socialista y Comunista), obligando al desplazamiento del Partido

Radical al centro político. En la segunda mitad del siglo XX, la extensión del conflicto de clases al sector rural habría dado paso al surgimiento del Partido Demócrata Cristiano en el centro del sistema de partidos (Scully, 1992).

Con todo, sin perjuicio del número de partidos, en el período pre-1973 el sistema partidista chileno se habría configurado en torno a tres tercios nítidos: izquierda, centro y derecha (Gil, 1969: 263; Valenzuela y Valenzuela, 1983; Valenzuela, 1978; Valenzuela, 1995; Scully, 1995; Tironi y Agüero, 1999). Lo anterior, bajo una clara preeminencia del clivaje de clases por sobre la fisura religiosa precedente (Bustamante, 1991: 29).

Al menos en lo referido a las etiquetas partidarias habría una continuidad relevante entre el sistema de partidos anterior a 1973 y el posterior a 1988. Lo novedoso es el reacomodo que operan esos partidos tradicionales en términos de conglomerados permanentes desde 1990. La principal característica del sistema de partidos que surge luego del régimen de Pinochet es su estructura en dos capas. Así, pese a existir un multipartidismo de base, sobre esto se monta una estructura con dos bloques permanentes, denominados la Alianza y la Concertación². Estos forman, en esa capa, un sistema de partidos cuasi-bipartidista, en atención al peso electoral de ambos bloques en conjunto. Esta estructura surge con ocasión del plebiscito de 1988, de modo tal que la Concertación, hoy “Nueva Mayoría”, ha aglutinado a los principales partidos por el No, mientras que la Alianza agrupa a los partidos más relevantes por el Sí. Ambos bloques persisten desde entonces solo con variaciones menores. Es importante llamar la atención al hecho de que este agrupamiento se ha mantenido para presentar candidaturas en todos los niveles³. Lo anterior, independientemente del sistema electoral que rija en cada caso: mayoritario (elección presidencial y de alcaldes desde 2000), proporcional de dos escaños (elecciones parlamentarias) y proporcional propiamente tal (elección de concejales).

Esta estructura doble del sistema de partidos es compatible a simple vista con diversas estructuras de división de base. Por un lado, la posición de los partidos, así como su agrupamiento en dos bloques, es comprensible por referencia al sistema de partidos existente hasta 1973, de modo tal que los bloques se componen con dos tercios en un lado y un tercio en el otro, partiendo desde la estructura surgida con ocasión del conflicto de clases. Pero, por otro lado, es también comprensible como un resultado del agrupamiento establecido en torno al plebiscito de 1988.

Con todo, ¿cuál eje divisorio predomina en el nuevo sistema de partidos chileno? ¿Las tradicionales divisiones socioeconómicas pre-1973, o la división A/D? En trazos gruesos, y a riesgo de pasar por alto diferencias sustantivas entre ellos, diversos autores han defendido

² Durante la competencia electoral, desde 1989 la centroizquierda se ha etiquetado bajo el nombre de “Concertación de Partidos por la Democracia”, hoy “Nueva Mayoría”. Por su parte, la coalición que aglutina a los partidos de derecha ha tenido varias denominaciones: “Unión por el Progreso”; “Unión por Chile”; “Alianza por Chile”; “Coalición por el Cambio”, y nuevamente Alianza por Chile.

³ Al tomar como unidad de análisis a las alianzas, y no a los fuerzas partidistas individuales, la estabilidad de los alineamientos políticos en el caso chileno es mucho más alta en perspectiva comparada (Morgenstern *et al.*, 2012; Carreras *et al.*, 2013: 8).

la continuidad de los clivajes históricos luego de la interrupción autoritaria (Valenzuela, 1995, 1999; Scully, 1995; Valenzuela y Scully, 1997; Raymond y Barros, 2012; Scully y Valenzuela, 1993; Valenzuela *et al.*, 2007; Dow, 1998). En esa línea, opinión experta a inicios de los noventa consideraba la dimensión socioeconómica (rol del Estado) como la más relevante para comprender los alineamientos en el sistema de partidos chileno (Huber e Inglehart, 1995).

Mientras tanto, otros investigadores discuten la noción de continuidad planteada más atrás, y postulan que el eje autoritarismo-democracia constituye un nuevo clivaje político capaz de explicar la configuración del sistema partidista post-Pinochet (Torcal y Mainwaring, 2003; Siavelis, 2000; Carreras *et al.*, 2013; Bonilla *et al.*, 2011; Tironi *et al.*, 2001; Carey, 2002; Tironi y Agüero, 1999; Álvarez y Katz, 2009; Bonilla y Silva, 2008). En ese sentido, también se ha señalado que la adhesión y cooperación entre partidos al mismo lado del clivaje de régimen podría terminar socavando la fisura de clase precedente (Siavelis, 2000: 121).

El planteamiento sobre el rol del autoritarismo en la conformación del sistema de partidos es introducido y masificado en la literatura por Tironi y Agüero (1999). Estos autores especularon que los clivajes sociales clásicos habrían perdido la capacidad estructurante, siendo desplazados por un nuevo alineamiento asociado al legado autoritario. Así, postulan que el alineamiento surgido en 1988 estaría fuertemente anclado en una división social, de modo tal que no operaría solamente en el nivel de los partidos, sino que también entre el público masivo (p. 158). En este sentido proponen el asentamiento del llamado “clivaje autoritarismo-democracia”, el que sería del mismo tipo que las divisiones sociopolíticas propuestas por Lipset y Rokkan. Las razones que argumentan son tres (p. 157). Primero, los alineamientos nuevos aparecerían como consecuencia de un quiebre profundo del régimen democrático en 1973. Segundo, la experiencia autoritaria constituiría un marco político de referencia para toda una generación de individuos, que se consolida como opciones políticas organizadas en el plebiscito de 1988. Tercero, este alineamiento sobreviviría por largo tiempo gracias a los intentos periódicos que efectúan los partidos para rescatarlo, así como por el efecto de los arreglos institucionales que encuadran la competencia partidista (particularmente, el sistema binominal). Entonces, los autores estarían proponiendo que el alineamiento que ensambla las valoraciones sobre el autoritarismo y la democracia constituye un “clivaje pleno”, ya que se desplegaría en las tres dimensiones mencionadas en la sección anterior, a saber: estructura, instituciones y actitudes.

Estas ideas fueron criticadas, sosteniéndose que no se ajustan correctamente a la teoría de los clivajes sociales a la cual los autores recurren para fundamentar su argumento. Así, la oposición entre autoritarismo y democracia sería solo un alineamiento político de carácter transitorio, y en ningún caso un clivaje o fisura generativa en los términos planteados por Lipset y Rokkan en su trabajo original (Valenzuela, 1999; Ortega, 2003; Siavelis, 2000; Valenzuela *et al.*, 2007; Maillat, 2009). La razón sería que este alineamiento del sistema de partidos no sería el reflejo de identidades de base que estructuren el conflicto social por medio de expresiones diversas, entre las cuales se cuenten partidos representativos de esos grupos. En otras palabras: “una fisura social/histórica se ramifica en la formación de toda una serie

de instituciones sociales, lo que proporciona el sustrato a lo que viene a ser una subcultura e identidad colectivas” (Valenzuela, 1999: 279). De manera adicional, sería teóricamente innecesario postular una nueva forma de división para explicar la permanencia de partidos suficientemente entendida en referencia a los clivajes clásicos religioso-secular y de clase.

En otras palabras, de acuerdo con el esquema propuesto por Deegan-Krause, el reacomodo de los partidos en dos coaliciones permanentes correspondería solo a una diferencia institucional o, a lo sumo, a lo que se denomina como una división temática (dada por la concurrencia entre una diferencia actitudinal y una diferencia institucional, sin contarse con una diferencia estructural). Es por ello que en este ensayo se sugiere que la noción de “división A/D” captura de mejor manera los postulados de la teoría original, al mismo tiempo que reconoce el efecto operado en el sistema de partidos chileno por dicho alineamiento. Lo anterior coincide con el juicio de que, si bien el sistema partidista pos-autoritario ha cambiado significativamente respecto al precedente, es “(...) poco probable que haya surgido una nueva fisura con suficiente fuerza como para reorganizar el panorama político chileno” (Scully, 1995: 101).

Determinar si la diferencia actitudinal autoritarismo-democracia está vigente o no, constituye otra línea de pesquisa más específica. Se ha planteado que en la medida en que: el período autoritario comenzara a quedar atrás; los militares pasaran a estar sujetos al control civil; los enclaves autoritarios fueran eliminados; el sistema electoral binominal fuese reformado; y fechas simbólicas como el 11 de septiembre perdieran prominencia, la división entre quienes apoyaron y rechazaron al régimen de Pinochet se debilitaría como elemento explicativo de la institucionalización del sistema de partidos y la movilización electoral (Valenzuela y Scully, 1997; Angell, 2003: 102; Luna y Altman, 2011; Ruiz, 2005).

Siguiendo esos planteamientos, los resultados de las elecciones de 2009, en las que la Alianza derrotó a la centroizquierda, reflejarían el declive de los ejes de conflicto que han explicado la competencia política después del régimen de Pinochet, incluida la división asociada al régimen (Luna y Mardones, 2010). Al mismo tiempo, con la victoria del RN Sebastián Piñera, la derecha habría encontrado al “mensajero” capaz de desvincular a la coalición del legado del autoritarismo (p. 116). Estos asuntos serán retomados más adelante en este ensayo.

3.1. Evidencia empírica para el caso chileno: ¿herencia política del autoritarismo?

Probablemente, es al trabajo de Torcal y Mainwaring (2003) al que se deba reconocer la más completa y detallada defensa de la idea de que la división en torno al régimen de Pinochet es capaz de estructurar el sistema de partidos⁴. Los autores defienden la capacidad explicativa de los legados políticos del autoritarismo en el sistema de partidos de la democracia restaurada. Ellos argumentan que el caso chileno demostraría la posibilidad

⁴ Para una evaluación del argumento de Mainwaring y Torcal a la luz de la literatura sobre partidos y elecciones en Chile, véase Joignant (2007).

de que la morfología del sistema de partidos se vea afectada seriamente por la herencia política del período autoritario. Esto habría devenido en un clivaje entre quienes apoyaron y quienes se opusieron al régimen de Pinochet. A objeto de fundamentar su argumento, Torcal y Mainwaring proponen llevar la mirada a las élites y a su capacidad para moldear el sistema de partidos durante los períodos de transición⁵.

A estos autores les preocupa un problema teórico mayor, cual es si el origen de los clivajes políticos requiere de divisiones socioestructurales en su base o si las élites pueden fabricarlos “desde arriba” (lo cual constituye la diferencia entre un “clivaje pleno” y una “división” en el sistema de partidos). Conforme a su conceptualización, habría tres vías diferentes para comprender el surgimiento de los clivajes políticos. Primero, la perspectiva en que el cambio social deviene en alineamientos políticos. Segundo, aquella en que dicho cambio conlleva transformaciones en valores o ideología, los cuales, a su vez, resultan en una reconfiguración del sistema partidista. Tercero, los autores proponen la posibilidad de que los clivajes en el sistema de partidos sean consecuencia de una creación política y no necesariamente surjan “desde abajo”.

Estos autores argumentan que en el caso chileno, el alineamiento en torno al autoritarismo desplaza a las otras fuentes de división política y, por ende, constituye un ejemplo de un clivaje constituido puramente por efectos de agencia política. Siguiendo a Bartolini y Mair (1990), proponen que esta segmentación en torno al régimen político tendría los tres elementos de un clivaje (p. 77). Es decir, se contaría con una diferencia estructural de base, con alineamientos actitudinales de los grupos en oposición y con la articulación política dada por la división en el sistema de partidos (p. 80).

La organización del sistema de partidos digitada por las élites “desde arriba” sería un rasgo definitorio del sistema de partidos post-Pinochet. Ello habría sido facilitado por la naturaleza de la transición a la democracia (pp. 80-83). Por una parte, los líderes opositores habrían funcionado con bastante autonomía respecto de la sociedad civil y de las mismas orgánicas partidistas. En la otra vereda, los dos nuevos partidos de la derecha, Renovación Nacional (RN) y la Unión Demócrata Independiente (UDI), se crearon siguiendo esa misma lógica *top down*, que se señaló precedentemente.

El completo trabajo de Torcal y Mainwaring ha servido como un punto de referencia obligado para desarrollos posteriores de componente empírico sobre este debate. Tres estudios han tratado de actualizar las conclusiones con datos más recientes y técnicas diferentes. El primero, usando datos de la elección de 2005 (elecciones presidencial y legislativa), concluye que el principal determinante de la decisión de voto está asociado con la dimensión autoritarismo-democracia. Allí se constata entonces que la división no ha perdido influencia (Álvarez y Katz, 2009). Un segundo estudio evalúa empíricamente las hipótesis de clivajes sociales y de clivajes políticos a partir de las diferentes situaciones

⁵ Sobre el rol de las élites y la agencia política, véase Chhibber y Torcal (1997). Ahí, los autores argumentan, tomando el caso español, cómo a las decisiones estratégicas de las élites partidistas van aparejadas determinadas configuraciones del sistema de partidos y los grupos sociales que respaldan a los partidos que lo conforman.

de polarización en el electorado que cada una implica. El resultado sería consistente con la hipótesis de los clivajes políticos de Torcal y Mainwaring, encontrando a los votantes divididos unidimensionalmente en dos grupos (Bonilla *et al.*, 2011)⁶.

En tercer lugar, el reciente trabajo de Bargsted y Somma (2013) da cuenta de un proceso paulatino de desalineamiento entre preferencias políticas y divisiones de clase, religión y régimen. El alto grado de convergencia alcanzado a nivel de la élite en torno a los asuntos señalados habría debilitado la señalética de la dimensión normativo-ideológica, para usar las categorías de Bartolini y Mair. En particular, estos autores asignan un peso mayor a la estructura de incentivos que delimita la competencia política. Tanto la moderación de la izquierda en el gobierno, como la progresiva desvinculación de los partidos de derecha con el régimen militar y con la figura de Pinochet, habrían contribuido a desanclar el clivaje de clase a nivel masivo (Bargsted y Somma, 2013).

Conforme a esta interpretación, la mantención de un clivaje sería tributaria de la capacidad o el interés de las élites políticas por señalar las coordenadas del sistema partidista a través de la ideología, manteniendo la división a nivel del público masivo. Esto va en línea con lo apuntado sobre la importancia de la agencia política para la reproducción de los ejes de conflicto (Torcal y Mainwaring, 2003; Chhibber y Torcal, 1997).

La discusión sobre el mecanismo causal propio de la división A/D se discontinúa luego del trabajo de Torcal y Mainwaring. A excepción de los tres trabajos citados arriba, la literatura posterior alude a dinámicas potencialmente asociadas a dicha división sin reexaminar sus fundamentos teóricos ni aportar nueva evidencia que discuta el núcleo de la polémica en torno a la prevalencia de una u otra división en el Chile post-Pinochet.

IV. LA SECUENCIA DE EVENTOS DE 2013: CUARENTA AÑOS DESPUÉS

En 2013 se cumplieron 40 años del quiebre de la democracia en Chile. Con motivo de dicha fecha, canales de televisión abierta y los principales medios de prensa escrita cubrieron profusamente diversos aspectos relativos a: el proceso de polarización política vivido durante el gobierno de Salvador Allende, el golpe de Estado, el régimen autoritario y las violaciones a los derechos humanos. Testimonios de actores claves, así como de personas que vivieron dicho período histórico, activaron una fuerte agenda medial en torno a la conmemoración del 11 de septiembre. Lo anterior, algo quizás comparable solamente a lo vivido con ocasión de los 30 años de la misma fecha, en 2003, durante el gobierno del socialista Ricardo Lagos Escobar.

Desde los partidos y representantes de la ex-Concertación de Partidos por la Democracia y el Partido Comunista, ahora agrupados en la “Nueva Mayoría”, se había esbozado

⁶ Recientemente, Kenneth Roberts ha argumentado que la fortaleza y estabilidad de un clivaje de régimen entre partidarios y opositores a los regímenes militares en América Latina se profundiza si existe un partido de izquierda significativo que, dejando atrás objetivos revolucionarios, ha adoptado la democracia como la única institucionalidad aceptable (Roberts, 2013: 20-22).

la importancia y simbolismo de esta fecha. Como recoge la prensa de esas semanas, principalmente entre agosto y septiembre se registró un nutrido debate entre actores políticos y académicos sobre el rol de los distintos actores en el quiebre de la democracia. Por ejemplo, trayendo a colación la denominada “Carta de los 13”, donde un grupo de militantes del Partido Demócrata Cristiano (PDC) condenó el golpe de Estado a dos días del 11 de septiembre de 1973.

El alineamiento institucional del PDC con la intervención militar, así como el análisis retrospectivo de la posición asumida por la Falange fueron motivo de discusión al interior del partido, así como también de debate con dirigentes de otros partidos de la “Nueva Mayoría”. La colaboración de militantes del partido en el régimen militar, o bien el apoyo a la Declaración de la Cámara de Diputados de agosto de 1973, en la que se acusaba al gobierno de “haber quebrantado la institucionalidad”, causaron polémica en la coalición de centroizquierda. Ahora bien, la directiva del PDC desechó la idea de realizar una actividad propia con motivo de los 40 años de la fecha señalada, optando por sumarse al acto a realizarse en conjunto con los demás partidos que conforman la “Nueva Mayoría” (La Tercera, 6 de septiembre de 2013).

Anteriormente, a fines de junio de 2013, las dos coaliciones realizaron primarias legales vinculantes para seleccionar a sus candidatos presidenciales. En el caso de la “Nueva Mayoría”, una observación rápida de la prensa de la época demuestra la existencia de acentuadas diferencias programáticas, específicamente entre el PDC y una parte de la izquierda, que apoyaba la opción de la ex-Presidenta Michelle Bachelet. Las desavenencias eran principalmente sobre temas como: matrimonio homosexual; aborto; educación particular subvencionada y asamblea constituyente. En términos generales, y con énfasis diferenciados, el bloque Partido Socialista (PS), Partido por la Democracia (PPD) y Partido Comunista (PC) impulsaba dichas propuestas. Mientras tanto, el PDC, que respaldaba la candidatura del exalcalde Claudio Orrego, se oponía.

Aquellos temas asociados a la división A/D, como: la oposición a la figura de Pinochet, las violaciones a los derechos humanos, el debate en torno al sistema político institucional y al modelo económico heredado del régimen militar se constituyeron en el único factor en común entre todas las candidaturas presentadas por los partidos de la “Nueva Mayoría” al proceso de primarias. Como ya se señaló, una vez superadas dichas elecciones, el discurso en torno a los 40 años del quiebre de la democracia cobró inusitada fuerza, animado por una abundante cobertura mediática.

Hasta ese punto, el debate en torno al autoritarismo parecía radicado casi en forma exclusiva en personeros y representantes de la centroizquierda, sin perjuicio de que estuviera presente con fuerza en las líneas editoriales de los principales medios de comunicación nacionales. Como se sostuvo en la introducción de este artículo, los partidos de la derecha ya habían adoptado la estrategia de dejar atrás la figura de Pinochet, así como la defensa explícita del régimen militar. No obstante, la intervención del Presidente de la República, el RN Sebastián Piñera, dotó al debate de una impensada dinámica. Como veremos a continuación, esto sirvió para reponer la división A/D.

4.1. Los cómplices (pasivos) del Presidente

A fines de agosto de 2013, el Presidente Piñera otorgó una entrevista en la que acuñó el término “cómplices pasivos”. Esto, a objeto de enfatizar la responsabilidad que tendrían los civiles que apoyaron al régimen militar en las violaciones a los derechos humanos. La entrevista que dio Sebastián Piñera al diario *La Tercera* gatilló un conjunto de reacciones y alineamientos en la élite político-partidista. En la entrevista, Piñera señaló que:

“(…) si buscamos responsables de lo ocurrido durante el gobierno militar y, particularmente, de los atropellos a los derechos humanos y la dignidad de las personas, por supuesto que hay muchos. Por de pronto, las máximas autoridades del gobierno militar, que sabían o debían saber lo que estaba ocurriendo. Pero no solamente ellos. Hubo muchos que fueron cómplices pasivos: que sabían y no hicieron nada o no quisieron saber y tampoco hicieron nada” (*La Tercera*, Reportajes, 31 de agosto de 2013).

Al atribuir responsabilidades a civiles bajo la figura de “cómplices pasivos”, Piñera importó al interior de la alianza de gobierno la polémica en torno al golpe de Estado y el régimen autoritario posterior. Lo anterior, toda vez que muchos de los civiles aludidos de manera indirecta hoy forman parte de los cuadros directivos y parlamentarios de los partidos de derecha, en particular de la UDI (Joignant y Navia, 2003). Inclusive, prominentes miembros del gabinete del gobierno de Sebastián Piñera fueron funcionarios de gobierno durante el régimen autoritario, o bien respaldaron públicamente a Pinochet en momentos en que las violaciones a los derechos humanos eran conocidas en el mundo entero⁷.

De paso, lo anterior confirmaría que la división en torno al régimen militar causa mayor polarización al interior de la alianza de partidos derechistas (Ruiz, 2005). Con todo, no se registró mayor respaldo a los dichos del Presidente en las declaraciones de dirigentes y parlamentarios de los partidos de derecha. Esto se entiende observando las palabras del mismo Sebastián Piñera, cuando señala que: “(…) casi toda la centroderecha se inclinó en esa época por el Sí. Yo lo discutí mucho” (*La Tercera*, Reportajes, 31 de agosto de 2013).

Sebastián Piñera explicó, en la misma entrevista, que su alineamiento como opositor a Pinochet –que según declaró también se tradujo en votaciones en contra en la consulta de 1978 y en el plebiscito por la Constitución de 1980–, no le impidió integrar un partido que apoyó la opción Sí en 1988, como es RN:

“Así que no es solo que voté No en el 88. Voté No en el 78 y en el 80. Sin embargo, una cosa es recuperar la democracia, que era mi gran motivación, y otra muy distinta es qué quería para el futuro de mi país. Y por eso, cuando finalmente se recuperó la democracia, tomé el camino que todos conocen” (*La Tercera*, Reportajes, 31 de agosto de 2013).

⁷ En esta categoría entran cómodamente los siguientes ministros de Estado del gobierno de Piñera: el Ministro del Interior y militante UDI Andrés Chadwick; el Ministro Secretario General de la Presidencia Cristián Larroulet y el Ministro de Educación y también militante UDI Joaquín Lavín.

Estas palabras dan cuenta de un intento por seccionar o parcelar el clivaje. Por un lado, en cuanto al apoyo-oposición a Pinochet, el actual mandatario se ubica al lado del No (“recuperar la democracia”). Esto, a diferencia de gran parte de la derecha. Mientras tanto que respecto del ámbito programático, excluidas aquellas materias referidas a la división A/D (derechos humanos, enclaves autoritarios, por mencionar algunos), su domicilio estaría con la alianza derechista (“(...) lo que quería para el futuro de mi país”). Cabe poner en duda si dicha segmentación de la dimensión ideológico-programática haya sido posible en plena transición a la democracia, cuando los asuntos referidos a la división A/D conformaban las principales querellas políticas por resolver. Actualmente, como se concluye, separar el clivaje no es posible. Ello, debido a que la división A/D posee una connotación eminentemente retrospectiva. Es decir, refiere principalmente a valoraciones sobre el pasado, y no a alternativas de política pública o disputas políticas que obligan a tomar posición sobre temas de futuro.

Una muestra de declaraciones de actores políticos representantes de los partidos de derecha ilustran la polarización causada por las palabras del Presidente Piñera. Dirigentes que se han caracterizado por su férrea defensa del régimen de Pinochet salieron a intentar trazar una línea entre lo que habría sido el apoyo al autoritarismo y el voto por la opción Sí, por un lado, de las violaciones a los derechos humanos, por otro. Para el entonces diputado UDI Iván Moreira: “nadie desconoce los desaparecidos ni el tema de los derechos humanos, pero no hay que olvidar que el 73 éramos ellos o nosotros”, y que “votar por el Sí no era justificar cualquier abuso a los derechos humanos que haya habido” (La Tercera, Reportajes, 31 de agosto de 2013). El senador UDI Jovino Novoa también criticó duramente al Presidente y su ofensiva en materia de derechos humanos en torno al 11 de septiembre:

“No es legítimo usar términos ambiguos como el de ‘cómplices pasivos’. (...) Venir ahora, 20, 30 o 40 años después, cómodamente sentado a decir que quienes debieron haber hecho esto o lo otro me parece a mí que es absolutamente injusto e irresponsable”.

Además, dijo considerarse: “(...) un actor muy activo” durante los tres años que le correspondió estar en el Gobierno “para que Chile pudiera aprobar un camino para llegar a la democracia” (El Mercurio, 6 de octubre de 2013).

El presidente de la UDI, Patricio Melero, alcalde designado de Pudahuel entre 1985 y 1989, también aludió a la participación de civiles en el gobierno militar, y al efecto que tenían las palabras del Presidente: “Me dolió a mí, y a muchos chilenos, que Piñera hablara de cómplices pasivos porque deslegitima lo que mucha gente de derecha ha hecho por el país. Hubo un aporte nuestro muy importante” (Biobío Chile, 7 de octubre de 2013).

4.2. El cierre del penal Cordillera

A la entrevista en la que se acuña el término “cómplices pasivos”, le seguiría otra decisión que impactó por su simbolismo y las posiciones divididas que generó al interior de la derecha. El 27 de septiembre, luego de una polémica entrevista concedida por el exjefe de la Dirección de Inteligencia Nacional (DINA), Manuel Contreras, el Presidente Piñera anunció el cierre del penal Cordillera. Este penal había sido construido durante

el gobierno de Ricardo Lagos para albergar a militares condenados por violaciones a los derechos humanos. Esta decisión motivó inesperados alineamientos en el discurso de los partidos que conforman la Alianza, reflatando ejes de conflicto, que al menos en cuanto a su prominencia, parecían enterrados⁸.

Aquí parecen de interés las declaraciones del Ministro de Defensa, Rodrigo Hinzpeter, estrecho colaborador de Sebastián Piñera, y considerado en algún momento como heredero de un proyecto político que se pensaba sería trascendente a un solo periodo gubernamental. Este aludió a la imposibilidad de proyectar políticamente a la derecha sin desprenderse de los denominados legados autoritarios:

“(…) yo tengo la impresión de que no existen posibilidades de proyectar un sector político sobre bases que tienen debilidades en puntos que me parecen éticos (…) tengo la impresión que muchas veces el sector de la centro derecha no ha hecho la pérdida y el costo definitivo de que algunos de sus integrantes hayan sido partidarios del régimen militar y eso se ha terminado convirtiendo en una debilidad crónica para nuestro sector” (La Segunda, 30 de septiembre de 2013).

En el fondo, se sigue de este discurso que la cancelación de los vínculos con el régimen militar sería determinante para la competitividad del sector en lo sucesivo, asunto que no había sido planteado previamente en esos términos de forma explícita. Esto, a pesar de que como se señaló, la alianza derechista comienza un proceso de desacople con la figura de Pinochet desde fines de los 90. Los dirigentes de la Alianza reaccionaron fuertemente a las declaraciones del Ministro de Defensa, acusando al gobierno de: “(…) seguir haciéndole el juego a la Concertación (…) estamos pegados, para beneficio de la Nueva Mayoría, en una discusión de temas del pasado” (Emol, 30 de septiembre de 2013). En un comité político de La Moneda realizado en esos días, representantes de los partidos oficialistas habrían planteado, además, que el énfasis en la conmemoración de los 40 años tendrá un impacto en las elecciones parlamentarias, donde se perdería voto “duro” del sector, tanto de militares como de civiles (La Segunda, 30 de septiembre de 2013).

Respecto de la dimensión proyectiva que puso de relieve el Ministro de Defensa, actores como el senador UDI Jovino Novoa respondieron sosteniendo que deviene en un imposible dar proyección política a un sector a partir de la negación del pasado. Un pasado, además, “en el cual la mayoría de los actuales dirigentes de la centroderecha tuvieron participación. Además, la modernización llevada a cabo durante ese gobierno corresponde a nuestro ideario” (Qué Pasa, 3 de octubre de 2013).

En declaraciones correspondientes a esas mismas semanas, el diputado UDI Ernesto Silva sostuvo que el proyecto político de la Alianza estaba liderado por la derecha popular articulada por la UDI, vinculada estrechamente a una historia de líderes de ese partido que habrían tenido gran participación en “las transformaciones” del régimen de Pinochet (Qué

⁸ Uno de los exuniformados que iba a ser trasladado desde el penal Cordillera a la cárcel de Punta Peuco, el general (r) Odlanier Mena, se quitó la vida antes de que dicho traslado se materializara.

Pasa, 3 de octubre de 2013). En una posición intermedia se manifestó la senadora RN Lily Pérez. Resaltando la vigencia de la división A/D, manifestó que:

“El eje no es si alguien participó, apoyó o simpatizó con el gobierno militar. Si no, tendríamos que pensar en vivir artificialmente en otro país. Sobre todo considerando que en 1988, la votación entre Sí y No se dividió casi en partes iguales. La realidad es que Chile durante largo tiempo fue un país dividido entre dos sectores políticos polarizados que hoy se siguen expresando a través de un sistema electoral binominal” (Qué Pasa, 3 de octubre de 2013).

En definitiva, tanto el reposicionamiento del discurso en torno al quiebre de la democracia, los graves atropellos a los derechos humanos y el autoritarismo, así como decisiones concretas tomadas durante 2013, demuestran la capacidad de reproducción de la división A/D. En particular, relevan la pertinencia de considerar con mayor atención el papel que juega la “agencia política” en el campo de la investigación en torno a los clivajes y el sistema partidista.

Con todo, esta serie de eventos adquiere una connotación especial al tratarse de un año en el que concurren elecciones presidenciales y parlamentarias. Ello, al menos teóricamente, favorece la alineación de las diferencias ideológica e institucional. Lo señalado implica que existiría una división ideológica basal que se expresa en un arreglo partidista específico. Ello, no obstante, siempre en ausencia de grupos sociales con características específicas alineados a cada lado de la división. A continuación se revisan estos asuntos.

V. LAS DIMENSIONES DE LA DIVISIÓN EN CHILE

Volviendo al marco teórico propuesto al inicio del ensayo, al hablar de un clivaje político en los términos que aquí se interpreta la propuesta de Torcal y Mainwaring, esto correspondería a una división temática. En otras palabras: ‘algo menos que un clivaje’. Una división temática se caracteriza por una diferencia estable entre los partidos que es acompañada por una diferencia ideológica que sigue las mismas líneas partidarias. Eso significa que la división no requiere fundarse en una diferencia de base en la estructura social. En otras palabras, la “división A/D” no constituiría la politización de un conflicto social, como sí lo fueron el conflicto religioso o de clases en el pasado. Ambas diferencias se examinan en esta sección.

5.1. Dimensión normativo-ideológica de la división

La dimensión normativo-ideológica de la división refiere a la diferencia presente en las élites y en el electorado entre líneas ideológicas asociadas al conflicto principal. Para dotar de fundamento a la diferencia ideológica, es necesario que se presente una polarización en la opinión pública en los mismos términos que los alineamientos partidistas. Ya Huneus (2003) y Huneus y Maldonado (2003) examinaron en detalle la incidencia del régimen militar y temas relacionados en la opinión pública. Allí encontraron notables diferencias respecto de la valoración de la democracia, de la evaluación del quiebre de 1973, del régimen posterior y de la agenda asociada a los derechos humanos. La información descriptiva que se presenta a continuación reafirma, diez años después, la porfiada persistencia de dichas valoraciones. Con todo, debe advertirse nuevamente

que esta polarización del público masivo no debe entenderse como una diferencia basal en la estructura social.

Aquí se recurre a datos proporcionados por la encuesta del Centro de Estudios de la Realidad Contemporánea (CERC) y de la Encuesta Bicentenario, ambas de 2013. De las dos fuentes se concluye que en 2013 continuaba vigente la división en la opinión pública. Es decir, las opiniones sobre asuntos relacionados con la división A/D se corresponden con la identificación política. Ello, como se señaló arriba, a una década de la conmemoración anterior del quiebre del régimen democrático. Se presentan algunos datos seleccionados sobre dos asuntos específicos: por un lado, la correlación entre alineamientos políticos y opiniones sobre el autoritarismo. Por otra parte, cuánto inciden esos alineamientos en las generaciones más recientes de ciudadanos, quienes no estuvieron políticamente activos al momento de congelarse la estructura de pactos en el sistema de partidos.

En primer lugar, hay información suficiente para afirmar que la evaluación del golpe de Estado sigue líneas partidarias robustamente por sobre el margen de error. Los datos de la encuesta CERC, resumidos en el Cuadro 2, muestran que en 2013 hay diferencias claves entre quienes se identifican con los partidos de la Alianza y quienes se identifican con los partidos de la ex-Concertación. Esto se expresa en la evaluación sobre: Augusto Pinochet; Salvador Allende; la justificación del golpe de Estado; el significado de este en términos históricos; y la evaluación del autoritarismo.

CUADRO 2

Opiniones sobre el autoritarismo según identificación partidaria (2013) (%)

	UDI	RN	PDC	PPD	PS	TOTAL
Principal responsable del golpe de Estado: Pinochet	9	18	48	68	51	41
Principal responsable del golpe de Estado: Allende	32	32	1	2	4	9
Los militares tenían razón para dar el golpe de Estado	69	52	7	8	5	24
El 11 de septiembre de 1973 liberó a Chile del marxismo	69	53	10	5	7	18
El general Pinochet pasará a la historia como un dictador	63	57	89	68	96	76
El general Pinochet pasará a la historia como uno de los mejores gobernantes del siglo XX	43	31	1	2	1	9

Fuente: Encuesta CERC (2013).

Los resultados anteriores se complementan con algunas opiniones sobre la agenda actual relativas al autoritarismo, reparaciones a víctimas de violaciones a los derechos humanos y otros. La Encuesta Bicentenario de la Universidad Católica (UC) incluyó algunas

preguntas al respecto. En el Cuadro 3 se resumen algunas de estas, dividiendo la muestra según identificación política en el eje izquierda-derecha. El resultado es que, en forma consistente con los datos presentados anteriormente, la evaluación de los temas en agenda sobre los 40 años también sigue líneas ideológicas. En efecto, quienes se identifican con la derecha concuerdan en mayor proporción que quienes lo hacen con la izquierda, en que “El país debería dar vuelta la página y no seguir enfrentándose a causa de lo que ocurrió en 1973” (71% contra 38%, respectivamente). Lo mismo ocurre con la pregunta sobre si “El Estado chileno ya ha hecho lo suficiente para reparar el daño que se infligió a las víctimas” (51% contra 20%, respectivamente). En sentido contrario, existen mayores niveles de concordancia entre quienes se identifican con la izquierda en lo referente a destinar recursos a homenajes y reparaciones para las víctimas de los atropellos a los derechos humanos.

CUADRO 3

Opiniones sobre el legado autoritario según identificación política (2013) (%)

	IZQUIERDA	CENTRO	DERECHA	NINGUNA	TOTAL
El país debería dar vuelta la página y no seguir enfrentándose a causa de lo que ocurrió en 1973	38	46	71	52	49
El Estado chileno debería insistir en nuevas formas de reparación a los familiares de los detenidos-desaparecidos	61	44	30	44	46
El Estado debe financiar memoriales o monumentos que rindan homenaje a las víctimas de violaciones a los derechos humanos	45	37	21	30	35
El Estado chileno ya ha hecho lo suficiente para reparar el daño que se infligió a las víctimas	20	31	51	24	30

Fuente: Encuesta Bicentenario UC (2013).

La segunda arista sobre los resultados en el nivel del público masivo dice relación con la mantención de la prevalencia de ciertas opiniones dentro de las nuevas generaciones. Existe la idea, aquí rebatida, de que en las elecciones de 2009 emergió un clivaje generacional, que se montaría y luego comenzaría a desplazar la división del Sí-No (Navia y Schuster, 2011). Para las mismas preguntas seleccionadas anteriormente, se presenta el resultado global según grupos de edad. Como se muestra, no hay una diferencia importante entre grupos etarios. Es decir, la prevalencia global de ciertas opiniones es relativamente homogénea entre todos los

grupos de edad. Por ejemplo, en el caso de establecer “el principal responsable del golpe de Estado”, mientras en el total de la población el 41% dice que fue el general Pinochet, en el grupo de menor edad esta opinión alcanza al 47%. Así también, la frase “El general Pinochet pasará a la historia como un dictador” obtiene un 76% de apoyo globalmente, el cual es de 67% en el grupo de menor edad. En síntesis, en ninguna de las preguntas reportadas hay una diferencia mayor a 9% entre el resultado general y el resultado en el grupo de 18 a 25 años, que corresponde al tramo etario que tiene mayor distancia generacional con los eventos referidos.

CUADRO 4
Opiniones sobre el autoritarismo según grupos de edad (2013) (%)

	18-25	26-40	41-60	61 Y MÁS	TOTAL
Principal responsable del golpe de Estado: Pinochet	47	43	40	36	41
Principal responsable del golpe de Estado: Allende	6	8	8	16	9
Los militares tenían razón para dar el golpe de Estado	11	13	20	21	16
El 11 de septiembre de 1973 liberó a Chile del marxismo	13	16	20	25	18
El general Pinochet pasará a la historia como un dictador	67	79	78	75	76
El general Pinochet pasará a la historia como uno de los mejores gobernantes del siglo XX	5	9	10	6	9

Fuente: Encuesta CERC (2013).

Al igual que antes, se cuenta con la división en grupos de edad de las opiniones sobre los temas de futuro. De la misma forma que en los temas anteriores, no parece haber diferencias importantes en la distribución de las opiniones entre los diferentes grupos generacionales (Cuadro 5). Es el caso, por ejemplo, de “dar vuelta la página” sobre 1973, donde el acuerdo con la afirmación propuesta es de 49% en general y 43% entre los menores de 25 años. Ocurre lo mismo con el financiamiento de monumentos (46% contra 45%) y con crear nuevas formas de reparación (46% contra 45%).

Un segundo elemento que puede ilustrar la dimensión normativo-ideológica de la organización analítica propuesta por Deegan-Krause es el despliegue de los partidos políticos en el continuo izquierda-derecha. Si se observa la autopercepción de las élites parlamentarias, los partidos políticos registran un alto grado de estabilidad en cuanto a su ubicación en dicho espectro. No se aprecian desviaciones relevantes, y quizás el desplazamiento más notorio en el tiempo sea la inclinación de la UDI hacia posiciones más centristas (Alcántara, 2012).

CUADRO 5

Opiniones sobre el legado autoritario según grupos de edad (2013) (%)

	18-24	25-34	35-44	45-54	55 Y MÁS	TOTAL
El país debería dar vuelta la página y no seguir enfrentándose a causa de lo que ocurrió en 1973	43	50	52	43	48	49
El Estado chileno debería insistir en nuevas formas de reparación a los familiares de los detenidos-desaparecidos	45	48	43	47	46	46
El Estado debe financiar memoriales o monumentos que rindan homenaje a las víctimas de violaciones a los derechos humanos	33	39	31	33	37	35
El Estado chileno ya ha hecho lo suficiente para reparar el daño que se infligió a las víctimas	27	26	32	34	30	30

Fuente: Encuesta Bicentenario UC (2013).

Junto a la estabilidad de las coaliciones, cabe señalar que el sistema de partidos post-Pinochet también estaría dotado de una continuidad ideológica y nivel de representación política superior a la media de la región (Luna y Zechmeister, 2006; Alcántara y Luna, 2004). Esto, acompañado de una tendencia general de moderación y proximidad programática en comparación al período previo al quiebre de la democracia (Angell y Pollack, 1995; Gamboa *et al.*, 2013; Castillo *et al.*, 2013; Carreras, 2012: 141-142).

5.2. Dimensión institucional de la división

La dimensión institucional refiere a la provisión de partidos políticos. Esto supone que hay partidos asociados al autoritarismo y otros a la democracia, al menos en términos de su posición original al momento de la coyuntura crítica. De acuerdo con la teoría, dichos partidos mantienen esa posición en el tiempo, aunque se debilite o pierda fuerza el fundamento basal.

En el período pre-1973, los tres tercios obtienen una votación más o menos equivalente. Mientras tanto, en la democracia reinaugurada se aprecia una tendencia a la erosión del centro político, representado anteriormente por el PDC, pero que debe agruparse electoralmente con las formaciones de izquierda. Mientras tanto, la derecha y la izquierda ven incrementado su caudal electoral. Ello echa por tierra la hipótesis de continuidad histórica de los tres tercios (Valenzuela y Scully, 1997). El debilitamiento del tercio de centro se acentúa en las elecciones legislativas no concurrentes de 2001, en el segundo año del gobierno de Ricardo Lagos. Mientras tanto, ya en 1997 la UDI mostró un notable crecimiento, en buena medida a expensas de RN y del PDC (Huneus, 2002).

Dos decisiones estratégicas adoptadas por las élites partidistas contribuyen a mantener la diferencia partidista A/D. Primero, la reciente incorporación del PC a la “Nueva Mayoría”. Si bien se requiere un análisis más exhaustivo de los discursos y documentos programáticos de cada partido⁹, el principal elemento en común entre el PC y los partidos de la ex Concertación es su calidad de opositores al régimen de Pinochet. Esto denota la capacidad estructurante que conserva la división A/D para la organización del sistema de partidos.

Al mismo tiempo, la decisión del PDC de mantenerse en la Nueva Mayoría, a pesar de las diferencias programáticas que se acentuaron durante el proceso de primarias realizadas en 2013 –en particular en temas como aborto, asamblea constituyente y educación–, da luces sobre el efecto, potencialmente endosable a la división A/D, sobre los alineamientos partidarios. Es decir, si bien es posible argumentar en torno a un aumento de las distancias programáticas al interior de la coalición de centroizquierda, lo concreto es que a diferencia de lo ocurrido hasta 2009, en 2013 el PC apoyó desde la primera vuelta la candidatura de la Nueva Mayoría, y pasa luego a integrar el gobierno con puestos en el gabinete. Es decir, la capacidad de atracción de la división A/D sigue teniendo un rol en las decisiones y posicionamiento de las organizaciones partidistas, y por ende, en el andamiaje del sistema partidista pos-Pinochet.

Con todo, una revisión de la literatura obliga a una mayor cautela en cuanto al impacto de la división A/D en el sistema partidista. En ese sentido, deben ser considerados en el análisis los factores institucionales, como es el sistema electoral binominal para las elecciones legislativas. Se ha sostenido que el sistema binominal genera poderosos incentivos para que los partidos se organicen en dos grandes bloques (Valenzuela, 2005: 54; Rabkin, 1996; Siavelis, 2005a, 2005b; Carey, 2006, 2002; Guzmán, 1993; Zucco, 2007). Bajo esa mirada, el esquema binominal habría sido una “camisa de fuerza” que convierte el multipartidismo chileno en un esquema bipolar (Valenzuela, 2005: 54)¹⁰. Con ello, según J. Samuel Valenzuela, los arreglos del sistema partidista chileno se entenderían no solo a la luz de la “inercia política” del plebiscito, sino que también de la institucionalidad electoral¹¹.

Si lo anterior es cierto, una eventual reforma al sistema electoral binominal debería erosionar las bases de la división A/D. Si se acepta que con el sistema electoral binominal la competencia por el centro se produce al interior de cada coalición, y no en el sistema partidista desplegado “como un todo” (Siavelis, 2005a: 19), resulta plausible una mayor polarización tanto del discurso y apelación de los partidos como también de la demanda electoral.

⁹ Respecto de la distancia programática en el sistema de partidos chileno a la luz de los manifiestos programáticos, véase Gamboa *et al.* (2013).

¹⁰ Sin perjuicio de lo anterior, al menos entre 1989 y 2001, los incentivos generados por el sistema binominal no habrían logrado operar una disminución en la cantidad de partidos y candidatos parlamentarios (Cabezas y Navia, 2005; Navia, 2005).

¹¹ Ello habría sido un objetivo buscado deliberadamente por las autoridades del régimen militar, que buscaban evitar el multipartidismo del sistema precedente al quiebre de la democracia, y que habría servido a la polarización del sistema político (Valenzuela y Siavelis, 1991).

Como se vio anteriormente, parte de los investigadores pronosticó un debilitamiento de la división A/D en la medida en que los enclaves autoritarios fuesen eliminados, las causas por derechos humanos se radicaran en la justicia, y la experiencia autoritaria quedara en el pasado. Respecto de lo último, se ha visto aquí que eso no ha ocurrido a nivel de opinión pública. Ahora, ¿qué impacto han tenido los enclaves autoritarios en el proceso político?¹² Según Edgardo Boeninger, los enclaves no habrían sido efectivos. Las disposiciones de tutelaje militar como el Consejo de Seguridad Nacional o la inamovilidad de los comandantes en jefe no habrían alterado efectivamente el funcionamiento de la democracia. Al mismo tiempo, el avance gradual pero incremental en los procesos por las violaciones a los derechos humanos y la eliminación de los senadores designados les quitarían peso a las disposiciones antidemocráticas legadas por el autoritarismo (Boeninger, 2007: 103-107).

La Ley 20.050, promulgada por el Presidente Ricardo Lagos, operó un conjunto sustantivo de reformas a la Carta Fundamental destinadas a terminar con dichos enclaves: eliminó la figura de los senadores designados y vitalicios; retiró la referencia al sistema binominal de la Constitución; sustrajo a las Fuerzas Armadas el rol de garantes de la institucionalidad; limitó las atribuciones del Consejo de Seguridad Nacional; y terminó con la inamovilidad de los comandantes en jefe.

Con todo, a pesar de cambios como los señalados, que parecían clausurar institucionalmente las querellas político-institucionales referidas a la división A/D, hoy resulta evidente que la noción de “enclaves autoritarios” sigue presente en el discurso público. Particularmente, se la utiliza para fundamentar la necesidad de reemplazar la Constitución de 1980 por un nuevo texto, o bien para dar cuenta del origen autoritario que tendrían determinadas políticas económico-sociales y por ende relevar su ilegitimidad y necesidad de cambio. Es decir, la eliminación de varias de las disposiciones más polémicas del texto fundamental por medio de las enmiendas de 2005 no conllevó un debilitamiento de la división A/D, como pronosticaba parte de la literatura. Tampoco, el hecho de que la justicia haya avanzado en juicios por casos de violaciones a los derechos humanos mucho más allá de lo previsto a comienzos de la transición.

VI. CONSIDERACIONES FINALES

En las secciones anteriores se ha mostrado lo siguiente. Primero, con la conmemoración de los 40 años del quiebre de la democracia vino aparejada una reposición de la división A/D. Segundo, una mirada rápida de datos perceptivos disponibles muestra que la opinión

¹² La noción original de “enclaves autoritarios” fue formulada por Garretón (1989). El concepto se compone de tres dimensiones: institucional, actoral y simbólica. Los enclaves institucionales refieren principalmente a la carta fundamental de 1980 y al conjunto de estructuras y disposiciones que contempla dicho texto. Para el autor, resultaban particularmente críticas el conjunto de prerrogativas heredadas por los militares que les conferían capacidad de vetar el proceso político democrático. El segundo enclave está conformado por tres actores que, de acuerdo con Garretón, se “moverían” como enclave: los militares, la derecha política y los empresarios. El tercer enclave, simbólico, corresponde básicamente a las violaciones a los derechos humanos, y los condicionamientos referidos a su reparación y justicia (p. 51-63).

pública continúa dislocada en torno a los asuntos referentes al quiebre de la democracia. Lo anterior, sea respecto de la evaluación de sus causas como de la calificación de la violación de los derechos humanos y la reparación, entre otros. Esta diferencia se mantiene incluso en las generaciones que no tuvieron experiencia directa en los hechos referidos, y cuya socialización política ocurrió en democracia. Ello da cuenta de la vigencia de una segmentación entre autoritarios y demócratas, al menos en la dimensión normativo-ideológica. En tercer lugar, se expuso que la mantención del agrupamiento de los partidos políticos chilenos en dos coaliciones, que representan los lados de la disputa en torno al régimen militar por sobre otros elementos de la agenda, se fortalece con la unión entre el PC y los partidos de la histórica Concertación.

De los antecedentes presentados anteriormente, resulta viable argumentar que la reposición de la división A/D se produce en al menos dos dimensiones que conforman un clivaje propiamente tal: en los alineamientos ideológicos y en la organización de las fuerzas que componen el sistema de partidos. Es decir, los partidos políticos, en forma coherente con las tendencias del electorado, se agrupan conforme a los bandos establecidos en torno a esa coyuntura.

En este punto, es importante advertir una característica distintiva del alineamiento en torno al Sí y al No: la división A/D es fundamentalmente retrospectiva. A diferencia de los clivajes tradicionales, no incide en decisiones políticas de futuro que requieran alineamientos institucionales para su resolución. Un ejemplo es el caso de clivaje secular/clerical. Como lo consigna la historia, el conflicto sobre el rol de la Iglesia *vis-à-vis* el papel del Estado en el orden social solo deviene en decisiones vinculantes con posterioridad a la coyuntura crítica que le da origen. Primero, con las leyes laicas del período del Presidente Santa María y luego con su resolución constitucional en 1925. Lo anterior se extiende al llamado clivaje de clase, que emerge junto con la clase obrera, cuya agenda se mantiene vigente hasta el quiebre de la democracia.

Esta dimensión proyectiva, que animaba dichas fisuras generativas, está ausente de la división A/D. Esta no involucra decisiones que arbitren el conflicto entre las diferentes bases sociales de apoyo, sino que expresa fundamentalmente la valoración sobre eventos pasados. El contenido o temas que conforman esta división política adquieren entidad solo al traer a tiempo presente decisiones, alineamientos, actitudes o discursos del pasado. En particular en torno al apoyo/rechazo al régimen militar, por un lado, y a la postura frente a las graves violaciones de los derechos humanos, por otro.

Debido a que ya se realizó la transición a la democracia, no hay decisión pendiente sobre el régimen político desde esa perspectiva. Las sucesivas reformas a la Constitución, y en particular las de 2005 que eliminaron los denominados “enclaves autoritarios”, así como el hecho de que el problema de las violaciones a los derechos humanos sea hoy resorte de la justicia, sustraen a esta división de una connotación proyectiva desde el punto de vista político. Otros conflictos sobre la calidad de las instituciones o la orientación de las políticas económicas y sociales no necesariamente son expresión de esta fisura. En consecuencia, el que no haya un conflicto prospectivo asociado a la división A/D hace innecesario referirse a ella para efectos de políticas públicas.

Así, la división A/D requiere que el proceso político la reponga periódicamente. El hecho de que los partidos de la “Nueva Mayoría” aludan al origen autoritario de instituciones y políticas, refleja la necesidad de dotarse de coherencia interna. Es decir, tematizar diversos problemas de política pública como herencias derivadas de un pasado autoritario, permitiendo de paso la convergencia de fuerzas políticas con programas tan distantes como el PDC y el PC. Por el contrario, al menos desde 1999, la estrategia de la derecha fue apostar a que la división decayese en el tiempo por la vía de omitir referencias a esta. Esto coincide con la emergencia, en esas elecciones presidenciales, de una nueva plataforma discursiva en el sector, orientada a ampliar el apoyo popular de la derecha por la vía de reducir el componente ideológico de su discurso. La única vez que una parte de la derecha con la Concertación convergen en la estrategia de establecer explícitamente su posición en torno a la división A/D, es el momento en que el Presidente Piñera decide en 2013 hacer los planteamientos que han sido discutidos aquí, sin perjuicio de los desacuerdos que hubiere en su sector al respecto.

Esto parece confirmar lo planteado hace diez años por Torcal y Mainwaring: la agencia política y las élites tienen un rol determinante en dotar de resiliencia los ejes de conflicto que son factores de división en sistemas de partidos y en el electorado. En el caso examinado aquí, el papel de las élites es aún más importante si se observa que no existen grupos sociales adscritos a cada uno de los lados de la división en función de una diferencia de base. Como se trata de “algo menos que un clivaje”, no se está en presencia de la polarización política de un conflicto social precedente. Solamente, se produce una diferencia estable entre organizaciones partidistas seguida por una diferencia ideológica. Es decir, una división temática.

Al mismo tiempo, los enclaves autoritarios no habrían afectado el proceso político como se pronosticó a inicios de la transición. Ello releva aún más la importancia de las élites en mantener con vida los clivajes a partir de su agencia política.

En otro orden de ideas, lo propuesto en este ensayo releva la importancia de considerar las implicancias analíticas y comparadas de este debate. Básicamente, en lo que atañe al problema potencial de tratar de aplicar a los sistemas de partidos latinoamericanos las categorías analíticas desarrolladas para otros contextos. Recordemos que el planteamiento original de Lipset y Rokkan no es genérico ni puramente abstracto. Al contrario, es una teoría fundada históricamente para explicar la estabilidad de los sistemas de partidos que articulan la representación de sociedades divididas por el proceso de desarrollo de sus propios Estados nacionales. Solo posteriormente se le dio un alcance general, pero queda instalada la interrogante sobre el potencial de aplicación de estos conceptos en nuestro contexto. En perspectiva comparada, esta duda se hace extensiva a casos de transición reciente a la democracia, como países de Europa del Este y por cierto de América Latina.

Por ello es que, como se sugiere en este artículo, resulta especialmente conveniente la estructura conceptual propuesta por Deegan-Krause, montada sobre la formalización que Bartolini y Mair hacen del planteamiento original de Lipset y Rokkan. Esta estructura permite mayor flexibilidad en la aplicación de los conceptos originales. Con ello, se comprenden adecuadamente situaciones que no se ajustan al tipo puro de clivaje social, que en la nomenclatura que hemos utilizado corresponde al clivaje pleno.

BIBLIOGRAFÍA

- Alcántara, M. (2012): "Elections in Latin America 2009-2011: a comparative analysis", Working Paper, #386-June, Kellogg Institute.
- Alcántara, M. y J.P. Luna (2004): "Ideología y competencia partidaria en dos post-transiciones: Chile y Uruguay en perspectiva comparada", *Revista de Ciencia Política*, XXIV (1), pp. 128-168.
- Álvarez, R.M y G. Katz (2009): "Structural cleavages, electoral competition and partisan divide: a Bayesian multinomial probit analysis of Chile's 2005 election", *Electoral Studies*, 28 (2), pp. 177-189.
- Angell, A. (2003): "Party change in Chile in comparative perspective", *Revista de Ciencia Política*, 23 (2), pp. 88-108.
- Angell, A. y B. Pollack (1995): "The Chilean election of 1993: from polarisation to consensus", *Bulletin of Latin American Research*, 14 (2), pp. 105-125.
- Bargsted, M. y N. Somma (2013): "Social cleavages and political dealignment in contemporary Chile, 1995-2009", *Party Politics* (en prensa).
- Bartolini, S. y P. Mair (1990): *Identity, competition, and electoral availability: the stabilization of European electorates 1885-1985*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Boeninger, E. (1997): *Democracia en Chile. Lecciones para la gobernabilidad*, Editorial Andrés Bello, Santiago de Chile.
- (2007): *Políticas Públicas en democracia. Institucionalidad y experiencia chilena*, Uqbar Editores, Santiago de Chile.
- Bonilla, C. y E. Silva (2008): "Revisitando la teoría espacial del voto: nueva evidencia sobre Chile al 2003 y sus implicancias para las candidaturas presidenciales del 2005", *Estudios Públicos*, 109, pp. 268-284.
- Bonilla, C., R. Carlin, G. Love y E. Silva (2011): "Social or political cleavages? A spatial analysis of the party system in post-authoritarian Chile", *Public Choice*, 147, pp. 9-21.
- Bustamante, F. (1991): "Sistema de partidos políticos y clivajes electorales en la transición chilena". *América Latina Hoy*, 2, pp. 27-39.
- Cabezas, J. y P. Navia (2005): "Efecto del sistema binominal en el número de candidatos y de partidos en elecciones legislativas en Chile, 1989-2001", *Política*, 45, pp. 29-53.
- Caramani, D. (2010): "Party systems", en D. Caramani (ed.): *Comparative politics*, Oxford University Press, Oxford, pp. 237-259.
- Carey, J. (2002): "Parties, coalitions and the Chilean Congress in the 1990", en S. Morgenstern y B. Nacif (eds.): *Legislative politics in Latin America*, Cambridge University Press, Cambridge, pp. 222- 253.
- (2006): "Las virtudes del sistema Binominal", *Revista de Ciencia Política*, 26 (1), pp. 226-235.
- Carreras, M. (2012): "Party systems in Latin America after the Third Wave: a critical re-assessment", *Journal of Politics in Latin America*, 4 (1), pp. 135-153.
- Carreras, M., S. Morgenstern y S. Yen Pin (2013): "Refining the theory of partisan alignments: evidence from Latin America", *Party Politics*, 19 (4), pp. 1-15.
- Castillo, J., I. Madero-Cabib y A. Salamovich (2013): "Clivajes partidarios y cambios en preferencias distributivas en Chile", *Revista de Ciencia Política*, 33 (2), pp. 469-488.

- Chhibber, P. y M. Torcal (1997): "Elite strategy, social cleavage and party system in a new democracy: Spain", *Comparative Political Studies*, 30 (1), pp. 27-54.
- Coppedge, M. (1998): "The evolution of Latin American party systems", en S. Mainwaring y A. Valenzuela (eds.): *Politics, society, and democracy: Latin America*, Westview Press, Boulder, pp. 172-206.
- Dalton, R.J. (2006): *Citizen politics: public opinion and political parties in advanced industrial democracies*, CQ Press, Washington D.C. (4a edición).
- Deegan-Krause, K. (2007): "New dimensions of political cleavage", en R.J. Dalton y H.D. Klingemann (eds.): *Oxford handbook of political behavior*, Oxford University Press, Oxford, pp. 538-556.
- Dix, R. (1989): "Cleavage structures and party systems in Latin America", *Comparative Politics*, 22 (1), pp. 23-37.
- Franklin, M.N. (2004): *Voter turnout and the dynamics of electoral competition in established democracies since 1945*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Gamboa, R., M. López y J. Baeza (2013): "La evolución programática de los partidos chilenos: 1970-2009: de la polarización al consenso", *Revista de Ciencia Política*, 33 (2), pp. 443-467.
- Garretón, M.A. (1983): *El proceso político chileno*, FLACSO, Santiago de Chile.
- _____ (1989): *La posibilidad democrática en Chile*, FLACSO, Santiago de Chile.
- _____ (1991): "La redemocratización política en Chile. Transición, inauguración y evolución", *Estudios Públicos*, 42, pp. 102-133.
- Garrido, C. y P. Navia (2005): "Candidatos fuertes en la Concertación: ¿seguro para subcampeones o prevalencia de los tres tercios?", *Estudios Públicos*, 99, pp. 165-194.
- Gil, F. (1969): *El sistema político de Chile*, Editorial Andrés Bello, Santiago de Chile.
- Godoy, O. (1999): "La transición chilena a la democracia pactada", *Estudios Públicos*, 74, pp. 79-108.
- Guzmán, E. (1993): "Reflexiones sobre el sistema binominal", *Estudios Públicos*, 51, pp. 303-324.
- Huber, J. y R. Inglehart (1995): "Expert interpretations of party space and party location in 42 societies", *Party Politics*, 1 (1), pp. 73-111.
- Huneus, C. (2002): "¿Dónde se fueron los votantes del PDC?", Informe 175, disponible en: www.asuntospublicos.cl
- _____ (2003): *Chile, un país dividido. La actualidad del pasado*, Catalonia, Santiago de Chile.
- Huneus, C. y C. Maldonado (2003): "Demócratas y nostálgicos del antiguo régimen. Apoyos a la democracia en Chile", *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 103, pp. 9-49.
- Joignant, A. (2007). "Modelos, juegos y artefactos. Supuestos, premisas e ilusiones de los estudios electorales y de sistemas de partidos en Chile (1988-2005)", *Estudios Públicos*, 106, pp. 205-271.
- Joignant, A. y P. Navia (2003): "De la política de individuos a los hombres de partido. Socialización, competencia política y penetración electoral de la UDI (1989-2001)", *Estudios Públicos*, 89, pp. 129-171.
- Lipset, S.M. y S. Rokkan (1967): "Cleavage structures, party systems, and voter alignments: an introduction", en S.M. Lipset y S. Rokkan (eds.): *Party systems and voter alignments: cross-national perspectives*, Free Press, New York, pp. 1-64.
- Luna, J.P. y D. Altman (2011): "Uprooted but stable: Chilean parties and the concept of party system institutionalization", *Latin American Politics and Society*, 53 (2), pp. 1-28.

- Luna, J. y R. Mardones (2010): "Chile: are the parties over?", *Journal of Democracy*, 21(2), pp. 107-121.
- Luna, J. y E. Zechmeister (2005): "Political representation in Latin America: a study of elite-mass congruence in nine countries", *Comparative Political Studies*, 38 (4), pp. 388-416.
- Maillet, A. (2009): "Chile: a case of political cleavage?", trabajo presentado en el 21 Congreso Mundial de IPSA, 12-16 de Julio, Santiago de Chile.
- Mainwaring, S. y T.R. Scully (1995): "Introduction: party systems in Latin America", en S. Mainwaring y T.R. Scully (eds.): *Building democratic institutions: party systems in Latin America*, Stanford University Press, Stanford, pp. 1-34.
- Montes, J.E., S. Mainwaring y E. Ortega (2000): "Rethinking the Chilean party systems", *Journal of Latin American Studies*, 32, pp. 795-824.
- Morgenstern, S., J. Polga-Hecinovich y P. Siavelis (2012): "Ni chicha ni limoná: party nationalization in pre and post authoritarian Chile", *Party Politics* (en prensa).
- Navia, P. (2005): "La transformación de votos en escaños: leyes electorales en Chile, 1833-2004", *Política y Gobierno*, 12 (2), pp. 233-276.
- (2006): "Three's company: old and new alignments in Chile's party system", en S. Borzutzky y H. Oppenheim (eds.): *After Pinochet: the Chilean road to democracy and the market*, University Press of Florida, Gainesville, pp. 43-63.
- Navia, P. y M. Schuster (2011): "On the emergence of social and electoral cleavages: age differences in the 2009 presidential election in Chile?", trabajo preparado para la reunión anual de la APSA, 1-4 de septiembre.
- Ortega, E. (2003): "Los partidos políticos chilenos: cambio y estabilidad en el comportamiento electoral 1990-2000", *Revista de Ciencia Política*, XXIII (2), pp. 109-147.
- Rabkin, R. (1996): "Redemocratization, electoral engineering, and party strategies in Chile, 1989-1995", *Comparative Political Studies*, 29 (3), pp. 335-356.
- Raymond, C. y B. Barros Feltch (2012): "Parties, cleavages and issue evolution: the case of the religious-secular cleavage in Chile", *Party Politics* (versión online, publicada el 19 de marzo).
- Roberts, K. (2013): "Party systems and democratic divergence in contemporary Latin America", trabajo presentado para la conferencia anual de la APSA, Chicago, 28-31 de agosto.
- Roberts, K. y E. Wibbels (1999): "Party systems and electoral volatility in Latin America: a test of economic, institutional, and structural explanations", *The American Political Science Review*, 93 (3), pp. 575-590.
- Ruiz Rodríguez, L. (2005): "Polarization in the Chilean party system: changes and continuities, 1990-1999", Working Paper 236, Institut de Ciències Polítiques i Socials, Universidad Autònoma de Barcelona.
- Scully, T.R. (1992): *Rethinking the center: party politics in nineteenth and twentieth-century Chile*, Stanford University Press, Stanford.
- (1995): "Reconstituting party politics in Chile", en S. Mainwaring y T.R. Scully (eds.): *Building democratic institutions: party systems in Latin America*, Stanford University Press, Stanford, pp. 100-137.
- Scully, T.R. y S. Valenzuela (1993): "De la democracia a la democracia. Continuidad y variaciones en las preferencias del electorado y en el sistema de partidos en Chile", *Estudios Públicos*, 51, pp. 195-228.

- Siavelis, P. (1997): "Continuity and change in the Chilean party system. On the transformational effects of electoral reform", *Comparative Political Studies*, 30 (6), pp. 651-74.
- _____ (2000): "Continuidad y cambio en el sistema partidista chileno: sobre los efectos de transformación de una reforma electoral", *Revista de Ciencia Política*, XX (2), pp. 82-102.
- _____ (2005a): "Los peligros de la ingeniería electoral y de predecir sus efectos", *Política*, 45, pp. 9-29.
- _____ (2005b): "Electoral system, coalition desintegration and the future of Chile's Concertación", *Latin American Research Review*, 40 (1), pp. 57-82.
- Tironi, E. y F. Agüero (1999): "¿Sobrevivirá el nuevo paisaje político chileno?", *Estudios Públicos*, 74, pp. 151-168.
- Tironi, E., F. Agüero y E. Valenzuela (2001): "Clivajes políticos en Chile: perfil sociológico de los electores de Lagos y Lavín", *Perspectivas en Política, Economía y Gestión*, 5 (1), pp. 73-87.
- Torcal, M. y S. Mainwaring (2003): "The political recrafting of social bases of party competition: Chile, 1973-95", *British Journal of Political Science*, 33 (1), pp. 55-84.
- Valenzuela, A. (1978): *The breakdown of democratic regimes: Chile*, John Hopkins University Press, Baltimore.
- Valenzuela, A. y J.S. Valenzuela (1983): "Partidos de oposición bajo el régimen autoritario chileno", en M.A. Garretón: *Chile 1973-198?*, FLACSO, Santiago de Chile.
- Valenzuela, A. y P. Siavelis (1991): "Ley electoral y estabilidad democrática. Un ejercicio de simulación para el caso de Chile", *Estudios Públicos*, 43, pp. 27-64
- Valenzuela, J.S. (1995): "Orígenes y transformaciones del sistema de partidos en Chile", *Estudios Públicos*, 58, pp. 5-80.
- _____ (1999): "Reflexiones sobre el presente y futuro del paisaje político chileno a la luz del pasado", *Estudios Públicos*, 75, pp. 273-290.
- _____ (2005): "¿Hay que eliminar el sistema binominal? Una propuesta alternativa", *Política*, 45, pp. 53-67.
- Valenzuela, J.S. y T.R. Scully (1997): "Electoral choices and the party system in Chile. Continuities and changes at the recovery of democracy", *Comparative Politics* 29 (4), pp. 511-527.
- Valenzuela, J.S., T.R. Scully y N. Somma (2007): "The enduring presence of religion in Chilean ideological positionings and voter options", *Comparative Politics*, 40 (1), pp. 1-20.
- Zucco, C. (2007): "Where's the bias? A reassessment of the Chilean electoral system", *Electoral Studies*, 26, pp. 303-314.

Artículos de prensa:

Biobío Chile (7 de octubre de 2013): "Patricio Melero: 'Dolió que Piñera hablara de cómplices pasivos, se equivocó'", disponible en <http://www.biobiochile.cl/2013/10/07/patricio-melero-dolio-que-piñera-hablara-de-compllices-pasivos-se-equivoco.shtml>

El Mercurio (30 de septiembre de 2013): "RN reclama a La Moneda por críticas del ministro Hinzpeter a su sector", disponible en: <http://www.emol.com/noticias/nacional/2013/09/30/622220/rn-reclama-a-la-moneda-por-criticas-del-ministro-hinzpeter-a-su-sector.html>

El Mercurio (6 de octubre de 2013): "Jovino Novoa: 'Fundar una nueva derecha partiendo de cero es iluso y torpe'".

La Segunda (30 de septiembre de 2013): "Airada protesta RN-UDI en La Moneda por dichos de Hinzpeter, que acusó 'debilidad ética' de Alianza".

La Tercera, Reportajes (31 de agosto de 2013): "Presidente Sebastián Piñera y su juicio a 40 años del golpe: 'Hubo muchos que fueron cómplices pasivos: que sabían y no hicieron nada o no quisieron saber'".

La Tercera (6 de septiembre de 2013): "En nueva carta, personeros DC emplazan al partido a aclarar rol en el golpe".

Qué Pasa (3 de octubre de 2013): "El Sí/No de la derecha".

Recibido: 19-12-2013

Aceptado: 12-04-2014

Los *think tanks* en el gabinete: una exploración del caso chileno (2006-2014)

Alejandro Olivares L.*

Bastián González-Bustamante**

Javiera Meneses***

Matías Rodríguez****

Resumen

Este artículo analiza los principales factores que permiten el acceso a los gabinetes de Michelle Bachelet (2006-2010) y Sebastián Piñera (2010-2014) en Chile. Se evalúa con especial atención la influencia que presenta la participación en un *think tank* para acceder al gabinete. Se trabaja con una base de datos de 102 casos que corresponden a 90 agentes que fueron nombrados ministros en el período estudiado. Se presenta una descripción del grupo y un Análisis Comparado Cualitativo (QCA). Se evidencia que la pertenencia a *think tanks* es un factor relevante para los nombramientos en ministerios políticos y económicos durante ambos gobiernos.

Palabras clave: Gabinete - think tanks - élite política - QCA - Chile.

Abstract

This paper analyses the main factors that allow access to Michelle Bachelet's cabinet (2006-2010) and to Sebastián Piñera's cabinet (2010-2014) in Chile, with focus on the influence of participation in think tanks to access the cabinet. We work with a database of 102 cases corresponding to 90 people who were appointed ministers in the mentioned period. We present a description of the group, and a Qualitative Comparative Analysis (QCA). The results find that think tank membership is a relevant factor for appointments in political and economic ministries during both governments.

Keywords: Cabinet - think tanks - political elite - QCA - Chile.

* Doctor (c) en Ciencias Sociales, Universidad de Chile. Docente de la Escuela de Gobierno y Gestión Pública, Universidad de Chile. Correo electrónico: aleolivares@iap.uchile.cl

** Magíster en Ciencia Política, Universidad de Chile. Investigador asociado del Centro de Análisis e Investigación Política (CAIP), Universidad Andrés Bello. Adscrito al Centro de Investigación Sociedad y Políticas Públicas (CISPO), Universidad de Los Lagos. Docente de la Escuela de Gobierno y Gestión Pública, Universidad de Chile. Correo electrónico: bastiangb@ug.uchile.cl

*** Licenciada en Ciencias Políticas y Gubernamentales, Universidad de Chile. Correo electrónico: javiera.meneses@gmail.com

**** Licenciado en Ciencias Políticas y Gubernamentales, Universidad de Chile. Correo electrónico: mati.rodriguez.cabrera@gmail.com

INTRODUCCIÓN

El estudio de los gabinetes, en el contexto de los sistemas presidenciales, es un fenómeno relativamente reciente. El estudiar los gabinetes y a los ministros permite observar cómo se reparte el poder dentro de las coaliciones gobernantes y cómo se distribuye el poder dentro del sistema político (Avenidaño y Dávila, 2012). Desde mediados de los 90, numerosos trabajos han dado cuenta de estos fenómenos estudiando la relación entre el presidente y los partidos para conformar y mantener los gabinetes (Alemán y Tsebelis, 2012; Altman, 2000; Amorim Neto, 1998, 2006; Cox y Morgenstern, 2001). Otros trabajos analizan la composición de los gabinetes en diferentes casos (Amorim Neto y Samuels, 2010). También existen estudios sobre los efectos de los gabinetes en el sistema político (Altman y Castiglioni, 2009; Amorim Neto y Borsani, 2004; Martínez-Gallardo, 2012), o la posibilidad de que en los casos donde no está permitida la reelección los gabinetes otorguen la oportunidad de contar con algún sucesor cercano al presidente en ejercicio (Olivares, 2012).

Entre las diferentes posibilidades para estudiar los gabinetes, el estudio de las carreras ministeriales ha tenido un importante desarrollo –tanto teórico como empírico– en Europa, posterior a la tercera ola de las democratizaciones. Para América Latina, el desarrollo de estudios sobre las carreras de los ministros es escaso, y en general existe la tendencia a estudiarlas como parte de una temática más general, vinculada al estudio de las élites políticas (González-Bustamante, 2013a). Según Dávila (2011), algunos autores se centran en definir las trayectorias académicas de quienes están en el poder; un ejemplo es el trabajo de Camp (1985). Otros, como Teichman (2001), relacionan las trayectorias académicas con las ideológicas en particular.

Para el caso chileno existen trabajos que intentan vincular capitales de los ministros con ministerios en los cuales se han desempeñado (Dávila *et al.*, 2013), y sobre las lógicas de distribución de ministerios (Avenidaño y Dávila, 2012; Fernández y Rivera, 2013). Del mismo modo, existen trabajos que identifican algunas características claves para acceder a la élite política gubernamental: género (masculino), la edad (haber nacido entre 1940 y 1950), los recursos técnicos referidos a poseer estudios de posgrado, y la vinculación a un *think tank* ligado a la coalición gobernante (González-Bustamante, 2013b). Un reciente trabajo de Olivares *et al.* (2014) demuestra que para los ministros de la Concertación haber pertenecido a *think tanks* vinculados a dicha coalición aumenta sus posibilidades de estar en el gabinete durante todo el gobierno.

La vinculación a un centro de pensamiento o *think tank* suele ser considerada como una credencial de experticia político-académica importante, ya que estas instituciones son uno de los ejemplos de tecnificación de la política y las políticas. Por esta razón, resulta una perspectiva de trabajo interesante el identificar las vinculaciones entre capitales de ministros, *think tanks* y gabinete. En esa línea, este artículo busca contribuir, de manera exploratoria, al conocimiento sobre la carrera de los ministros en Chile. Se busca identificar hasta qué punto algunas estructuras formales e informales del sistema político sirven como fuentes de reclutamiento para que los presidentes elijan ministros. En este contexto, nos preguntamos si la participación en un centro de estudio o *think tank* es una condición necesaria para

ser nombrado ministro. Para responder esta pregunta se realiza un análisis descriptivo y un *Qualitative Comparative Analysis* (QCA) con los integrantes de los gabinetes de los gobiernos de Michelle Bachelet (2006-2010) y Sebastián Piñera (2010-2014).

El presente documento se divide en cuatro secciones. Primero se realiza una revisión bibliográfica con los aportes más importantes sobre formación de gabinetes, el fenómeno de acumulación de capitales técnicos y políticos, y el estudio de los *think tanks* con especial énfasis en su conceptualización y clasificación. La segunda sección corresponde a un apartado metodológico que entrega detalles sobre el diseño y las técnicas de análisis. El tercer apartado corresponde a la presentación de resultados; allí se expone un análisis descriptivo y los resultados del QCA. Para finalizar se presentan las principales conclusiones de la investigación.

I. GABINETES Y *THINK TANKS*

1.1. Gabinetes y ministros

La formación de coaliciones es clave para entender la conformación de los gabinetes. El perfil del ministro, la distribución de ministros por partidos, o los motivos de salida de los ministros, dependerán en gran medida de las políticas de coalición. Se ha demostrado que un gabinete partidista limitará el campo de acción del presidente, mientras que uno con mayor cantidad de no militantes y/o tecnócratas facilitará al presidente su capacidad de maniobra, ya que su preocupación por los costos políticos es baja (Altman y Castiglioni, 2009). La distribución partidaria de los ministros depende en gran medida de la relación entre los poderes ejecutivo y legislativo. Si el ejecutivo quiere gobernar con el apoyo del legislativo tenderá a nombrar un gabinete más partidista, mientras que si quiere gobernar sin el congreso, tenderá a nombrar a un gabinete menos partidista (Amorim Neto, 1998, 2006). Por otra parte, si el presidente se enfrenta con un congreso con múltiples atribuciones, o muy profesionalizado, necesitará un gabinete que le permita entrar en la negociación legislativa y conseguir finalmente victorias políticas para su gestión (Alemán y Tsebelis, 2012).

Independiente de los factores estructurales recién señalados, los ministros pueden ser agrupados en tres tipos de agentes: tecnócratas, *technopols* y dirigentes de partidos (Joignant, 2011; véase también González-Bustamante, 2013a)¹. Los tecnócratas son de dos tipos. El primero, llamado tecnócrata pragmático, puede ser políticamente independiente y posee un capital a base de una *expertise* determinada. El segundo tipo de tecnócrata es el político, el que cuenta con habilidades técnicas pero a la vez desarrolla un capital político mínimo, generalmente expresado en una militancia partidista. El tecnócrata político no se caracteriza precisamente por alcanzar posiciones relevantes en la dirigencia partidaria.

¹ Esto se complementa con las diferentes especies de capitales políticos que distinguen Joignant *et al.* (2012): (a) capital familiar; (b) capital universitario; (c) capital político militante; (d) capital político oligárquico; (e) capital tecnocrático pragmático; (f) capital tecnocrático político; (g) capital *tecnopolítico*; (h) capital de notoriedad; (i) capital carismático.

Por otra parte, los *technopols* presentan una convergencia simultánea de dos especies de capital. Por una parte gozan de un capital cultural expresado en altos recursos técnicos, lo que se manifiesta en niveles educacionales muy elevados, muchas veces a base de posgrados realizados fuera de Chile, particularmente en Estados Unidos o en ciertos lugares de Europa. Pero además se trata de individuos que disponen de una amplia red de contactos y un capital político importante, el que se relaciona con la ocupación de posiciones de poder en partidos políticos antes de alcanzar nombramientos ministeriales. Todo esto les permite diferenciarse de los tecnócratas políticos.

Finalmente, el tercer tipo de agente que caracteriza Joignant (2011) se refiere a los dirigentes de partido, quienes también ostentan dos tipos de capital y es posible encontrar dos subtipos de agentes. Por una parte el capital militante lo poseen quienes han pasado toda una vida al alero de un partido político, sin haber accedido a posiciones relevantes de poder dentro del mismo. Por otra parte, el capital político oligárquico lo poseen quienes ocupan cargos relevantes al interior de los partidos, sobre todo a nivel nacional, en la línea *weberiana* clásica del político profesional (Alcántara, 2012). El capital político oligárquico puede ser heredado por intermedio de dinastías familiares o tener un carácter social, es decir, ser adquirido mediante redes (Joignant, 2011; véase también González-Bustamante, 2013a).

1.2. El rol de los *think tanks*

Una de las redes informales que poseen mayor importancia en la formación de capitales de los agentes que llegan a altos cargos en la gestión pública son los *think tanks* o centros de estudio o pensamiento. La interdependencia entre el poder político y los *think tanks* ha sido uno de los fenómenos de mayor relevancia en el campo de la administración y la política (Molina e Iglesias, 2005). Esta interdependencia se ve reforzada en el caso chileno, pues los centros de pensamiento tuvieron un rol protagónico en el reclutamiento político durante la transición a fines de la década de 1980 y comienzos de 1990; esto implicó un movimiento desde estos centros al poder ejecutivo (Delamaza, 2013). Esto se relaciona con la expansión de la *tecnopolítica*, fenómeno entendido como el aumento de la invocación de legitimidad técnica en posiciones de privilegio (Centeno y Silva, 1998; Delamaza, 2011).

El desarrollo de los centros de pensamiento da cuenta de la necesidad de la élite gubernamental de establecer relaciones con actores complementarios en un país donde los partidos políticos siguen siendo hegemónicos (Flisfisch *et al.*, 2013). El concepto de *think tank* ha estado ligado a planes de evaluación y estrategia militar desde finales de la primera mitad del siglo XX, sin embargo, con el tiempo el término pasa a asociarse a procesos de formulación de políticas públicas en temas políticos, económicos y sociales (González-Bustamante, 2013b; McGann y Weaver, 2002; Navarrete y Gómez Amigo, 2011).

En América Latina, estos centros han tenido un rol relevante fijando la agenda intelectual, entrenando a futuros líderes gubernamentales, y promoviendo políticas públicas (McGann y Weaver, 2002; Tompkins, 2007). El origen y el desarrollo de estos centros de pensamiento en Chile han respondido al contexto sociohistórico del país. Es posible identificar como un

primer hito relevante el surgimiento de los “Centros Académicos Privados” (CAP) (Brunner, 1985). En este marco, una de las primeras experiencias se remonta al año 1957 por iniciativa de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO). Se trata de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO Chile). Posteriormente surgen una serie de centros de estudios que también buscaron desarrollar espacios de análisis y debates relevantes sobre la realidad chilena (Flisfisch *et al.*, 2013). Otros autores, como Delamaza (2013), también fechan el surgimiento de los primeros centros de pensamiento durante la década de 1960, principalmente con el apoyo de la Iglesia Católica y la cooperación internacional, particularmente norteamericana. Varios de estos centros tenían como fin respaldar el proyecto político del gobierno de Eduardo Frei Montalva (1964-1970).

Por su parte, Cociña y Toro (2009) identifican tres grandes momentos relacionados con el “ciclo de vida” de los *think tanks* en Chile. El primer momento es durante el régimen militar y la transición (1973-1990), en el cual proliferaron distintas organizaciones gracias a la ayuda internacional. Un segundo momento se da durante el retorno a la democracia y el proceso de consolidación (1990-2000), el cual destaca por la migración de los agentes desde estos espacios al gobierno, lo que significó la desaparición de varios centros. Finalmente, identifican, desde el año 2000 en adelante, una tercera etapa relacionada con el surgimiento de tendencias más transversales y la reconfiguración de instituciones de larga data. Cabe señalar que a 2013 Chile cuenta con 42 *think tanks* activos (McGann, 2014).

En definitiva, los *think tanks* remiten a la existencia de una determinada *expertise* que los posiciona y visibiliza. En el caso chileno es posible advertir el funcionamiento de centros de estudio o grupos de expertos al margen de los procesos políticos formales, pero que nutren y dan forma a los programas políticos a base de un conocimiento que no es el conocimiento teórico propio de la academia, sino más bien un subproducto dirigido a los tomadores de decisiones (Gárate, 2008; Pinilla, 2012). Estos centros de pensamiento, dependiendo del tipo al cual pertenezcan en función de sus características particulares, pueden ser un gran espacio de desarrollo para los tecnócratas políticos y *technopols*.

Efectivamente es posible distinguir entre diferentes tipos de *think tanks*. Una propuesta de clasificación es la de Flisfisch *et al.* (2013) que apunta a una ubicación ideológica dentro del espectro político. También resulta interesante la propuesta de Pinilla (2012) que los clasifica según su funcionalidad siguiendo la lógica de los trabajos de McGann y Weaver (2002), Gárate (2008) y Navarrete y Gómez Amigo (2011). La propuesta distingue entre los siguientes tipos de *think tanks*: (a) centros de apoyo (*advocacy think tanks*), los que otorgan un respaldo experto a la promoción de ideas y valores de los distintos actores involucrados en la definición de asuntos públicos; (b) centros partidarios (*party think tanks*), una variante del anterior que implica un vínculo mucho más directo con un partido político específico; (c) centros de gestión (*contract think tanks*), donde se encuentran las instituciones que tienen un perfil similar al de consultoras privadas; estas instituciones no tienen pretensiones de incidir en la agenda pública, pero buscan influenciar en niveles específicos en el contexto de los procesos de formulación de políticas públicas; y (d) centros académicos o “universidades

sin estudiantes” (*academic think tanks*), los que se focalizan en investigación y publicación, y además se caracterizan por una fuerte confianza en académicos e investigadores.

En general, los centros ligados a partidos políticos tienden a alejarse de la noción clásica del concepto que entiende a los *think tanks* como centros autónomos que generan conocimiento manteniendo distancia de partidos políticos y universidades (McGann y Weaver, 2002; véase también González-Bustamante, 2013b; Navarrete y Gómez Amigo, 2011). En definitiva, la clasificación de un centro de pensamiento se relaciona con el concepto *espacio de los think tanks* de Medvetz (2012), el cual sería un subespacio de producción del conocimiento que surge de la intersección entre el campo político, económico, académico o cultural, y mediático. En este sentido, si se considera que diferentes *estructuras de capital*, siguiendo a Bourdieu (1980, 1997), “rinden” de forma distinta dependiendo del campo específico², lo mismo aplicaría para los *think tanks*: ciertas *estructuras de capital* son más funcionales dependiendo del tipo de centro de pensamiento (e.g., los centros académicos privilegian más el capital cultural que los centros partidarios).

II. MÉTODO

2.1. Evaluando la participación en *think tanks* como determinante del nombramiento ministerial

El objetivo de esta investigación es determinar en qué grado, si es que existe, la pertenencia a un *think tank* es un mecanismo de acceso a puestos ministeriales. Para esto se realiza en primer lugar un análisis estadístico descriptivo de un conjunto de datos que está compuesto por todos los ministros de los gobiernos de Michelle Bachelet (2006-2010) y de Sebastián Piñera (2010-2014). Luego se realiza un *Qualitative Comparative Analysis* (QCA)³ para determinar cuáles son las características más importantes a la hora de la selección para la conformación del gabinete. El uso del QCA se debe a su capacidad para explicar la relación existente entre las diferentes combinaciones de condiciones y un resultado determinado (Wagemann, 2012), poniendo a prueba las variables independientes para determinar la condición de causalidad que poseen respecto de la variable dependiente (González-Bustamante, 2013b, 2013c). Cabe señalar que el QCA se basa en álgebra booleana para maximizar el número de comparaciones en una lógica determinista, no probabilística (Rihoux, 2006; Rihoux y Marx, 2013).

La utilización de esta técnica permite establecer si es que la pertenencia a un centro de estudios es un factor determinante en el proceso de conformación de gabinetes, y cuáles son las otras variables que también se erigen como determinantes. Específicamente se utiliza el conjunto clásico o *crisp-set QCA* (csQCA) basado en variables binarias o dicotómicas. En una primera instancia se presentan resultados de un análisis de condiciones necesarias

² El capital cultural, por ejemplo, tiene un buen rendimiento en el campo académico-intelectual, sin embargo se puede suponer que no tiene un rendimiento tan bueno –en términos comparativos– en el campo político.

³ Para más detalle revisar Ragin (1987, 2000, 2006, 2013).

para el nombramiento en determinados tipos de ministerio en los distintos gobiernos; para estos efectos se evalúan distintas disyunciones inclusivas. Posteriormente, para analizar las condiciones suficientes y vislumbrar las conjunciones de variables predominantes para nombramientos en distintos tipos de ministerios, se trabaja con el *algoritmo Quine-McCluskey*. Esta técnica arroja tres tipos de solución: parsimoniosa, intermedia y compleja. Se trabaja con los resultados de la solución parsimoniosa que ofrece la respuesta teórica más simple y asume que las configuraciones sin casos⁴ hubiesen producido el resultado de interés. Esto implica la simplificación de los casos contrafactuales.

2.2. Características de los datos utilizados

La base de datos ha sido construida según información recolectada desde fuentes secundarias de acceso público. Está conformada por todos los ministros entre los años 2006 y 2014, es decir, los ministros de los gobiernos de Michelle Bachelet (2006-2010) y Sebastián Piñera (2010-2014). Esto da un total de 102 casos (90 personas) que se distribuyen en 48 nombramientos de ministros⁵ en el primer gobierno de Bachelet (45 personas); y 54 nombramientos en el gobierno de Piñera (45 personas).

2.3. Diseño de investigación y variables

Las variables seleccionadas tras un análisis teórico son género, edad, partido político, capital cultural, capital político, y pertenencia a un *think tank*. El capital cultural se basa en la descripción de recursos técnicos de Joignant (2011) y González-Bustamante (2013b), que obedece a la definición clásica de capital cultural institucionalizado de Bourdieu (1980). El capital cultural en su estado institucionalizado entrega credenciales que tienden a consagrar de forma casi permanente la posición de los individuos en el espacio social, el cual aglutina agentes de acuerdo con su *estructura de capital*, es decir, el peso relativo de distintos tipos de capital y su volumen total (Bourdieu, 1980, 1997). Esto se ha medido con la posesión de al menos un posgrado.

El capital político se ha medido en función de carreras políticas. Se ha considerado el ejercicio anterior al nombramiento ministerial en algún cargo político relevante, sea este de elección popular o designación. También se ha considerado verificar una trayectoria como asesor electoral. Esta distinción significa comprender el capital político de una forma “negada”, similar al concepto de capital simbólico de Bourdieu (1980). Esto implica una forma de acumulación que no se expresa necesariamente en la acumulación de capital económico, pero sí potencia redes de aliados y relaciones mediante un entramado de deudas de honor y vínculos basados en lealtad. La forma “negada” adquiere una acumulación

⁴ Se trata de aquellas configuraciones de variables que son lógicamente posibles, pero empíricamente no se verifican casos.

⁵ En el análisis se incluye a Felipe Harboe, quien asumió el cargo de ministro del interior suplente durante una semana en enero de 2008.

volviéndose un crédito en el sentido más amplio –y literal– de la palabra, crédito que aplica específicamente al campo político.

Como variable dependiente se ha elegido el tipo de ministerio, esto con el fin de analizar la condición de causalidad que las demás variables establecen con el nombramiento en uno u otro tipo de ministerio. Se ha utilizado la distinción realizada por Joignant (2011), dejando por un lado a los ministerios de carácter político o económico y, por otro, a las carteras de carácter social.

TABLA 1
Resumen de variables y dicotomización

VARIABLE Y SÍMBOLO		MEDICIÓN	VALOR BINARIO
VARIABLES INDEPENDIENTES			
X_1	Género [GEN]	Masculino Femenino	1 0
X_2	Capital cultural [CC]	Poseer al menos un posgrado No poseer un posgrado	1 0
X_3	Partido político [PP]	Militar en un partido político No militar en un partido político	1 0
X_4	Capital político [CP]	Haber ocupado antes del nombramiento un cargo de confianza política (ministro, subsecretario, director de empresa pública), de representación democrática (alcalde, concejal, diputado o senador) y/o participación como asesor electoral (miembro de grupo programático, jefe de campaña, asesor de campaña) No haber ocupado antes del nombramiento como ministro cargos de confianza política, de representación democrática y/o participación como asesor electoral	1 0
X_5	Participación en <i>think tanks</i> [TT]	Pertenecer a un <i>think tank</i> antes del nombramiento No pertenecer a <i>think tanks</i> antes del nombramiento	1 0
VARIABLES DEPENDIENTES			
Y_1	Tipo de ministerio en gobierno de Bachelet	Ministerio político o económico Ministerio social	1 0
Y_2	Tipo de ministerio en gobierno de Piñera	Ministerio político o económico Ministerio social	1 0

Nota: En el apartado de resultados se utilizan distintos símbolos adicionales como negación ($\neg X$), disyunción inclusiva ($X_1 + X_2$) y conjunción ($X_1 * X_2$).

Fuente: Elaboración propia.

III. RESULTADOS

3.1. Análisis descriptivo

Género [GEN]. Como es esperable, existe una mayor presencia masculina en los dos períodos gubernamentales analizados: 68,6% hombres y 31,4% mujeres. Sin embargo, al analizar ambos períodos por separado se puede apreciar una marcada diferencia: en el gobierno de Michelle Bachelet (2006-2010) la presencia femenina alcanzó un 41,7%, justificada principalmente por la política de equidad de género al comienzo de su mandato; en el gobierno de Sebastián Piñera (2010-2014), por otra parte, la incorporación de mujeres en el gabinete alcanzó solo un 22,2%.

Poseción de capital cultural [CC]. Se aprecia que al menos un 56,9% del conjunto posee un posgrado. No se distinguen grandes diferencias entre ambos períodos estudiados: 58,3% para los ministros del gobierno de Michelle Bachelet; 55,6% para los ministros del gobierno de Sebastián Piñera.

Militancia en partido político [PP]. Es en este aspecto donde se aprecia la diferencia más importante entre ambos gobiernos. En este punto se hace evidente la conocida intención de Sebastián Piñera de formar un gabinete técnico, pues solo un 51,9% de todos sus ministros presentan militancia política. De forma opuesta, durante el gobierno de Michelle Bachelet un 91,7% de los ministros eran parte de alguno de los partidos de la coalición de gobierno. Esta diferencia deja en evidencia los distintos criterios que se utilizaron a la hora de conformar gabinetes en cada período.

Poseción de capital político [CP]. Un 66,7% de los casos habían ejercido un cargo político relevante de forma previa. Es importante recordar que se consideran cargos de primera línea en el ejecutivo y legislativo, pero también la participación relevante como asesor electoral. La cifra se eleva en el gobierno de Sebastián Piñera a un 70,4%, mientras que en el gobierno de la Concertación baja al 62,5%. Ahora bien, si solo se consideran los cargos de primera línea, la situación cambia drásticamente: menos del 20% en el gobierno de Piñera; cerca del 40% en el gobierno de Bachelet. Esto quiere decir que el capital político de los ministros de Piñera fue adquirido principalmente mediante asesorías electorales y no ocupando cargos políticos relevantes.

Participación en *think tanks* [TT]. Al menos un 27,5% del conjunto había participado en algún centro de pensamiento antes de su nombramiento ministerial. La cifra se eleva al 39,6% en los ministros del gobierno de Bachelet, y baja a un 16,7% al evaluar los ministros del gobierno de Piñera.

Tipos de ministerios. Al analizar la frecuencia de la variable dependiente se advierte que en un 57,8% del conjunto se verifica nombramiento en algún ministerio político o económico. En ambos períodos las cifras mantienen esta tendencia. En el período de Michelle Bachelet los nombramientos en ministerios políticos y económicos (Y_1) ascienden al 60,4%, mientras que en el período de Sebastián Piñera (Y_2) la cifra alcanza

el 55,6%. Evidentemente estas cifras están condicionadas por la estructura formal del gabinete chileno.

3.2. *Qualitative Comparative Analysis (QCA)*

3.2.1. *Análisis de condiciones necesarias para nombramiento en ministerios políticos y económicos (csQCA)*

Un primer análisis de condiciones necesarias realizado con cada conjunto de datos arroja que las tres mejores disyunciones inclusivas para el gabinete de Bachelet ($n_1 = 48$) son: $(X_2 + X_3)$ y $(X_3 + X_5)$ con una cobertura de 0,62 y una consistencia de 1,00; y $(X_1 + X_5)$ con una cobertura de 0,74 y una consistencia de 0,90.

Por otra parte, para el gabinete de Piñera ($n_2 = 54$), estas combinaciones quedan de la siguiente forma: $(X_1 + X_3)$ y $(X_1 + X_4)$ con una cobertura de 0,59 y una consistencia de 0,97; y $(X_1 + X_5)$ con una cobertura de 0,64 y una consistencia de 0,93.

En resumen, para el caso del gobierno de Bachelet emergen como condiciones necesarias para el nombramiento ministerial en carteras políticas y económicas la posesión de capital cultural, la militancia en un partido político y la participación en *think tanks*. Para el gobierno de Piñera, por otra parte, las condiciones necesarias para el nombramiento son ser hombre, la militancia en un partido político, poseer capital político y participar en centros de pensamiento.

En ambos casos la participación en *think tanks* es una condición que puede ser considerada necesaria (no así suficiente) para el nombramiento en carteras políticas o económicas.

3.2.2. *Análisis con algoritmo Quine-McCluskey para nombramientos por tipo de ministerio en el gobierno de Michelle Bachelet (2006-2010)*

Es posible identificar seis configuraciones causales que en su conjunto conforman una solución parsimoniosa para explicar la integración de un ministerio político o económico durante el gobierno de Michelle Bachelet (Y_1) (Tabla 2). La solución cubre solo un 45% de la muestra, sin embargo explica todos los casos que verifican la variable dependiente, es decir, es completamente consistente.

La solución para las configuraciones con mayor cobertura para los nombramientos en carteras políticas y económicas se puede expresar de la siguiente forma:

$$Y_1 = (\neg CC * TT) * (GEN + CP)$$

En esta síntesis emergen como condiciones para integrar un ministerio político o económico el no poseer un alto capital cultural institucionalizado, pero sí haber pertenecido a algún *think tank*, pudiendo esto combinarse con ser hombre o con poseer capital político antes del nombramiento.

TABLA 2

Configuraciones causales conducentes a ocupar ministerios políticos y económicos (Y_1) y ministerios sociales ($\neg Y_1$) durante el gobierno de Michelle Bachelet (2006-2010)

$Y_1 = F(\text{GEN}, \text{CC}, \text{PP}, \text{CP}, \text{TT})$			
CONFIGURACIÓN CAUSAL	TASA DE COBERTURA TOTAL	TASA DE COBERTURA EXCLUSIVA	ÍNDICE DE CONSISTENCIA
GEN * \neg CC * TT	0,17	0,00	1,00
\neg CC * CP * TT	0,17	0,00	1,00
GEN * \neg CP	0,14	0,14	1,00
CC * \neg PP	0,10	0,00	1,00
\neg PP * TT	0,10	0,00	1,00
\neg GEN * \neg CC * CP	0,04	0,04	1,00
Tasa de cobertura de la solución	0,45		
Tasa de consistencia de la solución	1,00		
$\neg Y_1 = F(\text{GEN}, \text{CP}, \text{PP}, \text{CP}, \text{TT})$			
CONFIGURACIÓN CAUSAL	TASA DE COBERTURA TOTAL	TASA DE COBERTURA EXCLUSIVA	ÍNDICE DE CONSISTENCIA
\neg GEN * \neg CP * \neg TT	0,42	0,16	0,89
\neg GEN * \neg CC * \neg CP	0,32	0,00	0,86
\neg GEN * \neg CC * TT	0,05	0,00	1,00
\neg CC * \neg CP * TT	0,05	0,00	1,00
Tasa de cobertura de la solución	0,47		
Tasa de consistencia de la solución	0,90		

Nota: Solución parsimoniosa a base del algoritmo Quine-McCluskey.

Fuente: Elaboración propia.

En cuanto a la integración de ministerios sociales durante el gobierno de Bachelet ($\neg Y_1$), el algoritmo arroja cuatro configuraciones causales para la solución parsimoniosa. La

cobertura de la solución es un poco más alta que la anterior y un 90% de los casos verifica la variable dependiente. La solución de las configuraciones con mayor cobertura se puede expresar de la siguiente forma:

$$\neg Y_1 = \neg \text{GEN} * (\neg \text{CC} + \neg \text{CP})$$

La síntesis evidencia que las condiciones para integrar ministerios sociales privilegian el ser mujer, lo cual se puede combinar con no poseer un alto capital cultural o no poseer capital político antes del nombramiento. En este sentido, no es posible apreciar patrones claros para los nombramientos en ministerios sociales, sin embargo, la evidencia sugiere que es el tipo de ministerios al cual las mujeres pudieron acceder en mayor medida durante el gobierno de Bachelet. En definitiva, la vinculación a centros de pensamiento resulta relevante para los nombramientos en ministerios políticos y económicos.

3.2.3. *Análisis con algoritmo Quine-McCluskey para nombramientos por tipo de ministerio en el gobierno de Sebastián Piñera (2010-2014)*

Al revisar la conformación del gabinete durante el gobierno de Sebastián Piñera (Y_2) se identifican seis configuraciones causales para nombramientos en ministerios políticos y económicos (Tabla 3). La solución tiene una cobertura baja, sin embargo, es completamente consistente.

La síntesis de las configuraciones con mayor cobertura para los nombramientos en carteras políticas y económicas durante el gobierno de Sebastián Piñera se puede expresar de la siguiente forma:

$$Y_2 = (\text{GEN} * \neg \text{CC}) * (\neg \text{PP} + \neg \text{CP} + \text{TT})$$

La síntesis muestra que durante el gobierno de Piñera el ser hombre y no poseer un alto capital cultural fue fundamental para integrar ministerios políticos o económicos. Esto se combina con la ausencia de militancia política, la falta de capital político antes del nombramiento, o la vinculación a *think tanks*.

Por otra parte, respecto de la integración de ministerios sociales, la solución presenta una cobertura muy baja. Las configuraciones causales que destacan se pueden sintetizar en la posesión de capital cultural acompañada de una militancia política. Esto es interesante, pues la evidencia sugiere que en el gobierno de Sebastián Piñera las variables políticas (militancia y capital político) estarían más asociadas a la integración de los ministerios de carácter social que a los ministerios políticos y económicos.

IV. CONCLUSIONES

La participación en *think tanks* es una variable que resulta determinante en los nombramientos en ministerios políticos y económicos durante ambos gobiernos, sin embargo, es un factor

TABLA 3

Configuraciones causales conducentes a ocupar ministerios políticos y económicos (Y_2) y ministerios sociales ($\neg Y_2$) durante el gobierno de Sebastián Piñera (2010-2014)

$Y_2 = F(\text{GEN}, \text{CC}, \text{PP}, \text{CP}, \text{TT})$			
CONFIGURACIÓN CAUSAL	TASA DE COBERTURA TOTAL	TASA DE COBERTURA EXCLUSIVA	ÍNDICE DE CONSISTENCIA
GEN * \neg CC * \neg PP	0,17	0,07	1,00
GEN * \neg CC * \neg CP	0,13	0,03	1,00
GEN * \neg CC * TT	0,07	0,07	1,00
\neg PP * CP * TT	0,07	0,07	1,00
\neg GEN * CC * PP * CP	0,03	0,00	1,00
\neg GEN * CC * TT	0,03	0,00	1,00
Tasa de cobertura de la solución	0,37		
Tasa de consistencia de la solución	1,00		
$\neg Y_2 = F(\text{GEN}, \text{CP}, \text{PP}, \text{CP}, \text{TT})$			
CONFIGURACIÓN CAUSAL	TASA DE COBERTURA TOTAL	TASA DE COBERTURA EXCLUSIVA	ÍNDICE DE CONSISTENCIA
\neg GEN * CC * \neg TT	0,13	0,13	1,00
GEN * CC * PP * TT	0,08	0,08	1,00
\neg CP * TT	0,04	0,04	1,00
\neg GEN * \neg CC * TT	0,04	0,04	1,00
Tasa de cobertura de la solución	0,29		
Tasa de consistencia de la solución	1,00		

Nota: Solución parsimoniosa a base de *algoritmo Quine-McCluskey*.

Fuente: Elaboración propia.

más relevante durante el gobierno de Michelle Bachelet (2006-2010). Si bien solo un 27,5% de los ministros en el período 2006-2014 había participado en un *think tank* antes de su nombramiento, esta cifra se eleva a un 39,6% para el gobierno de Bachelet y baja a un 16,7% para el gobierno de Piñera. Esta simple comparación ya ofrece un panorama de las condiciones en las cuales la pertenencia a un centro de pensamiento se vuelve un factor determinante para acceder al gabinete.

A pesar de que los análisis de condiciones necesarias sobre los distintos conjuntos de datos muestran que la participación en *think tanks* es una variable que puede ser considerada necesaria (no suficiente) para el nombramiento ministerial en carteras políticas o económicas, los análisis con el *algoritmo Quine-McCluskey* muestran resultados más específicos para cada administración analizada.

Durante el gobierno de Michelle Bachelet la pertenencia a *think tanks* es una variable muy importante para el nombramiento en ministerios políticos y económicos. La importancia de los centros de pensamiento se conjuga con la ausencia de alto capital cultural institucionalizado, es decir, credenciales académicas relevantes y, alternativamente, con alguna de las siguientes variables: ser hombre o poseer capital político. Sobre el capital político, es importante señalar que ha sido entendido como la ocupación de un cargo político relevante o posiciones como asesor electoral antes del nombramiento ministerial. Para los nombramientos en ministerios sociales no resulta relevante la vinculación a centros de pensamiento.

Por otra parte, durante el gobierno de Sebastián Piñera, la participación en *think tanks* resulta relevante para el nombramiento en ministerios políticos y económicos, aunque no con la misma preponderancia que en la administración de Bachelet. En estos ministerios se detecta un fuerte predominio masculino, el cual ya se advierte en el análisis descriptivo, pues la presencia femenina en el gabinete de Piñera alcanza solo un 22,2%, lejos del 41,7% del gobierno de Bachelet. Este predominio masculino está acompañado de una ausencia de un capital cultural institucionalizado relevante, y de forma alternativa con las siguientes variables: ausencia de militancia política, falta de capital político, o participación en *think tanks* antes del nombramiento.

Para los nombramientos en ministerios sociales durante el gobierno de Piñera, los patrones son algo erráticos, sin embargo se detecta que la posesión de capital cultural y una militancia política son factores importantes. Esto último es llamativo, pues sugiere que en el gobierno de Piñera las variables políticas estarían más asociadas a la integración de los ministerios de carácter social y no a los ministerios políticos o económicos. Esta tendencia es bastante distinta a las prácticas de la Concertación entre 1990 y 2010. En este contexto, es importante tener en cuenta la intención de Sebastián Piñera por formar un gabinete técnico con muchos independientes y *outsiders*, sin embargo los datos evidencian que el gabinete de Piñera no presentó mejores credenciales académicas que el de Bachelet: un 58,3% de los ministros de Bachelet verifica alto capital cultural versus el 55,6% de los ministros de Piñera. También es relevante recalcar que el capital político de los ministros de Piñera no está asociado a cargos de primera línea en el ejecutivo o legislativo, sino más bien a cargos relacionados con campañas electorales.

Es importante considerar que los análisis se han realizado sobre el número de casos y no el número de agentes. Las variables independientes para los casos de las personas que recibieron varios nombramientos fueron construidas respecto del primer nombramiento. También es importante tener en cuenta que las coberturas de los análisis con el *algoritmo Quine-McCluskey* para el gobierno de Piñera son relativamente bajas, en particular la cobertura del análisis de nombramientos en carteras sociales.

Como este es un estudio exploratorio, es conveniente mirar bajo ese prisma los resultados y evaluar posteriores investigaciones que incorporen nuevas variables que reflejen de mejor forma las trayectorias políticas de los agentes, o que impliquen operacionalizaciones alternativas de las variables utilizadas. En esta línea, considerar otros factores, en especial para analizar el gabinete de Sebastián Piñera, quizás permitiría explicar algunos elementos que en esta investigación no quedan totalmente claros. En este sentido, es importante considerar que las *estructuras de capital* de los individuos están intrínsecamente ligadas al espacio social y al campo específico en que estos agentes se desenvuelven, en este caso el campo político. Esto implica que los factores que explican el caso concertacionista no necesariamente explican bien lo que sucede en la derecha. Quizás en este punto sería interesante evaluar variables relativas a prácticas religiosas, vinculaciones a grupos empresariales, entre otros factores más constitutivos del *ethos* de la derecha chilena.

A pesar de las limitaciones mencionadas, los hallazgos de este trabajo respecto de la importancia de los *think tanks* para nombramientos en ministerios políticos y económicos durante ambos gobiernos, pero especialmente para el gobierno de Bachelet, constituyen resultados relevantes que van en la línea de estudios sobre los factores de acceso y permanencia de la élite gubernamental chilena que muestran la importancia de los centros de pensamiento durante los gobiernos concertacionistas (González-Bustamante, 2013b). Esto se vincula directamente a la interdependencia entre el poder político y los *think tanks* que señalan Molina e Iglesias (2005), y al rol que han tenido estos centros en América Latina respecto de la fijación de agenda y del entrenamiento de líderes políticos (McGann y Weaver, 2002; Tompkins, 2007). Todo esto se ha visto fuertemente reforzado en Chile por la existencia de una élite democrática que se convirtió en una élite tecnocrática durante la transición, situación que implicó un reclutamiento político donde los *think tanks* tuvieron un rol bastante importante (Delamaza, 2011, 2013). Esta situación se relaciona, tal como se ha señalado, con la expansión de la *tecnopolítica*, situación que ha dado pie para que tecnócratas y *technopols* sean figuras importantes en los gabinetes.

La evidencia de este trabajo indica que los *think tanks* fueron parte importante del entorno concertacionista, sirviendo incluso como instancias de reclutamiento político. Si bien ocurre lo mismo en la derecha, el fenómeno parece no darse con la misma magnitud. Lo anterior no solo sucede porque puedan existir otros factores que sean más relevantes para la cultura política de la derecha chilena, sino que también ocurre porque poseen menos centros de estudios partidarios, además varios en realidad presentan mayor cercanía con el campo académico. Ahora bien, varios ministros de Piñera que no tenían vínculos con *think tanks* se integraron a alguno cuando dejaron el gabinete. En este marco, es importante

considerar que la vinculación con un centro de estudios en Chile, sin importar su tipo, tiende a asociarse a la posesión de credenciales académicas importantes, pero los hallazgos de esta investigación muestran que no necesariamente es así: muchos agentes efectivamente fueron parte de *think tanks* y eso les ayudó para ingresar al gabinete, sin embargo no poseían un alto capital cultural.

BIBLIOGRAFÍA

- Alcántara, M. (2012): *El oficio de político*, Tecnos, Madrid.
- Alemán, E. y G. Tsebelis (2012): "Partidos políticos y coaliciones de gobierno en las Américas", *Política, Revista de Ciencia Política*, 50 (2), pp. 5-32.
- Altman, D. (2000): "The politics of coalition formation and survival in multiparty presidential democracies. The case of Uruguay, 1989-1999", *Party Politics*, 6 (3), pp. 259-283.
- Altman, D. y R. Castiglioni (2009): "Gabinetes ministeriales y reformas estructurales en América Latina, 1985-2000", *Revista Uruguaya de Ciencia Política*, 18 (1), pp. 15-39.
- Amorim Neto, O. (1998): "Cabinet formation in presidential regimes: an analysis of 10 Latin American Countries", ponencia presentada en el XXI Congreso LASA, Chicago, Estados Unidos.
- _____ (2006): "The presidential calculus: executive policy making and cabinet formation in the Americas", *Comparative Political Studies*, 39 (4), pp. 415-440.
- Amorim Neto, O. y H. Borsani (2004): "Presidents and cabinets: the political determinants of fiscal behavior in Latin America", *Studies in Comparative International Development*, 39 (1), pp. 3-27.
- Amorim Neto, O. y D. Samuels (2010): "Democratic regimes and cabinet politics: a global perspective", *Revista Ibero-Americana de Estudios Legislativos*, 1 (1), pp. 10-23.
- Avendaño, O. y M. Dávila (2012): "Rotación ministerial y estabilidad coalicional en Chile 1990-2010", *Política, Revista de Ciencia Política*, 50 (2), pp. 87-108.
- Bourdieu, P. (1980): *Le sens pratique*, Les Éditions de Minuit, Paris.
- _____ (1997): *Capital cultural, escuela y espacio social*, Siglo XXI Editores, México D.F.
- Brunner, J.J. (1985): "La participación de los Centros Académicos Privados", *Estudios Públicos*, 19, pp. 1-12.
- Camp, R.A. (1985): "The political technocrat in Mexico and the survival of the political system", *Latin American Research Review*, 20 (1), pp. 97-118.
- Centeno, M.A. y P. Silva (1998): "The politics of expertise in Latin America: introduction", en M.A. Centeno y P. Silva (eds.): *The politics of expertise in Latin America*, St. Martin's Press, New York, pp. 1-12.
- Cociña, M. y S. Toro (2009): "Los think tanks y su rol en la arena política chilena", en E. Mendizábal y K. Sample (eds.): *Dime a quién escuchas... Think tanks y partidos políticos en América Latina*, IDEA Internacional & ODI, Perú, pp. 98-126.
- Cox, G.W. y S. Morgenstern (2001): "Latin America's reactive assemblies and proactive presidents", *Comparative Politics*, 33 (2), pp. 171-189.
- Dávila, M. (2011): *Governing together: the Concertación administrations in Chile (1990-2009)*, University of North Carolina-Chapel Hill, Chapel Hill, NC.

- Dávila, M., A. Olivares L. y O. Avendaño (2013): "Los gabinetes de la Concertación en Chile (1990-2010)", *América Latina Hoy*, 64, pp. 67-94.
- Delamaza, G. (2011): "Elitismo democrático, líderes civiles y tecnopolítica en la reconfiguración de las élites políticas", en A. Joignant y P. Güell (eds.): *Notables, tecnócratas y mandarines: elementos de sociología de las élites en Chile (1990-2010)*, Ediciones Universidad Diego Portales, Santiago de Chile, pp. 77-108.
- (2013): "De la élite civil a la élite política. Reproducción del poder en contextos de democratización", *Polis, Revista Latinoamericana*, 12 (36), pp. 67-100.
- Fernández, M.A y E. Rivera (2013): "Instituciones informales, coaliciones y gabinetes en el presidencialismo chileno", *Política, Revista de Ciencia Política*, 51 (1), pp. 155-184.
- Flisfisch, A., M. Prieto y A. Siebert (2013): "Potenciando universidades y think tanks en América Latina: El caso de Chile", FLACSO Chile, Santiago de Chile, disponible en <http://www.flacsochile.org/wp-content/uploads/2014/04/Potenciando-universidades-y-think-tanks-en-Am%C3%A9rica-Latina-El-caso-de-Chile1.pdf>
- Gárate, M. (2008): "Think Tanks y Centros de Estudio. Los nuevos mecanismos de influencia política en el Chile post-autoritario", en M. de Cea, P. Díaz y G. Kerneur (eds.): *Chile: ¿De país modelado a país modelo? Una mirada sobre la política y la economía*, LOM Ediciones, Santiago de Chile, pp. 67-85.
- González-Bustamante, B. (2013a): "El estudio de las élites en Chile: aproximaciones conceptuales y metodológicas", *Revista Intersticios Sociales*, 6, pp. 1-20.
- (2013b): "Factores de acceso y permanencia de la élite política gubernamental en Chile (1990-2010)", *Política, Revista de Ciencia Política*, 51 (1), pp. 119-153.
- (2013c): "Trayectorias y patrones de carreras políticas de ministros en Chile (1990-2010)", ponencia presentada en el XI Congreso Argentino de Ciencia Política, Paraná, Argentina.
- Joignant, A. (2011): "Tecnócratas, technopols y dirigentes de partido: tipos de agentes y especies de capital en las élites gubernamentales de la Concertación (1990-2010)", en A. Joignant y P. Güell (eds.): *Notables, tecnócratas y mandarines: Elementos de sociología de las élites en Chile (1990-2010)*, Ediciones Universidad Diego Portales, Santiago de Chile, pp. 49-76.
- Joignant, A., L. Perelló y J. Torres (2012): "Las fuentes del poder político. Fundamentos para una teoría del capital político a partir de la evidencia chilena", ponencia presentada en el XXII Congreso Mundial de Ciencia Política, Madrid, España.
- McGann, J.G. (2014): *2013 global go to think tank index report*, University of Pennsylvania, Think Tanks and Civil Societies Program, Philadelphia, disponible en <http://gotothinktank.com/the-2013-global-go-to-think-tank-index-ggtti/>
- McGann, J.G. y R.K. Weaver (2002): "Think tanks and civil societies in a time of change", en J.G. McGann y R.K. Weaver (eds.): *Think tanks and civil societies: catalysts for ideas and action*, Transaction Publishers, New Brunswick, pp. 1-36.
- Martínez-Gallardo, C. (2012): "Out of the cabinet: what drives defections from the government in presidential systems?", *Comparative Political Studies*, 45 (1), pp. 62-90.
- Medvetz, T. (2012): *Think tanks in America*, The University of Chicago Press, Chicago.
- Molina, D. y M. Iglesias (2005): "Poder e ideas: el papel de los think tanks en el diseño y ejecución de la política exterior estadounidense", *Revista Electrónica de Estudios Internacionales*, 10, pp. 1-28.

- Navarrete, B. y G. Gómez Amigo (2011): "Los centros de pensamiento (think tanks) en la Democracia Cristiana. ¿Más política que políticas?", en M. Mella (ed.): *Extraños en la noche: intelectuales y usos políticos del conocimiento durante la transición chilena*, RIL Editores, Santiago de Chile, pp. 241-282.
- Olivares L., A. (2012): "Los ministros precandidatos presidenciales en los gobiernos de la Concertación", ponencia presentada en el IV Congreso Uruguayo de Ciencia Política, Montevideo, Uruguay.
- Olivares L., A., J. Baeza F. y M. Dávila (2014): "Los gabinetes ministeriales en la democracia chilena post-1990: Un caso de estabilidad, continuidad histórica y negociación inter-partidaria", manuscrito inédito, Instituto de Asuntos Públicos, Universidad de Chile, Santiago de Chile.
- Pinilla, J.P. (2012): "Think Tanks, saber experto y formación de agenda política en el Chile actual", *Polis, Revista Latinoamericana*, 11 (32), pp. 119-140.
- Ragin, C.C. (1987): *The comparative method: moving beyond qualitative and quantitative strategies*, University of California Press, Berkeley, CA.
- (2000): *Fuzzy-set social science*, University of Chicago Press, Chicago.
- (2006): "Set relations in social research: evaluating their consistency and coverage", *Political Analysis*, 14 (3), pp. 291-310.
- (2013): "New directions in the logic of social inquiry", *Political Research Quarterly*, 66 (1), pp. 171-174.
- Rihoux, B. (2006): "Qualitative Comparative Analysis (QCA) and related systematic comparative methods. Recent advances and remaining challenges for social science research", *International Sociology*, 21 (5), pp. 679-706.
- Rihoux, B. y A. Marx (2013): "Qualitative Comparative Analysis at 25: state of play and agenda", *Political Research Quarterly*, 66 (1), pp. 167-171.
- Teichman, J.A. (2001): *The politics of freeing markets in Latin America: Chile, Argentina, and Mexico*, The University of North Carolina Press, North Carolina.
- Tompkins, E.K. (2007): "Think tanks and public policy research institutes", *Behavioral & Social Sciences Librarian*, 26 (2), pp. 11-27.
- Wagemann, C. (2012): "¿Qué hay de nuevo en el método comparado?: QCA y el análisis de los conjuntos difusos", *Revista Mexicana de Análisis Político y Administración Pública*, 1 (1), pp. 51-75.

Recibido: 02-06-2014

Aceptado: 01-07-2014

SECCIÓN II * TEMA CENTRAL

Capital, *Habitus* y Formas de Socialización



El *habitus* y la movilidad social: de la modificación del sistema de disposiciones a la transformación de la estructura de clases

Andrés Aedo Henríquez*

Resumen

La teoría del *habitus* ha dado grandes rendimientos en la investigación social, sobre todo cuando se destacan los elementos de reproducción del campo social por la ecuación virtuosa entre la posición y el sistema de disposiciones del agente, por medio del milagro sociológico del sentido práctico del *habitus*. Sin embargo, cuando se trata de la movilidad social, la teoría del *habitus* tiene mayor cantidad de problemas para realizar una descripción consistente de las prácticas de los agentes, ya que la correlación prodigiosa entre disposiciones y posiciones se pierde. Asumiendo este diagnóstico, se intentará mostrar cómo es posible, desde dentro de la teoría del *habitus*, generar una explicación consistente para las transformaciones de los sistemas de disposiciones y de la estructura social, rompiendo con ciertos resabios estructuralistas que no respetan las condiciones de los procesos sociales dadas las nuevas experiencias de los agentes en las posiciones del campo.

Palabras clave: Habitus - movilidad social - morfogénesis - estructura de clases.

Abstract

The theory of habitus has given high yields in social research, especially when highlighting the elements of social field reproduction by the virtuous equation between the position and the disposition system of the agent, through the sociological miracle of the practicality sense of the habitus. However, when it comes to social mobility, the theory of habitus has more problems for a consistent description of the agents' practices, as the prodigious correlation between dispositions and positions is lost. Assuming this diagnosis, I will try to show how it is possible from within the theory of habitus to generate a consistent explanation for the transformation of the systems of dispositions and the social structure, breaking with some structuralists remnants which do not respect the conditions of social processes given the new experiences of agents in field positions.

Keywords: Habitus - social mobility - morphogenesis - class structure.

* Antropólogo Social, Universidad de Chile. Doctor en Sociología, Universidad Alberto Hurtado.

I. INTRODUCCIÓN

Los movimientos en la estructura de clases o de la estructura de clases resultan de alta complejidad, tanto para las personas que los experimentan como para la sociología que intenta describir y explicar esos movimientos. La medición cuantitativa de estos tiene su representación en los conceptos de movilidad absoluta o relativa e intra o intergeneracional (Crompton, 1994). Pero cuando se trata de poder ocupar la categoría de clase, no solo como recurso descriptivo cuantitativo estructural, sino de sus atributos cualitativos en las prácticas y representaciones de los agentes, se introduce la necesidad de dar cuenta de lo que Wright denomina “subjetividad emergente de grupo” (Wright, 2004: 200). O que estos cambios de posición implican también cambios “en” y “de” los modos de experimentar la vida social como una pérdida de “continuidad cultural” (Goldthorpe, 1995: 257). Estos elementos subjetivos son los que le darían la particularidad sustantiva a cada clase en sus sistemas de prácticas, configurando las representaciones mediante las cuales se relacionan entre sí y con los otros grupos. Estos modos subjetivos son las formas en que los agentes procesan la experiencia pasada y la expectativa futura en la nueva posición, tanto en términos individuales como en espacios colectivos, donde la discontinuidad de la trayectoria modal de clase implica nuevos problemas a los sujetos que las experimentan.

Pierre Bourdieu construyó la noción de *habitus* para representar las consecuencias de la “experiencia vívida” de los sujetos en sus posiciones sociales (Weber, 1985; Álvarez Sousa, 1996), teniendo como objetivo un intento de unificación entre lo subjetivo y lo objetivo. El *habitus* es aquello que media entre esta dualidad, intentando describir el proceso de reproducción del orden social por medio de este organizador práctico de las prácticas sociales. El *habitus* actualiza aquello que está en potencia, transformando las experiencias prácticas de los agentes en el tiempo en un marco de operación práctico. El *habitus* no puede detenerse por estar siempre impelido a responder prácticamente en el tiempo de las prácticas. Este concepto permite describir aquel elemento que organiza las prácticas sociales como un conjunto de acciones correlacionadas con las posiciones dentro del campo social. En el fondo, cuando se trata de la investigación social, a lo que se aspira es a poder desentrañar las estructuras estructurantes de las estructuras estructuradas, incorporadas en los *habitus* de los agentes y observables en sus prácticas.

Este artículo tratará de aproximarse a los efectos de discontinuidad de los *habitus* producidos por la movilidad estructural como un elemento problemático en la teoría de Bourdieu, la cual no muestra las mismas capacidades descriptivas cuando se trata de los procesos de transformación social en comparación con los procesos de reproducción. El énfasis en este elemento es necesario, ya que se trata de dar cuenta de cómo el agente enfrenta un nuevo escenario de despliegue del *habitus*, donde sus “cartas maestras” dentro de la posición en el campo pierden la capacidad de jugar “bien” el juego, pudiendo entrar en una situación incongruente. O sea, la correlación entre la posición y el agente se vuelve problemática, donde el *habitus* podría perder su capacidad práctica “en” las prácticas de los agentes. A partir de esta situación se abordarán los procesos de movilidad social, buscando los puentes teóricos que permitan reacomodar la teoría del *habitus* en un contexto poco claro, pero relevante para el mismo Bourdieu, como son las transformaciones de los sistemas de disposiciones y

sus consecuencias en la estructura de clases. Esta desarmonía implica que el *habitus* mismo debe modificarse, introduciendo reflexivamente correcciones sobre los modos de desplegar prácticas en las posiciones sociales, pudiendo generar tensiones a las posiciones de clase, ya que los viejos grupos se pueden abrir o cerrar a los recién llegados produciéndose conflictos intraposición de clase, dado que los *habitus* de los recién ascendidos o descendidos afectarán al grupo original pudiendo dar origen a transformaciones en las formas dominantes de una determinada posición, y con esto arrastrar procesos de transformación en la estructura de clases. Sin embargo, esta posibilidad no está prístina en la teoría de Bourdieu, dado que los resabios estructuralistas de la teoría del *habitus* funcionan como obstáculos para desarrollar totalmente el argumento. De esta manera, se mostrará cómo se puede articular el proceso de pérdida de sentido práctico, la modificación del *habitus* y sus consecuencias en la estructuración de clases, operando con los conceptos de Bourdieu, pero mostrando nuevas posibilidades de interpretación sociológica.

II. RESTRICCIONES Y LIBERTADES FRENTE AL CONCEPTO DE *HABITUS*

Habitus es un concepto de la tradición de la filosofía aristotélica que Bourdieu retoma para romper con el dualismo entre la física social y la fenomenología (Bourdieu, 1990: 154; Bourdieu y Wacquant, 2005: 31). *Habitus* es lo que genera la inclinación inmediata del agente hacia el mundo, donde en una fórmula modal campo y agente logran generar una síntesis prodigiosa, casi automática, como “elegir” lo “necesario”, ya que, atrapados por el juego del campo, los agentes operan por medio del *habitus*, esto es, actuando y observando por medio de este. *Habitus* es, entonces, el modo en que las personas operan en el mundo: representacional, emocional y corporalmente. Esta disposición se inscribe en el cuerpo y en la psique de los individuos, lo que les quita esa misma condición de individuos, transformándolos en agentes que tienen y “arrastran” sus modos de representación a los campos en que se desenvuelven. Por eso en la cita más famosa sobre el *habitus*, Bourdieu señala que es un:

“(...) sistema de disposiciones duraderas y transferibles, estructuras estructuradas predisuestas para funcionar como estructuras estructurantes, es decir, como principios organizadores de prácticas y representaciones que pueden estar objetivamente adaptadas a su fin sin suponer la búsqueda consciente de fines y el dominio expreso de las operaciones necesarias para alcanzarlos, objetivamente reguladas y regulares sin ser el producto de reglas, y a la vez que todo esto, colectivamente orquestadas sin ser el producto de la acción organizadora de un director de orquesta” (Bourdieu, 2007: 86).

Un primer punto es que el *habitus* es un sistema de disposiciones; este elemento es quizás uno de los menos valorados sobre este concepto, ya que generalmente se destaca más bien la característica de su durabilidad y transferencia. El que sea un “sistema de disposiciones” hace alusión, como mínimo, a que es regular, siendo continuo en el tiempo. Sin embargo, de forma implícita, pero absolutamente necesaria, hace mención a la idea de que está integrado por varias disposiciones complementarias entre sí, ya que es la única forma en que el *habitus* puede parecer objetivamente adaptado tanto en los fines como en las operaciones, sin ser prístinos ni los fines ni las reglas de las operaciones. De esta forma, el *habitus* como sistema

supone que ciertas prácticas logran tener una armonía entre sí. En un ejemplo clásico de Bourdieu, el gusto por la música de cámara, el alto nivel educacional y las comidas magras parecen estar en una correlación casi natural. Es esta correlación aquello que indica al *habitus* o, de otra forma, el *habitus* es el elemento que explica esa correlación, logrando que estas tres condiciones aleatorias entre sí logren una “naturalidad” en su relacionalidad, donde la sincronía y automaticidad de las prácticas toman ribetes preconscientes, emergiendo la idea de sentido práctico de las prácticas. Las inclinaciones de los agentes al mundo están preajustadas al mundo.

Entonces el *habitus* es un sistema de disposiciones regular, transferible e integrado, teniendo como tarea dentro de los conceptos de Bourdieu representar el operar de los agentes por medio de “lógicas prácticas” y no por medio de “prácticas lógicas”. Los agentes operan con sus *habitus*, los cuales se componen del volumen y estructura de capitales más la historia. Así, en las prácticas sociales los agentes actúan con sus *habitus*, los cuales están interesados en aquello que está en juego en el campo¹, poniendo a funcionar de manera práctica sus cartas maestras dentro del juego del campo, definido por su *doxa* e incentivados por la *illusio*. Un punto elemental es que el agente porta su *habitus*: no hay agente sin *habitus*, así como el *habitus* no puede estar fuera de un campo. Las personas se trasladan de campo y operan con el mismo *habitus*. De hecho puede ocurrir la situación de que cambian de posición de campo en campo, pero el *habitus* se mantiene estable. Por lo tanto, la estructura y volumen de capitales más la historia pueden generar variaciones de posición dependiendo del campo, pero se mantienen invariables en el agente. De esta forma, se pueden detectar los elementos variantes y constantes. Por ejemplo: variantes son los campos y las posiciones dentro de los campos y, al contrario, constantes son los elementos del *habitus* y el *habitus* mismo. Sin embargo, bajo ciertas condiciones puede darse la posibilidad de que el *habitus* se preste a la variación; una de esas condiciones es la movilidad social.

La movilidad social puede entenderse como un ascenso o descenso de los agentes dentro de las posiciones del espacio social, para lo cual, como es lógico, se requiere de un proceso de acumulación o detrimento de capitales o de las relaciones entre los capitales que permitan y soporten este cambio de posición, rompiendo con la parsimoniosa ecuación de disposiciones ajustadas a las posiciones. La movilidad social es un proceso de cambio de posición transversal y vertical, el cual someterá a procesos problemáticos al sistema de

¹ El concepto de campo de Bourdieu está tomado desde la idea de campos gravitacionales, donde distintos elementos orbitan alrededor de algún tipo de atractor. En el caso de los campos sociales, estos se estructuran a partir de relaciones entre los agentes, los cuales se encuentran interesados en aquello que está en juego en el campo; el juego que constituye el campo les interesa, si esto no fuera así estarían en un estado que Bourdieu define como ataraxia que es una forma “símil” de desinterés. Los campos entonces se constituyen como elementos distintos de los agentes, ya que son sus relaciones entre sí; los campos poseen una *doxa* o creencia sobre lo relevante que es el juego del campo y una *illusio* de que aquello que está en juego está realmente en juego, esto hace que el campo siempre tenga posibilidades de cambios de posición, para lo cual los agentes oponen su fuerza inercial, dice Bourdieu, trazando estrategias con sus cartas maestras o capitales que les permitan mejorar sus posiciones dentro del campo. Si el campo fuera cerrado y sin posibilidades de cambio de posiciones, no sería un campo de poder como lo pensaba el autor y la sociología no sería un deporte de combate.

disposiciones. Y no puede ser de otra forma, ya que lo que hace Bourdieu con el estructuralismo de Lévi-Strauss es introducir el concepto de experiencia y con eso a un experimentador que es producto histórico del proceso social, en el cual se fijan esas experiencias agrupadas "armónicamente" en el tiempo. A este elemento Bourdieu le llama el "efecto histéresis del *habitus*", esto es una propiedad de los metales de soportar los golpes y volver a su estado anterior. En este caso, es la posibilidad del *habitus* de soportar experiencias y volver a su estado anterior. Pero surge la pregunta respecto de si todo tipo de experiencias son capaces de mantener el efecto histéresis. En parte Bourdieu acepta que un conjunto de experiencias específicas, como mínimo no habituales, pueden provocar el efecto de que la histéresis pierda su atributo de permanencia, poniendo al *habitus* en estado de desarmonía con la posición y contradicción interna. De esta forma, el *habitus* pierde su capacidad práctica, ya que las expectativas posibles de esperar no se realizan. O, al revés, las expectativas imposibles de esperar se realizan. Así, esperanzas subjetivas y probabilidades objetivas pierden su correlación prodigiosa.

Lo que sostendré es que en el mismo momento en que Bourdieu quiere hacer funcionar a las experiencias de las prácticas como base de la histéresis y acepta que es posible que los *habitus* se modifiquen, suspende a la histéresis con argumentación estructuralista, dejando las opciones de adaptación del *habitus* a la posición o resistencia de los *habitus* a la posición (Aguilar, 2008: 22). Así, o se mantiene el pasado como *habitus* de clase de origen o hay adopción de *habitus* de clase de llegada, volviendo al *habitus* un sistema disposicional que no cambia nada o que cambia completamente, además de dejar intacta la estructura de clases como posiciones con sus respectivos sistemas de prácticas y representaciones.

III. ESPERANZAS Y OPORTUNIDADES: LAS CONSECUENCIAS DE LA PÉRDIDA DEL SENTIDO PRÁCTICO

Durante su estadía de investigación en Argelia, Bourdieu destacaba el problema de cómo los cambios de sistema social reubicaban a los campesinos argelinos como subproletarios urbanos, ya que ahora estaban en posiciones para las cuales no tenían los capitales necesarios para desenvolverse de manera adecuada, dado que lo aprendido de los sistemas de disposiciones tradicionales no tienen la capacidad de posicionar a los agentes en los campos modernos de manera homóloga al sistema tradicional, enfrentándolos a situaciones en –y entre– campos que resultaban altamente problemáticas. Por ejemplo, dentro del espacio social de las aldeas el capital simbólico distribuía las posiciones de estatus en las familias para los campesinos argelinos. Sin embargo, dentro del nuevo mundo capitalista dependiente, estos campos enfrentan a los varones a condiciones de subproletarización, donde la relación entre campo laboral y campo familiar se vuelve contradictoria, debiendo ser reprocesada. Así, su posición dentro del campo familiar dependerá de su desenvolvimiento dentro del campo económico capitalista, no pudiendo mantener la distribución de la jerarquía anterior. De esta forma, se generarán para las mujeres asalariadas condiciones para que su configuración de capitales, como el económico, pueda viabilizar cambios de posición dentro del campo familiar. Esto, obviamente, se enfrenta a las formas en que la *doxa* del campo familiar tradicional distribuía posiciones dentro del espacio social de las aldeas. Así, el agente varón enfrentará un campo

familiar donde aquello que era ha dejado de ser, presentando una nueva posición dentro de este campo: “Al impedirle cumplir su función económica, la falta de empleo regular amenaza la función social del jefe de familia, es decir, de autoridad en la familia y de respetabilidad hacia fuera” (Bourdieu, 2006: 119).

El punto relevante sobre esto es que la operación que realizan los agentes buscando empleo hace que el *habitus* los impulse como marco simbólico a intentar retener los privilegios de las aldeas campesinas. Sin embargo, la experiencia social en los lindes del capitalismo periférico hace que esta expectativa entre en una tensión, donde resulta que al operar en la vida social la experiencia económica entra en contradicción con la experiencia familiar, dentro del *habitus* de un grupo de agentes. O como lo dice el mismo Bourdieu: “Evidentemente, es entre los subproletarios donde es más grande el abismo entre lo imaginario y la experiencia y más frecuente la incoherencia de las opiniones” (Bourdieu, 2006: 99). De esta forma, resulta que al no correlacionarse los *habitus* con las posiciones en los campos, los *habitus* entran en contradicción, ya que sus capitales se hallan descorrelacionados, perdiendo su unidad y su condición de sistema. Con ello se ha perdido su capacidad práctica para desenvolverse en los campos:

“Aunque siempre se perpetúen en las disposiciones constitutivas del *habitus*, las condiciones de adquisición de las propiedades sincrónicamente detalladas no se evocan más que en el caso de que exista discordancia entre las condiciones de adquisición y las de utilización, es decir, cuando las prácticas engendradas por el *habitus* aparecen como mal adaptadas porque se ajustan a un estado anterior de las condiciones objetivas” (Bourdieu, 2003: 108).

Así, el *habitus* está en una situación de desarmonía con lo que en principio el *habitus* resolvía en la teoría de Bourdieu, como un sistema formado a partir de los capitales con el cual los agentes oponen inercia propia al campo, debiendo generar *estrategias* para resolver la nueva situación. La idea de estrategia tiene consecuencias importantes, porque implica ponerse a sí mismo en relación con otros, en situaciones propias del campo, implicando la condición de convertirse en un objeto de sí. El punto crucial en este instante analítico es que entonces el *habitus*, que tiene expectativas socializadas sobre su posición respecto de los otros, entra en interrogación consigo mismo como un *habitus* que experimenta la vida social, pero no tiene las herramientas necesarias para desenvolverse. De este modo, posición y disposición presentan una retracción: su condición preconsciente de hacer de la necesidad una virtud ha entrado en procesos de desestabilización. La pregunta entonces es cómo este dividido *habitus* resolverá los problemas prácticos de estar involucrado en el mundo, ya que tiene interés en el juego de los campos, pero está bajo condiciones en que el sistema de disposiciones no logra una armonía entre las expectativas y las posibilidades. El propio Bourdieu presenta la posibilidad de que esta condición pueda ser notada por los agentes: “la conciencia de que se puede actuar de otro modo se halla implicada en la conciencia de estar impedido” (Bourdieu, 2006: 85). Esta contradicción gatillará un proceso de reflexividad que será clave para desarrollar el proceso de readaptación a las nuevas condiciones:

“(…) la adaptación a cierto estilo de vida; supone y reclama la adopción de todo un complejo de prácticas y representaciones, tales como nuevas relaciones con los miembros

de la familia, una nueva concepción de la educación de los niños; en síntesis una nueva economía doméstica. El acceso a la vivienda requiere una verdadera metamorfosis cultural” (Bourdieu, 2006: 144).

De esta manera, Bourdieu muestra que el proceso de traslación impone a los *habitus* la necesidad de poder procesar esa experiencia y modificarse con ella, donde la experiencia práctica se presenta como algo distinto y contrario a los *habitus* que portaban los agentes. Y al mismo tiempo, establece que la posibilidad de haber actuado de otro modo se vuelve consciente, donde las representaciones como capital simbólico no pueden realizar lo que se debía hacer y esa imposibilidad se vuelve consciente en relación con el capital económico. La idea de la conciencia del *habitus* como dos elementos que muestran distancia práctica –la conciencia de lo que debe hacer y la conciencia de que no se puede– implica que la experiencia es procesada de manera reflexiva por medio de las disposiciones que se poseen. Pero, en este caso, los sistemas de disposiciones que se poseen son distintos a los sistemas de disposiciones que se necesitan por efectos de las nuevas experiencias en la posición social, lo que hace que el *habitus* se vuelva en sí mismo reflexivo.

Para Bourdieu, la condición básica de la experiencia social dentro del espacio social capitalista es que exige a los subproletarios la necesidad del cálculo racional del porvenir, elemento que ha de ser adoptado por parte de los agentes. Los subproletarios son caracterizados por Bourdieu como un grupo con precarización laboral, sin posición de trabajador estable, no teniendo donde afirmar la necesidad del cálculo razonable del porvenir en tanto experiencia probable (Bourdieu, 2006: 117). Y este elemento hace que la imaginaria de esta clase establezca la representación del futuro personal y familiar como una epifanía de largo aliento. De esta forma, las prácticas y representaciones se vuelven objeto de reflexión para el *habitus* con los elementos que el mismo *habitus* posee, porque los capitales comienzan procesos de cambios de volúmenes y de estructura por medio de las experiencias que procesan. Así, las trayectorias modales de clase han perdido su capacidad de operar de manera práctica frente al porvenir modal de la posición y la necesidad de una reflexividad y de una transformación cultural se verifica.

IV. LA REFLEXIVIDAD Y LA MODIFICACIÓN DEL SISTEMA DE DISPOSICIONES

Se han asentado dos puntos relevantes. El primero es que el *habitus* puede estar obligado a una transformación dada la misma experiencia social haciendo que la histéresis deje de funcionar en la práctica. El sistema de disposiciones cuando enfrenta nuevas experiencias vuelve problemáticas las prácticas sociales en el campo, ya que los capitales que lo constituyen tienen recetas obsoletas. Posición y disposición no encuentran su correlación. La fórmula de práctica social de Bourdieu logra iluminar aun más el punto; para el autor una práctica social se construye sobre la relación entre [(*habitus*) (capitales) + campo = práctica] (Bourdieu, 2003: 99). De esta forma, al variar los capitales el *habitus* pierde sentido práctico dentro del campo: esperanzas subjetivas y probabilidades objetivas presentan una contradicción, con lo que las prácticas sociales se vuelven problemáticas para el agente obligándolo a modificar el sistema de disposiciones.

El segundo elemento es que los sistemas de disposiciones son capaces de notar esta condición. El capital simbólico nota que puede representarse una cosa y tener que actuar de otra, condicionando su operar a las nuevas experiencias que el *habitus* debe incorporar a su condición de sistema. El punto crucial es cómo se resuelve este problema. Podemos hacer aquí una dicotomía: cambia cambiando un sistema de disposiciones por otro, sobre la base de nuevas experiencias que requieren tiempo de sedimentación, pero es básicamente una metamorfosis cultural del sentido práctico; o cambia cuando se ejerce un proceso de reflexividad del *habitus* sobre sí mismo, tanto a nivel personal como colectivo sobre las nuevas experiencias.

Bourdieu abre una puerta a la segunda respuesta por medio del ingreso de estos *habitus* y su modo de operar respecto del futuro, por medio de la racionalización impuesta por la economía del cálculo. En el caso de los subproletarios, Bourdieu argumenta que sus visiones del porvenir son altamente imaginarias, como formas epifánicas de imaginar el futuro, ya que hay una distancia irremontable entre las esperanzas subjetivas y las oportunidades objetivas. O un capital simbólico que elige y un capital económico que no acompaña esa elección. Sin embargo, en la medida en que la seguridad del porvenir se hace presente por medio del empleo regular, o sea encontrando experiencias recurrentes, el operar práctico comienza a representar el porvenir de manera realista, las opiniones se hacen más mesuradas y se tiende a una nueva conjunción entre “probabilidades objetivas y esperanzas subjetivas”. El *habitus* se recompone y resistemiza, pero ha incorporado nuevos esquemas de operaciones. El punto crucial es que este paso no puede hacerse sin que el nuevo elemento haya sido procesado por el capital simbólico, ejerciendo la capacidad de poder desarrollar esquemas de clasificaciones y prácticas que antes no existían.

Para este argumento, la racionalización como cálculo del porvenir en la posición dentro del campo económico inunda el sistema de clasificaciones del *habitus*. De esta manera, no solo puede racionalizar el nuevo campo social o la posición dentro del campo con un interés o “atrapado por el juego”, sino que de manera estratégica tomando en cuenta las disposiciones de los otros para operar sobre sus propias disposiciones y posteriores acciones (Elster, 2003: 28). Esta idea es la única forma de dar cuenta de la imitación social, donde los subalternos aspiran a las posiciones de otros dominantes, ya que en estos otros se puede observar la correlación prodigiosa entre comportamiento individual y aceptación social. En este punto se abre la idea de elementos reflexivos de las disposiciones sobre sí, como racionalizaciones del agente sobre sus prácticas en el campo; esto es, una racionalización de la disposición que se tiene frente a los otros significativos y esto solo se puede hacer por medio de la reflexividad que emergerá del *habitus*, afrontando el nuevo escenario con lo que han aprendido del nuevo escenario. Para el caso de los nuevos grupos de la vida urbana argelina, esto se hará por medio de la economía del cálculo racional de tiempo continuo y no con el cálculo de tiempo cíclico.

La reflexividad ha de entenderse como un proceso de observación que hacen los agentes desde sí mismos hacia el mundo o hacia sí mismos, de manera individual o colectiva, donde, necesariamente, disposición y posición han de estar no correlacionadas para generar la

interrogación de las disposiciones sobre sí. O como dice Margaret Archer: “reflexividad es el ejercicio regular de habilidad mental, compartida por todas las personas normales, al considerarse a sí mismos en relación con sus contextos sociales y viceversa” (Archer, 2007: 4). Los resultados de la reflexividad dependerán del sistema de disposiciones o *habitus* que se tenga a mano, donde el capital simbólico y cultural le permitirán al agente tener una visión distinta de sus disposiciones por medio de sus disposiciones, lo que no implica que pueda transformarse de manera libre, ya que está atado a un pasado incorporado que pierde capacidad operativa. Tener reflexividad sobre su propio *habitus* no implica la libre posibilidad de escoger disposiciones, ya que eso sería desconocer la socialización anterior, que los ha llevado a la reflexividad sobre sus propias disposiciones. O, para decirlo con Archer, sería volver a formas de conflagración ascendente² (Archer, 2009). O, para decirlo con Bourdieu, a un subjetivismo radical (Bourdieu, 2007: 69).

Puestos estos elementos en coordinación, resulta que las experiencias sociales en el campo entrarán en relación contradictoria con las posibilidades del *habitus*, forzando a un juego interno que solo puede ser tematizado por medio de la reflexividad de las disposiciones entre sí. El capital simbólico actuará estableciendo cómo deben variar los sistemas de representación, por ejemplo del “tiempo cíclico” al “tiempo continuo” en el ejemplo de Bourdieu, siendo el primero asociado a las formas del campesinado y el segundo del capitalismo, donde los ciclos protectores sobre las disposiciones que tenía la economía campesina precapitalista se verán reemplazados por las condiciones contingentes para las disposiciones de las economías salariales precarizadas. Ya no se puede esperar lo mismo de antes, y por lo tanto se debe dejar la expectativa antigua, ya que la experiencia en el espacio social la ha negado. Y solo puede volver a probabilizarse la seguridad ansiada ante una posible regularidad que permita el cálculo razonable del porvenir y un presente de no cálculo racional permanente.

En ese punto, hace su entrada el capital cultural en tanto conocimientos y/o competencias sobre el espacio social, haciendo razonables las esperanzas subjetivas de obtener regularidad donde el capital simbólico lee riesgo y discontinuidad. Así, es posible que un agente de manera reflexiva pueda esperar que sus hijos puedan obtener seguridad laboral, por medio de la incorporación de estos a los estudios superiores. También es posible que el capital simbólico deba reprocesar la relación discontinua entre el capital cultural y el capital económico, como en el ejemplo de la disonancia de estatus de la “generación engañada” (Bourdieu, 2003: 142). De esta forma, se puede observar que lo adquirido y lo heredado guardan una relación distante hasta que el plano subjetivo encuentra complementariedad por medio de la sistematicidad y reflexividad de la experiencia en el espacio social.

² El conflagración ascendente hace alusión a la idea de que las estructuras sociales se forman por medio de las acciones de los agentes, donde estas acciones tienen una primacía ontológica sobre las estructuras, las cuales no pueden ejercer sus propiedades emergentes. De esta forma, se trata a la estructura como epifenómeno.

V. LOS SALTOS ESTRUCTURALES: LOS *HABITUS* DE CLASE EN LOS PROCESOS DE MOVILIDAD SOCIAL

Un problema apenas notado hasta aquí es que el argumento de la movilidad social y la posterior morfogénesis cultural del *habitus* en la nueva posición funciona en Bourdieu por medio de saltos estructurales. Esto implica la negación de los procesos históricos de las transformaciones del *habitus* de clase y sus posibles consecuencias en la posición y estructura del campo. Para poder mostrar este punto hay que volver sobre el concepto de clase de Bourdieu y a la idea de *habitus* de clase. Las clases para Bourdieu:

“(…) no se definen en base a una propiedad (como volumen y estructura de los capitales), ni por la suma de propiedades (sexo, edad, etnia), ni por una cadena de propiedades ordenadas a partir de una propiedad fundamental, sino por la estructura de las relaciones entre todas las propiedades pertinentes, que confiere su propio valor a cada una de ellas y a los efectos que ejerce sobre las prácticas” (Bourdieu, 2003: 104).

Así, mientras que las clases se forman por “la estructura de relaciones de todas las propiedades pertinentes” dentro del espacio social, un *habitus* de clase se forma por las consecuencias de esas relaciones en el agente. Por lo tanto, un *habitus* de clase opera clasificando por medio de las clasificaciones o estructuras estructuradas de las estructuras estructurantes, donde las prácticas sociales se refieren entre sí por medio de estos modos de estructuración de las distinciones. De este modo, es perfectamente posible que sociedades no tengan como base de sus prácticas distintivas a las distinciones de clase, y por lo tanto puedan primar distinciones de nivel de género, edad u otras. De hecho, este es el elemento de estructuración de las relaciones de posición dentro del espacio social general, en el cual pueden tener distinto nivel de inercia un conjunto diverso de disposiciones, como el capital simbólico en las aldeas o el capital económico en el capitalismo del siglo XX.

De esta forma, son las sociedades modernas como caso particular donde los procesos de diferenciación social tienen como base de estructuración las posiciones de clase. Y ante condiciones del espacio social de baja movilidad, el sistema de disposiciones tiende a permanecer y reproducirse, generando una continuidad generacional de los *habitus* por medio de la incorporación y traspaso de las disposiciones en la siguiente generación. Pero en procesos de movilidad social inter e intrageneracional el *habitus* es sometido a nuevas experiencias en el campo que con sentido práctico no puede resolver. Para Bourdieu el problema de las transformaciones de las relaciones entre agente y posiciones de clase, que como movilidad social afecta los sistemas de disposiciones, se soluciona por medio del tiempo. Un tiempo que no opera como sucesión de procesos sociales, sino que funciona con saltos cualitativos y estructurales, donde las disposiciones recogen las prácticas de quienes estaban en la posición, pero en un tiempo anterior:

“Estos sistemas de disposiciones pueden ser descriptos sincrónicamente como distribuidos según la jerarquía objetiva de las condiciones económicas y sociales a las que corresponden. Pero también se puede ver allí otras tantas etapas de un proceso ordenado: considerando que, en el momento T los sistemas de disposiciones de dos individuos o de dos clases sociales A y B están definidos por condiciones económicas y sociales Xa y Xb, se supone

que en la época T1 el individuo o la clase A que haya adquirido la condición B adoptará el comportamiento que era el de B en la época T" (Bourdieu, 2006: 115).

Estas condicionantes de la sucesión ordenada de los sistemas de disposiciones Bourdieu lo afirmaba en 1963³. Y en 1979 insiste en el mismo argumento:

"(...) el orden establecido en un momento dado del tiempo es inseparablemente un orden temporal, un orden de sucesiones, teniendo en cada grupo como pasado al grupo inmediatamente inferior y como porvenir el grupo superior... los grupos en competencia están separados por unas diferencias que, para lo esencial, se sitúan en el orden del tiempo" (Bourdieu, 2003: 163).

Es en este punto donde se asienta la crítica directa a Bourdieu, ya que este presenta una concepción estructural del salto de clase, como efecto en las prácticas y representaciones de la movilidad social. De esta forma, hay cambios en los *habitus* de las personas, pero los *habitus* no logran influenciar la estructuración de las prácticas de clase, ya que los cambios de las disposiciones en las posiciones solo suceden, sin mayores efectos sobre las posiciones. A cada posición de clase le corresponde un *habitus*, heredado o incorporado, intra o intergeneracionalmente. La resocialización impone sus condiciones, sus propiedades estructurantes. Este argumento del salto estructural de las prácticas de clase no es un corolario de los planteamientos de Bourdieu sobre los procesos de cambio de los *habitus*, sino una posición clara:

"La reestructuración de la conducta no aparece sino en el nivel relativamente elevado de ingresos (y no a partir de que se alcanza el umbral de seguridad), porque, precisamente en razón de la sistematicidad del nuevo modo de vida, esa reestructuración solo se puede operar mediante un salto, cuando se han reunido todas las condiciones económicas y culturales de las conversiones de las disposiciones económicas y culturales, al estar condenados los individuos y las familias incapaces de reunir el conjunto de las condiciones necesarias a contradicciones casi irremontables cuando emprenden el intento de pasar la línea por un solo punto" (Bourdieu, 2006: 130).

En la cita anterior hay dos afirmaciones: la primera es que el paso de operar con un nuevo *habitus* es un proceso que debe hacerse de un salto, y la segunda es que esto se justifica por el hecho de que no se puede pasar el límite entre clases por un solo punto. Pero el encadenamiento de este argumento, aunque lógico, no respeta otras posibilidades. De hecho, del problema de que no se pueda pasar los límites entre las clases por un solo punto, en lo que se está de acuerdo, no se sigue que se deba acceder a los nuevos sistemas de prácticas de clase por medio de un salto. Si se sigue esta argumentación ocurre que los sistemas de prácticas de clase están encajados en las posiciones de clase, de esta forma volvemos a la fórmula de "a cada posición una disposición dentro del campo", haciendo

³ El libro *Argelia 60 (Algérie 60. Structures économiques et structures temporelles, 1977)* es una versión abreviada de *Travail et travailleurs en Algérie*, publicado en 1963, que recoge la estancia de investigación de Bourdieu en Argelia durante los años 1958 y 1961. Por eso podemos destacar este argumento como constante dentro de la obra de Bourdieu.

invariantes los sistemas de prácticas y representaciones de clase. Esto hace que se “adopten” sistemas de prácticas por medio de reemplazos de los *habitus*. Nótese que es en este punto donde no hay procesamiento de las nuevas experiencias en la posición, sino solo tiempo sin mayores consecuencias sociales. El proceso social nuevamente pierde ante la dicotomía de socialización frente a adopción, afirmando que entre los capitales, heredados y adquiridos, no hay ninguna relación a pesar de que son elementos distintos, cosa que el mismo Bourdieu reconoce al hablar de *habitus* mal adaptados a las condiciones del campo. Esto puede entenderse mejor si se observa el Cuadro 1, donde se muestran las relaciones entre fracciones de clase de origen y de llegada con las mismas disposiciones.

CUADRO 1
Esquema de clases con saltos estructurales en el tiempo

POSICIONES Y DISPOSICIONES DE CLASE	TIEMPO 1	TIEMPO 2	TIEMPO 3
Clase 3 Disposición C			Fracción inmóvil Clase origen 3 Disposición C Fracción móvil Clase origen 2 Disposición C
Clase 2 Disposición B		Fracción móvil Clase origen 1 Clase llegada 2 Disposición B	Fracción inmóvil Clase origen 2 Disposición B Fracción móvil Clase origen 1 Disposición B
Clase 1 Disposición A	Fracción inmóvil Clase origen 1 Disposición A	Fracción inmóvil Clase origen 1 Disposición A	Fracción inmóvil Clase origen 1 Disposición A

Fuente: Elaboración propia a partir de Bourdieu.

La pregunta que surge es qué pasa si se siguen los procesos de movilidad social no como saltos estructurales en las posiciones dentro del campo, tal como lo muestra el Cuadro 1. Qué pasa si se genera la relación entre las disposiciones heredadas y adquiridas en la trayectoria de un agente. O, de la misma forma, los cambios en los capitales como volúmenes y entre los capitales como estructura, con los sistemas de disposiciones adscritos frente a las nuevas posiciones en el espacio social, donde hay que interactuar con agentes con otras disposiciones. Así, independiente de si el proceso de acumulación del capital se realiza solo por medio

del capital económico o en una relación con el capital cultural o social, lo que ocurre es una situación de cambio en el volumen de capitales y por lo tanto de su estructura. De esta forma, se entiende que los sistemas de prácticas se formarán en una relación no plenamente adaptada de [capitales + *habitus* + campo]. La incoherencia no es un elemento de tipo lógico, es una condición de tipo práctico. Las contradicciones de operación del *habitus* se multiplicarán, y en las interacciones con los miembros del nuevo grupo la afinidad electiva de los agentes garantizada por *habitus* similares tenderá a provocar distinciones internas en el mismo grupo de llegada. De esta manera, efectivamente ocurren dos cosas: i) no se puede pasar por un puro punto los límites de clases, situación que es posible de captar por los agentes, y (ii) la condición de aspirar a adquirir los sistemas de disposiciones del nuevo grupo se refuerza, haciendo que deba construir el proceso de enclasar “definitivamente” por medio de estrategias dentro del espacio social, proceso que Bourdieu definió como movilidad horizontal (Bourdieu, 2003: 128).

El reemplazo de *habitus* como adopción de nuevos sistemas de disposiciones no puede realizarse sin que el *habitus* anterior sea desechado. Sin embargo, si no se desecha resulta que las nuevas interacciones a las cuales se enfrenta el agente son clasificadas por este *habitus* anterior; adaptación o perseverancia o sin histéresis o con histéresis. De esta forma, posiciones y disposiciones de clase están siempre correlacionadas. No obstante, en el proceso de convivencia de prácticas en la posición al menos dos *habitus* aparecen: el original y el de llegada. Y los obstáculos al sentido práctico que hacen emerger la reflexividad se radicalizan, condición que hace que el *habitus* original deba reflexionar sobre las estrategias para poder encajarse en los sistemas de disposiciones de llegada. Por lo tanto, un conjunto de nuevas experiencias sociales derivadas de las prácticas que realizan los agentes en los campos deberán ser procesadas, dando cuenta de la tensión entre ambos sistemas de disposiciones, donde se establecerá la condición de que para poder acceder al nuevo sistema de disposiciones se tendrá la necesidad de reflexivar el proceso de ingreso a una nueva posición social como sistema de prácticas. Así, es posible que la racionalización que nombraba Bourdieu no solo actúe en el plano de los *habitus* de clase, sino que en el cómo adoptar nuevos *habitus* de clase racionalizando el camino. Esta racionalización está directamente relacionada con las experiencias nuevas, donde puede racionalizar las nuevas experiencias y comenzar a orientar las posteriores, actuando por interés por medio de una estrategia del *habitus* sobre su propio de *habitus*. Qué cosas y cómo han de imitarse los sistemas de disposiciones es lo que determinará el capital simbólico y el capital cultural. De esta manera, lo que ocurre es que se pueden imitar gestos y posturas corporales, posiciones políticas e ideológicas, además de opiniones en general, como modo de lograr reconocimiento social y completar la movilidad horizontal. El *habitus* buscará los modos en que puede transformarse en otro *habitus*, ya que el campo donde se interactúa exige a los *habitus* enfrentarse a experiencias nuevas.

De esta forma, se puede comprender la idea de distinciones sociales que operan desde la clasificación de auténtico o artificial dentro de la misma posición estructural (Méndez, 2008: 6), donde lo auténtico es el plano de los *habitus* originales y lo artificial es el plano de la imitación de *habitus* de llegada por medio del *habitus* original. Así, tanto el *habitus* original que comparte posición con el *habitus* que imita como el *habitus* que se espera

adquirir son capaces de observar el proceso de imitación artificial o no original. El punto pasa entonces por cómo es que se racionalizan las experiencias del camino para pasar por todos los puntos de los límites de clase. De este modo, en procesos de acumulación de atributos, que se racionalizan como aumento del capital económico, lo que ocurrirá es que las posiciones dentro del campo económico serán la base del sistema de clasificaciones; o en el caso de aumento de capital cultural, las posiciones dentro del espacio social se racionalizan por medio de las clasificaciones culturales; o en el caso de que el proceso de acumulación esté sobre el capital social, las clasificaciones se montarán sobre las redes y conexiones de las posiciones dentro del espacio social.

Lo problemático es que estos nuevos *habitus* son un resultado combinado de las experiencias procesadas por la tensión reflexionada de las disposiciones pasadas y presentes, ya que, al no poder pasar por un solo punto los límites de clases, cuando pasan y el proceso histórico se realiza son algo distinto de los *habitus* de clase originales de esa posición, integrándose, a veces, a medias dentro de esos grupos incorporando disposiciones distintas, como fracciones de clase según sus modos de clasificar o enclasar al resto de los grupos; incluso por las apreciaciones estéticas que tanto preocuparon a Bourdieu. Estos modos de ingreso a las posiciones de clase hacen que la posición y la disposición no tengan completa transparencia sobre las prácticas características o, a estas alturas, dominantes, de esas clases. Así, la “con-vivencia” histórica hace su trabajo en los procesos de formación de clases. Por lo tanto, si en un grupo de alto estatus en las clasificaciones llegan nuevos grupos, estos al tratar de adoptar las prácticas del grupo clásico entran en tensión con el viejo grupo pudiendo mediante luchas internas reformular las formas dominantes del grupo; o, si retienen sus propias disposiciones, agregan variabilidad a las disposiciones en la posición. Así, y solo así, se puede entender que las clases varíen sus prácticas y tengan diversidad interna, ya que estos grupos interactúan en espacios comunes de manera no correspondiente. Sigue siendo válido en todo caso que el horizonte razonable para las clases subordinadas sea su nivel inmediatamente superior, pero el horizonte que tienen al estar construido sobre su relación interclasista en el T1 y el T2 hace que cuando ingresen a los espacios donde estos grupos interaccionan, las expectativas sobre la clase de llegada sea visto por medio del horizonte de la clase de origen, con lo que su relación con estas resulta nuevamente problemática porque su horizonte de clase de origen está en la configuración de la clase de llegada en el T1 y ahora la clase de llegada es una nueva clase en T2. De esta forma, la idea de Bourdieu de que las clases dominantes tienen una configuración en *quiasma*, se puede verificar por los distintos sistemas de disposiciones que se aglutinan en ella, siendo válido el argumento para toda clase con movimientos ascendentes o descendentes (Bourdieu, 2003: 114). Como se ve, hay sistemas de disposiciones antiguos de clase de llegada, de clase de origen y de transformación de nuevas clases en tanto sistemas de prácticas y representaciones. Este elemento se representa en el Cuadro 2.

Qué puede resultar entonces de los contingentes nuevos en las clases dominantes, como la “clase de servicio” profesional, sino grupos nuevos que en sus estrategias de enclasmiento generan nuevas prácticas dentro de las clases dominantes: como las valoraciones sobre el capital cultural, la meritocracia o la funcionalidad del mundo que pueden poner en jaque a

CUADRO 2

Esquema de clases sin saltos estructurales en el tiempo

POSICIONES Y DISPOSICIONES DE CLASE	TIEMPO 1	TIEMPO 2	TIEMPO 3
Clase 3 Disposición A	Fracción inmóvil Clase 3 Disposiciones A	Fracción móvil Clase origen 2 Clase llegada 3 Disposiciones origen B y B.C Disposiciones llegada A	Nueva clase 3.2 Disposiciones A Disposiciones A.B Disposiciones A.B.C
Clase 2 Disposición B	Fracción móvil Clase origen 1 Clase llegada 2 Disposiciones origen C Disposiciones llegada B	Nueva clase 2.1 Disposiciones B Disposiciones B.C	Fracción inmóvil Clase 2.1 Disposiciones B Disposiciones B.C
Clase 1 Disposición C	Fracción inmóvil Clase 1 Disposiciones C	Fracción inmóvil Clase 1 Disposiciones C	Fracción inmóvil Clase 1 Disposiciones C

Fuente: Elaboración propia.

las antiguas disposiciones de clase basadas en la herencia tradicional y el orden jerárquico, con el refuerzo de que las experiencias y los procesamientos reflexivos de las experiencias que realiza el *habitus* se muestran como horizonte y camino a seguir para las otras clases ubicadas más abajo en el espacio social. La idea de la inadaptación del *habitus* en el campo, como rebeldía o adaptación, implica procesos que no se resuelven de manera dicotómica o estructural, sino que se producen nuevas disposiciones en las posiciones. De esta forma, las capas originales –fracción A en el Cuadro– perciben a los advenedizos –fracción B o B.C– mediante clasificaciones que son determinadas por las percepciones sobre la trayectoria modal del grupo frente a las nuevas trayectorias (Bourdieu, 2003: 108). Estas trayectorias, que no son al azar, se vuelven el objeto de diferencias de las trayectorias modales, donde lo que se pone en cuestión son los modos en que se genera la movilidad social. Se ve entonces que el proceso de reenclasamiento puede ser legitimado por parte de los modales dentro de la misma posición de clase y, por lo tanto, el método de enclasamiento se incorpora como estrategia sobre la cual se invocan los poderes estigmatizantes del origen social frente a los recién llegados, reforzando la necesidad de movilidad horizontal.

Frente a estos agentes de trayectorias deslindadas de las trayectorias modales, tanto de su clase de origen y frente a su clase de llegada, no se pueden ejercer –al menos en el capitalismo– estrategias de “cierre social” directas, como exclusión jurídico-adscripiva de los estamentos o castas (Parkin, 1984), quedando reducidas a las condiciones económicas

(como la propiedad de los medios de producción, bienes de organización o bienes de cualificación); a prácticas simbólicas (como el gusto estético); o a exclusiones microsociales (como los matrimonios o membresías en organizaciones exclusivas). Sin embargo, en el proceso mismo de ingreso a estas nuevas posiciones entrarán en relación con los grupos modales y se tenderán a aceptar como legítimos nuevos modos de ingreso, modificando las barreras interfracciones en cuanto a la trayectoria modal, ampliando el espectro de posibilidades de movilidad vertical, reforzando la necesidad de movilidad horizontal y la multiplicación de sus trabas. El *habitus* que viene ingresando, que es detectado por el *habitus* modal, no solo modifica la constitución de trayectorias modales de ingreso, sino que afecta al *habitus* modal mismo. Los espectros de prácticas sociales legítimas se amplían para ambos grupos dentro de las mismas posiciones y, por lo tanto, los sistemas de disposiciones de prácticas y representaciones legítimas se ven transformados. Así, en los sistemas de clasificación de las clases sociales subordinadas se amplía la gama de posibilidades de ascenso social y la reflexividad hace su trabajo cuando logra detectar métodos sobre cómo cambiar sus posiciones por medio de la transformación de sus prácticas. Los modos reflexivos de generar estrategias de ascenso social están disponibles para que el *habitus* comprenda los modos en que espera su cambio de posición y transformación, donde la estrategia se pone al servicio del interés del juego del campo como parte de las formas en que se combinan las cartas maestras de los agentes que oponen inercia propia al movimiento del campo. De esta forma, no solo se engrosa a la clase de llegada, en tanto ingreso de capas nuevas, sino que la misma clase de llegada modifica sus sistemas de prácticas y representaciones. Nuevas clases se forman por la combinación de sistemas de disposiciones, modificando las posiciones y con eso finalmente a las estructura histórica de clases.

VI. CONCLUSIONES: ALGUNOS COMPROMISOS DE LA PROPUESTA

Sobre la base de lo expuesto hay una serie de conclusiones, aunque unas más problemáticas que otras. Una primera conclusión es un problema para la teoría de las clases de Bourdieu. El concepto de clase social está formado por distintos tipos de atributos pertinentes en una posición, pero ahora también pueden ser comprendidas como “campos” con varios *habitus* en su interior, donde la constitución de este campo trae consigo la condición de ser una estructura compleja de prácticas y representaciones que le dan la forma de *quiasma*. Una segunda conclusión está implicada en la variabilidad de modos de vida en las clases, ya que muestra una distancia entre posición estructural y modo de vida, donde esta variabilidad genera efectos de diferenciación y conflictividad interna. La tercera conclusión es que esta variabilidad genera la condición de que la movilidad social sea un proceso complejo, porque contiene varias dimensiones posibles como movilidad económica, simbólica y de red. La cuarta conclusión es que el *habitus* en algunas clases podría generar la condición de tener la expectativa del movimiento dentro de la estructura social, donde el problema serían las condiciones de inmovilidad.

La primera conclusión son las consecuencias que tiene este argumento para la teoría de las clases de Bourdieu, pudiendo describir un conflicto en el espacio social de la posición

de clase entre la fracción antigua y la fracción nueva; esto es, que se deben considerar a las "clases" como un objeto complejo, como un espacio relacional de poder y conflicto, donde diversos *habitus* de diversas fracciones o segmentos de clase comienzan a interactuar en una misma posición. Así, una clase no solo se forma por diversos tipos de propiedades, que tienen procesos de inflación o de deflación de su estructura de capitales, sino también resulta ser un proceso de pugna entre diversos *habitus*, donde los *habitus* de origen y los recién llegados pueden entrar en contradicción o complementariedad, gatillando procesos de transformación de la posición de clase. La clase puede pasar por procesos de cambio y de estabilización dependiendo de las condiciones en que se encuentra cada clase como campo de poder. De esta manera, las posiciones como campos pueden tener conviviendo a diversas subclases en las cuales se dan procesos de luchas inerciales, ya que las clases pueden variar sus estilos de vida y multiplicar su conflictividad interna, por el ingreso de nuevas capas a sus posiciones que pueden disputar las condiciones de dominación y subordinación, donde no basta avanzar hacia arriba, sino que se puede avanzar también hacia el costado, como lo mostraba Bourdieu con su idea de movilidad horizontal.

La segunda conclusión es que hay clases que tienen mayores probabilidades de sumar variabilidad de estilos de vida y de conflictividad interna, en tanto ampliación o reducción de los sistemas de prácticas y representaciones legítimas, por las condiciones históricas de ingreso. Así, prácticas y representaciones con otros sentidos en otras clases pueden ser incorporadas, pero serán procesadas por medio de otros *habitus*, como disposiciones estéticas de las clases dominantes frente a disposiciones funcionales de las clases medias o de carencia en las clases populares, respetando el esquema de tres grandes clases de Bourdieu, dando cuenta del intento de marcar distancia entre posición estructural y representaciones, como el mismo Bourdieu lo mencionaba en su teorización de las disposiciones estéticas sobre el consumo de bienes. De esta manera, la puesta en juego de los *habitus* en las nuevas posiciones implica traslados de prácticas y representaciones de unas clases a otras, donde efectivamente el modo de vida representado pueda ser imitado sin tener la posición estructural, aumentando las posibilidades de desagregación de la movilidad social y también de la configuración de nuevas clases.

Una tercera conclusión sigue el punto anterior, como una desagregación de los tipos de movilidad social, la cual puede estar marcada por varias posibilidades, donde al menos podemos anotar tres: económica, simbólica y de red. Esto es el ascenso o descenso a las posiciones económicas de los grupos de llegada, la adopción de representaciones dominantes de esas clases y la incorporación a las redes familiares o comunitarias de las clases de llegada, donde las clases subordinadas, de acuerdo con sus propios sistemas de disposiciones, deberán generar estrategias que los acerquen de manera económica o simbólica o de red. De hecho, la ampliación de los sistemas de prácticas y representaciones frente a las posiciones estructurales da mayor marco de posibilidades para las estrategias de enclasmiento. La idea de movilidades estructurales o movilidades simbólicas aparecen como consecuencia lógica de las posibilidades de las clases subordinadas dentro del espacio social. De esta forma, los grupos se enfrentarán a la movilidad social ascendente o descendente, con las cartas maestras que los retengan

en procesos de descenso social o que los transporten en procesos de ascenso, donde la movilidad simbólica puede tener repercusiones en los modos en que se representarán su situación de clase, además del modo en que serán percibidos por los grupos de llegada. La distinción social en este nivel tendrá como conclusión lógica que esta se hará cada vez más alta en la dimensión económica, más sofisticada en la dimensión simbólica y más cerrada en términos de red.

Una cuarta conclusión, que se relaciona con las posibilidades abiertas en los estilos de vida de las clases dominantes, es que el *habitus* de las clases subordinadas en ascenso incorporará estas prácticas a partir de sus propios principios de clasificación, como disposiciones subalternas frente a prácticas de las clases dominantes. Así, los *habitus* de las posiciones medias generarán reflexividad sobre los caminos a seguir en pro de adoptar estos sistemas de prácticas y representaciones, como tipos de ascenso posible, incorporando la expectativa del cambio de posición y de su sistema de disposiciones, dentro de su mismo *habitus* de origen en despliegue temporal futuro. De esta manera, para estas clases la problemática social se producirá por el cierre de las oportunidades de cambio de estilo de vida, restableciendo las condiciones de conflictos en el *habitus*, en la posición de clase misma e interclases, no por la movilidad social, que era en principio nuestro problema de investigación, sino por su traba. El cierre de las posibilidades de movilidad y cambio disposicional para un sistema de disposiciones que tiene incorporado este elemento como expectativa implicará procesos de resistencia personales a la homologación en sus clases de origen o desencadenará conflictos de tipo colectivo.

BIBLIOGRAFÍA

- Aguilar, O. (2008): "La teoría del habitus y la crítica realista al conflacionismo central", *Revista Persona y Sociedad*, XXII (1), pp. 9-25.
- Álvarez Sousa, A. (1996): "El constructivismo estructuralista: la teoría de las clases en Pierre Bourdieu", *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 75, pp. 145-172.
- Archer, M. (2007): *Making our way through the world: human reflexivity and social mobility*, Cambridge University Press, Cambridge.
- _____ (2009): *Teoría social realista: el enfoque morfogenético*, Editorial Universidad Alberto Hurtado, Santiago de Chile.
- Bourdieu, P. (1990): *Sociología y cultura*, Grijalbo, México D.F.
- _____ (2003): *La distinción: las bases sociales del gusto*, Taurus, México D.F.
- _____ (2006): *Argelia 60: estructuras económicas y estructuras temporales*, Siglo XXI, Buenos Aires.
- _____ (2007): *El sentido práctico*, Siglo XXI, Buenos Aires.
- Bourdieu, P. y L. Wacquant (2005): *Una invitación a la sociología reflexiva*, Siglo XXI, Buenos Aires.
- Crompton, R. (1994): *Clase y estratificación: una introducción a los debates actuales*, Tecnos, Madrid.
- Elster, J (2003): *Tuercas y tornillos: una introducción a los conceptos básicos de las ciencias sociales*, Gedisa, Barcelona.

- Goldthorpe, J. (1995): "Sobre la clase de servicio, su formación y su futuro", en Julio Carabaña y Andrés de Francisco (eds.): *Teorías contemporáneas de las clases sociales*, Fundación Pablo Iglesias, Madrid, pp. 229-263.
- Méndez, M. (2008): "Construcción de la identidad de clase media en Chile: tensiones entre demandas de autenticidad", ponencia presentada en el encuentro Pre-Alas, Universidad de Chile, Santiago.
- Parkin, F. (1984): *Marxismo y teoría de las clases: una crítica burguesa*, Espasa-Calpe, Madrid.
- Weber, M. (1985): *Ensayos de sociología contemporánea*, Tomo I, Planeta/Agostini, Barcelona.
- Wright, E.O (2004): *If class is the question, what is the answer? Six approaches to class analysis*, disponible en: <http://www.ssc.wisc.edu/~wright/>.

Recibido: 03-06-2013

Aceptado: 20-05-2014

El liberalismo a la conquista del amor. Algunas constataciones y reflexiones sobre el consumo sentimental y sexual de masa en la era de Internet

Pascal Lardellier*

Resumen

Desde una decena de años, el aumento de los sitios de encuentro para los solteros han contribuido a tecnificar e “industrializar” las relaciones sentimental-sexuales. Este artículo demuestra que más ampliamente son los principios del liberalismo en tanto doctrina los cuales se han apoderado de variadas maneras de las relaciones amorosas, porque una nueva economía relacional, fundada sobre la efectividad, la intercambiabilidad, el rendimiento y la rentabilidad, prevalecen ampliamente sobre estos sitios de encuentro.

Palabras claves: Internet - sitios de encuentro - relaciones sentimental-sexuales - liberalismo - nueva economía relacional - valores y contravalores liberales.

Abstract

Since ten years, the increase of meeting websites for singles has helped to introduce technology and “industrialize” the emotional-sexual relationships. This paper shows that more widely the principles of liberalism as doctrine have taken over love relationships in a variety of ways, because a new relationship economy, based on effectiveness, interchangeability, performance and profitability, largely prevails over these meeting websites.

Keywords: *Internet - meeting websites - emotional-sexual relationships - liberalism - new relationship economy - liberal values and counter-values.*

* Profesor en la Universidad de Borgoña, Dijon, Francia. Investigador en el Laboratorio CIMEOS/3S. Director del Master 2 Research *Communication y Médiations*. Director científico de Propedia, laboratorio del Grupo IGS, París. Correo electrónico: pascal.lardellier@u-bourgogne.fr

I. A MODO DE INTRODUCCIÓN¹

Internet y los sitios de encuentro han metamorfoseado las relaciones amorosas en poco tiempo. Esta afirmación, que no es puramente determinista, se funda en una serie de constataciones. Después de una quincena de años, vemos aparecer nuevas modalidades de encuentro, el “flirteo” online y el enamorarse detrás de la pantalla. Las modalidades y la temporalidad tradicionales del encuentro amoroso se han alterado. En Internet se aprende a conocer “el interior” de las personas y a enamorarse de “desconocidos íntimos”. En 1999, la película *You’ve got a mail*² puso explícitamente en escena una historia e imágenes sobre este nuevo fenómeno.

Por otra parte, el actor americano John Malkovich, quien también es director, propuso en 2012 en París, en el teatro l’Atelier, una versión contemporánea de la célebre novela de Choderlos de Laclos, “Relaciones peligrosas”; pero Malkovich, que encarnó en 1989 al vizconde de Valmont para el realizador Stephan Frears, adaptó esta vez la obra clásica a la “generación de Internet”. En su puesta en escena, las redes sociales (*Facebook, Twitter...*), los *smartphones* y los SMS juegan un rol principal. Se ama siempre como una época nos permite amar. Y una época es un conjunto de valores y de técnicas. La adaptación parisina de Malkovich muestra cuál es el lugar de lo escrito en las relaciones de seducción y amorosas que se efectúan en la era de Internet. De seguro hay todavía, como en la era clásica, cinismo, duplicidad, mentiras y manipulación, pero esta vez estas son tecnológicamente asistidas.

Más ampliamente, este es un nuevo estado del espíritu, y una ideología inédita que presidirá en lo sucesivo a las relaciones sentimental-sexuales asistidas por ordenador. Estas se “mercantilizan” y los solteros practican en Internet aquello que se podría denominar el “marketing amoroso”.

En este texto analizaremos, primero, la manera como el liberalismo se impuso como la nueva ideología dominante en las relaciones sentimentales posmodernas. El liberalismo está presente, implícitamente, en los discursos de los internautas, así como en sus prácticas y en los “reflejos” relacionales adoptados cuando ellos están “en línea”. Para esto, nos apoyaremos sobre investigaciones que hemos realizado sobre este tema en el espacio francófono desde hace ya diez años.

Enseguida propondremos, de forma más amplia, algunas reflexiones sociológicas y consideraciones filosóficas sobre el amor y la pareja en la era de las redes digitales.

II. METODOLOGÍA DE INVESTIGACIÓN

Concerniente a la metodología, precisamos que este texto se funda sobre los testimonios recibidos en dos investigaciones realizadas entre el 2003 y el 2012, y publicadas en 2004 y 2012 (Lardellier, 2004, 2012). Para realizar estas investigaciones nos asociamos a cuatro

¹ Traducción del Dr. (c) Felipe Tello. Esta traducción se hizo con la expresa autorización del autor.

² *Tienes un e-mail* en su versión para Latinoamérica (N. del T.).

sitios de encuentro de finalidad sentimental-sexual de orientación heterosexual, que reúne público francés y francófono³. Estos son 260 (130 por 2) cuestionarios que fueron recibidos y tratados, y 30 entrevistas en profundidad. El tema de este texto, “el liberalismo conquista el amor”, fue espontáneamente evocado y enunciado por la mayoría de las personas consultadas, con expresiones y formulaciones diferentes, pero convergentes.

Los análisis realizados a estos cuestionarios, por supuesto, se han ampliado con la lectura de autores que han trabajado este tema.

III. EL LIBERALISMO A LA CONQUISTA DE LAS RELACIONES AMOROSAS

Para comenzar, señalaremos que las relaciones amorosas producidas “en línea” conocen diferencias notables con aquellas de la vida real. En Internet no se ve al interlocutor, y no se le conoce, pues él/ella se encuentra escondido detrás de un “seudónimo” y de la pantalla. De la misma forma, las cosas suceden mucho más rápido que en la vida real, donde temporalidades más lentas dirigen la seducción.

De la misma forma, varios autores han remarcado estos últimos años la sumisión de las relaciones digitales al liberalismo, el cual es considerado a la vez como una doctrina económica, un conjunto de valores y una ideología. De hecho, con la *web* es posible considerar que las relaciones sociales se “mercantilizan”, y que ellas funcionan según el principio de un utilitarismo desenfrenado. Este punto de vista cuenta con numerosos partidarios, porque señalar que esta doctrina económica se apodera de las relaciones es más que solo una metáfora. Así, tomar ciertas expresiones en sentido literal es revelador; los internautas que hemos interrogado evocan espontáneamente, a propósito de los sitios de encuentro: “la gran feria de corazones”, un “supermercado”, “el comercio y el negocio”, “un consumo sexual desenfrenado” o una “vitrina para los solteros”. Ellos son propensos a decir que eligieron un compañero “como escogerían un yogur, o un producto cualquiera, en su carro de supermercado”. En resumen, ¡las personas tienen la impresión de convertirse en mercancía, una vez inscritos en un sitio de encuentro! Algunos decepcionados por estos sitios incluso mencionan la prostitución “porque se paga para tener relaciones con desconocidos”... Estas expresiones reenvían al comercio o al mercado, las cuales penetran la esfera de los encuentros amorosos. Así, estos clichés lexicales son enunciados por los mismos adeptos a los sitios de encuentro.

El encuentro amoroso ha devenido un mercado por completo, que “vende” a todos los solteros la posibilidad de relaciones sexuales rápidas, así como la esperanza de una vida de a dos. Era evidente que los empresarios, ayudados por los especialistas del *marketing*, harían su entrada en este nicho, casándose con los deseos y aspiraciones de los individuos, así como con las tendencias sociales más importantes.

³ Los sitios visitados con objeto de estas investigaciones fueron: *Netclub*, *Amoureux.com*, *Attractive World* y *Points-communs.com*.

Es posible identificar en las redes digitales y en los sitios de encuentro lógicas sociológicas que existían previo a su aparición: la *homophilia*, esta tendencia a dirigirse hacia personas como nosotros mismos, y la endogamia, que produce parejas de categorías sociales, de valores y religión similares o próximos. De hecho, se reconocerá la importancia de “afinidades culturales”, como principio de organización del mercado matrimonial, y por tanto, de la constitución de parejas. La elección puede parecer así aún más sorprendente “en línea”, donde se comienza siempre a dialogar con personas anónimas. ¿El amor no será entonces tan ciego como pensamos?

Debemos, por otra parte, remarcar que el mercado francés del encuentro amoroso en línea ha conocido varios períodos importantes. Y luego de la primera etapa de sitios generalistas, se ha visto segmentarse a este mercado para proponer sitios comunitarios, los cuales se agrupan según criterios étnicos, religiosos, socioculturales y socioeconómicos.

Pero de la misma forma, sobre la red, las relaciones se encuentran liberalizadas. Porque todos los grandes principios de la economía de mercado están presentes: la abundancia de la oferta, la racionalización de la búsqueda amorosa, la focalización selectiva, el hecho de poder elegir permite una oferta abundante y la estandarización de los “productos” (Illouz, 2006). Aquí de hecho se completan hojas “antropométricas”, donde se deben respetar estrictamente los criterios preestablecidos. Se induce a una “cosificación” generalizada. La inmensidad de la “oferta” –¡de centenares de miles de fichas en línea!– implica una mercantilización, las fichas personales de los sujetos inscritos son analizadas como productos, luego de leer la ficha técnica se podrá “testear” y “cambiar” el producto, si el funcionamiento es insatisfactorio o defectuoso.

Por medio de todos los textos y de todas las imágenes intercambiadas entre desconocidos en los sitios de encuentro es donde el liberalismo invade la esfera de las relaciones humanas. En efecto, se debe ser eficiente y atractivo para ser “sacado del lote”, y ser destacado. Se debe efectuar constantemente la mejor *performance*, por medio de las fotos subidas y las palabras enviadas. Y las relaciones amorosas se deben plegar a un imperativo de rendimiento, de eficiencia y de rentabilidad. Las “fichas personales” puestas en línea deben ser “vendedoras” e “impactantes” para ser destacadas. Y estos adjetivos, que son temas del *marketing* y del *coaching*, contaminan el espacio de la relación íntima. En los sitios de encuentro amoroso, cada uno practica el “*marketing* amoroso”, y se considera a sí mismo como un “producto exclusivo” a promover, producido constantemente por miles de otros. De hecho, en los sitios de encuentro (como en las redes sociales), muchas personas practican, consciente o inconscientemente, el “personal *branding*”. ¡Ellos deben ser su propia marca! ¡Y aquí una noción y un concepto que nuevamente nos reenvía al comercio!

Hay una célebre obra del teatro francés (de Pierre Marivaux, 1688-1768) que se titula *Les jeux de l’amour et du hasard*⁴. Sin embargo, en la actualidad, en los sitios de encuentro amoroso, es posible hablar de “los juegos del amor y del mercado”, porque las relaciones

⁴ Los juegos del amor y del azar (N. del T.).

tecnificadas implican un rendimiento y una rentabilidad, ya que cada internauta es su propio “cyber-agente matrimonial”. En la era del *marketing* y del liberalismo triunfante, tenemos la impresión de que los sentimientos se pueden reducir a “ventajas para el cliente”, en “capital emocional”, en éxito en las entrevistas.

En un registro paralelo, los *speed-dating* simbolizan esta tendencia: el primer contacto amoroso se parece sospechosamente a una entrevista de trabajo. A una contratación profesional.

Y desde la aparición reciente del “*coaching* amoroso” los *love coaches* manejan a los solteros como si estos fueran cuadros superiores desclasados, a los cuales deben motivar para que puedan, de nuevo, obtener un supertrabajo. Valorizar su capital, expresar sus cualidades, explotar su potencial; tales son las misiones de estos “entrenadores relacionales” de nuevo género. Estos principios y estas prácticas pertenecen a la ideología de la gestión y se inscriben en la corriente liberal que se apodera de las relaciones, especialmente de las amorosas.

Seguramente hay romanticismo y sinceridad en las redes digitales, no solamente cinismo. Sin embargo, la mayoría de las personas inscritas en un sitio de encuentro están, ante todo, en la búsqueda de relaciones de rápido *consumo*. Según los testimonios de los adherentes, los miembros masculinos están en general muy prestos, ávidos de números de teléfono o de direcciones *WLM* o de *Skype* personales; después de los encuentros *IRL*⁵, *buscan*, lo más rápido posible, “concluir la relación”, es decir, pasar a la relación sexual propiamente tal.

Varios libros, novelas y ensayos escritos estos últimos años por personas que frecuentan los sitios de encuentros confirman esta tendencia hacia “la industrialización de la conquista”. En 2005, el francés Lewis Wingrowe explica en su obra *Des souris et un homme*⁶ cómo la racionalización, asociada con las herramientas informáticas, podría permitir un “rendimiento óptimo” en el proceso de seducción. Pero no solo hay ganadores en estos juegos del amor y del mercado. En su novela *Extension du domaine de la lutte*⁷ el célebre novelista francés Michel Houellebecq a partir de 1994, había presentado la entrada de la sexualidad en la era de la competición liberal, con *winner*s y *loser*s. Él presenta en esta obra un “antihéroe” frustrado, antipático y patético, torturado por pulsiones jamás satisfechas, las cuales le hacen sufrir cruelmente. Los “bellos” y los “seguros de ellos mismos” logran sus fines sexuales muy fácilmente. En tanto, a los perdedores solo les restan las imágenes, las fantasías y la masturbación como consuelo.

IV. EN LOS SITIOS DE ENCUENTROS, UN TRIPLE PRINCIPIO DE ECONOMÍA

Para continuar en un registro económico, un triple principio de economía rige las relaciones amorosas en la *web* y asegura su éxito: economía de tiempo, economía de dinero y economía emocional. De tiempo, porque una vez inscrito, y en tan solo algunos

⁵ In the Real Life (N. del T.).

⁶ Ratones y un hombre (N. del T.).

⁷ Existe traducción al español: *Ampliación del campo de batalla* (Editorial Anagrama) (N. del T.).

minutos, se tiene acceso a un “contenedor de solteros” inmenso, compuesto de miles de personas que nos interesan virtualmente y que pueden, en potencia, estar interesadas en el nuevo perfil.

Economía de dinero, de igual forma, porque entrar en contacto con todas estas personas, sería mucho más costoso (salidas, invitaciones de por medio) en la “vida real”, sin Internet. Así, realizar un primer contacto gracias a la misma carta “cortar y pegar” y enviarla a una decena de personas, es una práctica corriente y que revela taylorismo, ¡pues se trata de racionalizar una tarea!

Por último, una “economía emocional” es ofrecida por estos sitios, porque la “pérdida de la cara” y los costos son oportunamente desplazados por la ausencia de un otro. Hacer un desaire digital no tiene ningún costo en términos de honor. De seguro, hay una violencia que no tiene nada de virtual y que puede provocar aquello que los psicoanalistas llaman una “herida narcisista”, cuando la relación involucró una inversión afectiva. Para el resto “pasar a la siguiente” y ya.

Es el sistema de los sitios de encuentro en su conjunto el cual induce esta lógica de consumo. Hacer la elección más racional y pertinente, generar tráfico alrededor de su ficha a fin de llegar a ser el “producto-insignia”, acumular los contactos... La lógica es la de un consumo sentimental y sexual masivo.

Ciertos adeptos a los sitios de encuentro se vanaglorian de coleccionar aventuras sexuales como si coleccionaran objetos insólitos o mariposas. Para ellos, gracias a los sitios de encuentros la conquista ha pasado de lo artesanal a lo industrial. Los sitios de encuentro amoroso consagran el matrimonio entre el consumo sexual y afectivo, y las técnicas del *marketing*. Nuestra época racionaliza la economía sentimental. Se habla aún del corazón, pero a menudo este es un “target del corazón”, término usado por el *marketing*.

El concepto que simboliza esta mercantilización del encuentro amoroso *online* es el sitio francés *AdopteUnMec.com*⁸. Con su espíritu feminista lúdico y relajado, este sitio permite a las mujeres caminar con un carro en los pasillos de un supermercado virtual que propone “hombres objeto”. ¡Ellos se convierten en “productos regionales que no pueden faltar” o “la promoción del día”! Los hombres, pasivos, tienen pocos derechos en este universo; ellos solamente deben obedecer.

La metáfora comercial anima este sitio; la usuaria todopoderosa puede construir su “mercado” por medio de una *shopping list*, la que ha preestablecido gracias a ciertos criterios. Este sitio exige una buena dosis de humor. Él ha ganado gran aceptación en una clientela joven, la que maneja perfectamente los códigos relacionales paródicos de las redes sociales. Aún nos encontramos en el registro del amor capturado por el liberalismo, aunque sea a título caricaturesco.

⁸ Adopta un hombre o adopta un muchacho (N. del T.).

V. LA RED SENTIMENTAL, UNA NUEVA “INTERNACIONAL DE LOS SOLTEROS”

Pero el liberalismo se expresa de manera más concreta aun cuando se evoca el reencuentro amoroso en línea. Porque la expansión planetaria de los sitios de encuentro permite identificar, de manera más amplia, el nacimiento de una nueva “internacional de solteros”. De este modo, decenas de miles de mujeres que habitan países en vías de desarrollo o en zonas afectadas por disturbios políticos buscan emigrar a un país “rico”, gracias a los recursos de la *web*. Esta “cibermigración matrimonial” ha abierto flujos migratorios de un nuevo género, asegurando la fortuna de los propietarios de los cibercafés. En un documental titulado *Nord-Sud.com*, el francés François Ducat explica que en 1997 había cuatro cibercafés en la ciudad de Yaoundé, Camerún, y 450 en 2007. ¿Cuántos hay en el 2014? ¿Y cuántos de estos cibercafés en las capitales, en los pueblos y en las ciudades venden conexiones y “la esperanza de una vida mejor” en el exilio matrimonial?

Dos exigencias logísticas para estos cibercafés: que los ordenadores estén dentro de cubículos individuales cerrados (por una cortina, frecuentemente) y, sobre todo, equipados con *webcams*. Así, los hombres occidentales que *chatean* con estas mujeres desean “juzgar sus piezas”. La competencia es ruda, solo las mujeres más “atractivas” serán consideradas. Estas mujeres deben ser a la vez jóvenes, dóciles, sensuales y “gentiles”, listas a esperar que se les proponga un encuentro en Europa o en América del Norte. Esta “internacional de los solteros” ve cohortes de mujeres africanas, asiáticas o de expaíses comunistas intentar (y a veces lograr) una “ciberunión”.

Esto necesariamente tendrá por consecuencia un desarraigo familiar y cultural. Ellas intentarán una nueva vida, lejos de sus casas, con un desconocido blanco (lo más frecuentemente), rico (para sus niveles de vida), y la mayor parte del tiempo (mucho) más viejo que ellas. Estos hombres “compran” la juventud de sus mujeres y les ofrecen por intercambio las “condiciones materiales de una vida mejor”. Estas uniones tendrán éxito, o no. Algunas se adaptarán y “reconstruirán sus vidas” en Occidente; otras se deprimirán, pero harán todos los sacrificios por quedarse; por último, hay aquellas que volverán a sus países, después de constatar su imposibilidad para integrarse y decepcionadas de su “príncipe encantado occidental”, que no era el hombre finalmente.

Es percible la asimetría de estas relaciones y las expectativas económicas que las presiden, más allá de las justificaciones de los protagonistas y de la apelación a los “valores privilegiados” que cada uno de los esposos encarnaría, y de los cuales los nativos de sus respectivos países carecerían... Todo esto no debe ser visto con demasiado romanticismo. Porque este exilio conyugal ve también a veces familias desgarradas para recomponerse con otros, aleatorios, en el “El Dorado europeo o americano”.

Si este fenómeno mundializado de la búsqueda amorosa participa en un gran *melting-pot* intercultural, desgarrando destinos y creando bellas historias, también podría provocar, si se amplifica, un verdadero desequilibrio de “balances conyugales internos”:

“A largo plazo, la mundialización del mercado de encuentros podría tener consecuencias lamentables. Las mujeres occidentales ya tienen dificultades para encontrar hombres que

estén a la altura de sus expectativas. En cuanto a los hombres, aunque seducidos por las mujeres dinámicas, las prefieren, sin embargo, a menudo no demasiado exigentes en la casa, para asegurarse una vida de pareja ‘sin problema’. El riesgo es grande porque un número cada vez más importante de hombres se vuelve hacia el mercado internacional para ‘comprar’ la sumisión, la juventud y la belleza, dejando solas, en sus países, a mujeres diplomadas e independientes..., sin embargo, para los hombres pobres del Norte será aun cada vez más difícil casarse” (Kaufmann, 2010: 192).

La “internacional de los solteros” abierta por los sitios de encuentros está fundada, en principio, sobre intereses económicos. Los sentimientos no están ausentes, pero ellos vienen más tarde. Los “juegos del amor y del mercado” serán desde ahora en adelante mundializados.

VI. MÁS AMPLIAMENTE, A PROPÓSITO DEL AMOR EN INTERNET

Ampliaremos ahora un poco el cuadro de nuestro análisis, a fin de proponer algunas consideraciones más generales, sociológicas y filosóficas, sobre las nuevas formas de la pareja y el amor en la era de Internet.

6.1. Los solteros enfrentan tensiones paradójicas

En primer lugar, la soledad jamás ha estado tan presente en nuestra sociedad como en esta época que nos propone una “oferta relacional” increíble y hace de la comunicación una virtud social. Los solteros inscritos en los sitios de encuentro coleccionan “toques digitales” y “besos virtuales”, de centenares de personas que han visitado sus “fichas personales”, sin que los encuentros, cuando tienen lugar, den lugar a relaciones duraderas. Por cierto, a veces esto ocurre, pero no siempre...

Estos solteros, cada día más numerosos, enfrentan una fuerte tensión cotidiana: prosperar, tener éxito, realizarse y, al mismo tiempo, darse los medios para “hacer pareja”, porque la presión social y de su entorno ejerce con frecuencia sobre ellos, con fuerza, una exigencia implícita e insistente. Y si nuestra época valoriza a aquellos que comunican bien y se saben afirmar en sus relaciones, nunca las dificultades para encontrarse han sido tan grandes. Las millones de personas inscritas en los sitios de encuentro son un testimonio de ello.

6.2. La pareja tradicional metamorfoseada por las TIC

En todo caso, los internautas que “flirtean en línea” se encuentran confrontados a un modo de encuentro que, para comenzar, revierte la cronología de los eventos: se aprende a conocer al otro antes de encontrarse con él/ella, y se descubre “el interior” de las personas. Cuando estas se encuentran, la relación sexual viene muy rápidamente, si el *feeling* está presente. Y en seguida el amor vendrá (o no), y la pareja se construirá (quizás). Se comprende que este cambio “copernicano” en el proceso amoroso priva a los individuos de sus herramientas tradicionales. Así, ellos deben inventar un nuevo código relacional, inédito en la historia de las relaciones humanas y de los lazos amorosos.

La *net* constituye una verdadera solución para encontrar “el alma gemela”, pero con la condición de no quedar prisionero de *maillles du fillet*⁹. Se debe pasar frecuentemente al otro costado de la pantalla, recordando que en la *Metamorfosis* de Ovidio, Pygmalion mantenía una relación virtual (¡en aquella época ya!) con su bella estatua Galatea. De una ilusión a la otra, Narciso prefiere su imagen más que el tierno amor que le juró su musa Eco, así hasta ahogarse. ¿Y cuántos son quienes en Internet se ponen en escena y se contemplan en los comentarios elogiosos y gratificantes de los otros? “Una relación mediatizada por ordenador puede permitir a un individuo satisfacer de forma coherente la necesidad profundamente humana de tener relaciones con los otros y al mismo tiempo favorece en él el repliegue paranoide de evitar formas de involucramiento intersubjetivo” (Civin, 2003: 46-47). Porque la *web* ofrece una omnipotencia, y ella permite luchar con las angustias y las frustraciones. La conexión a Internet puede ser considerada como un cordón umbilical, que nutre y calma, enlazando un “gran todo” tranquilizador. De este modo, las nuevas tecnologías, en sentido amplio, se han convertido en el medio de placer preferido de las personas de 25 a 49 años, incluso antes que el sexo¹⁰.

Seguramente se ama aún “de verdad” en el 2014, incluso si la tentación es a veces grande de permanecer escondido detrás de la pantalla, en una postura todopoderosa. Continuaremos aún encontrándonos en la vida real, deseando los cuerpos, y forjando bellas historias *IRL*. De más en más, sin embargo, se utilizarán las TIC y sus providenciales recursos en un momento u otro del proceso amoroso. Así, más de la mitad de los encuentros amorosos de los treintañeros es producido por sitios que tienen precisamente esta finalidad¹¹.

El modelo de pareja tradicional es puesto en cuestión por las TIC. Es cierto, Internet “produce” muchas parejas. Pero “desecha” también numerosas consecuencias, a medida que los “conquistadores/as digitales” se reconectan para adulterios digitales, *polygaming* y *sexfriendi*. Estos sitios dieron nacimiento a una sexualidad en banda ancha, muy recreativa. En paralelo, la sentimentalidad que producen estas redes digitales es lúdica y desinvolucrada; sin embargo, es cínica a la vez. Y violenta en muchos aspectos. Nuestra época es de un consumo sentimental y sexual de masa. Tomamos, disfrutamos, jugamos, rechazamos. No olvidemos las muy numerosas “bellas historias de la red”. Pero sus actores confiesan que antes de poder constituirse en pareja, ellos conocieron decepciones y casi se rindieron, justamente a causa del cinismo ambiental y de la impresión desagradable de ser considerado como una mercancía en un supermercado, mientras ellos mismos se posicionaban en un inmenso catálogo de páginas llenas de personas para ser “consumidas”.

No miramos todo esto con moralismo: no hay solo frustración y disgusto en el consumo sentimental y sexual industrializado por la red. Y son numerosas las personas que sienten mucho placer gracias a Internet; acumular aventuras, experimentar sexualmente, vivir de paréntesis sensuales gratificantes, rompiendo con la monotonía de sus vidas. Porque “en

⁹ Cabe señalar que *net* significa en inglés específicamente ‘red’ (*fillet*). En concordancia, la tela (*toile*) puede ser telaraña, y la red (*réseau*) nos evoca a la imagen del entramado de una malla o la trampa de redes.

¹⁰ Primer medio de placer: la *high tech* (39%); el sexo (36%) (Sondage Ipsos para *Menstyle*, citado por *Télérama* n° 3072, 26 de noviembre de 2008).

¹¹ *Ibid.*

línea” se seduce y se es seducido(a), y no se le debe rendir cuenta a (casi) nadie; la ligereza y el placer inmediato son los motores del sistema. Después de haber experimentado *ad nauseam* la primera posibilidad de los sitios de encuentros, el sexo, es probable que se siga el mismo movimiento pendular para hacer todo lo posible por conseguir la segunda promesa de estos sitios, que es su verdadera promesa comercial: encontrar el “amor verdadero”.

Pero también se ha vuelto más complicado. Porque Internet estresa en vez de tranquilizar. Este casamentero tecnológico, en efecto, abrió una era de intercambiabilidad de las posibilidades amorosas. Es esto lo que las novelas y los testimonios consagrados a las relaciones en Internet señalan. Uno perdido, no más de diez, pero cien o miles encontrados, virtualmente, gracias a esto, que permiten las redes digitales, en términos de duplicación, pero también de duplicidad. ¿Cuántos son quienes tienen que jactarse de acumular decenas de aventuras, llevadas en paralelo, y centenares de relaciones *one shot*, acumuladas sobre la red? Porque “si la abundancia de posibilidades presenta un lado tranquilizador, ella puede igualmente involucrar una búsqueda indefinida, interminable, y zambullir a los internautas en una ‘inquietud’ en el sentido clásico del término, es decir, una búsqueda no solamente sin respuesta sino a la vez perpetuamente incierta en su objeto” (Parmentier, 2011: 174).

6.3. Relaciones sentimentales frágiles e intercambiables

Nosotros amamos en lo sucesivo con “contrato a plazo fijo”. Pero la “pareja con contrato indefinido” también ha colapsado con la irrupción de las TIC. Ellas pueden en cualquier momento aceptar solicitudes inquietantes, o ser tentadas a “dar un paseo sobre la red”, con toda discreción. Jamás se ha revisado tanto a los “ex” y a los amores de juventud, como en una época donde se puede encontrar a alguien en tan solo algunos segundos, con solo tres clics en un teclado.

De manera más general, Internet ha introducido en las parejas una soberana impaciencia, y especialmente en aquellas que se han formado con él. ¿Un pequeño defecto descubierto en el otro? ¿Un error? ¿Una disputa? ¿Un período un poco aburrido? La tentación es grande, conectarse con el fin de reactivar los pretendientes virtuales que sabrán ser “menos penosos”. Sin embargo, esta es una ilusión que lleva a tomar lo imaginario por lo real. Es posible hablar de “bovarismo” en relación con Emma Bovary, la heroína de la novela francesa del siglo XIX de Gustave Flaubert, que había construido una vida quimérica por medio del poder de su imaginación.

No se deben considerar como recientes cosas antiguas. Así, hace un siglo, el célebre Marcel Proust, en su novela *Albertine disparue*¹², evoca ya: “esta mujer única, sabemos que no era para nosotros, si hubiéramos estado en una ciudad distinta de donde nos encontramos, si hubiéramos andado en otros barrios, si hubiéramos asistido a otro salón. ¿Única como creemos? Ella es innombrable”... Y ¿cuántos están en la *web* para dar un toque a alguien, compartir el tiempo de un *chat*, de un café, de una copa juntos, de una salida, y jamás volver a ver a esta persona? En Internet, los romances se terminan todos los días incluso de

¹² Albertine desaparecida o la Fugitiva. Una de las siete partes de la novela *En búsqueda del tiempo perdido* (N. del T.).

haber sido vividos. Los solteros que *flirtean* “en línea” tienen esta conciencia difusa, de haberse cruzado con muchas personas con quienes una bella historia de amor hubiera sido posible. Multiplicado por millones, esta sensación probablemente contribuye en hacer nostálgica la generación de los “amantes de Internet”, desilusionados por la violencia de las relaciones tecnificadas y liberalizadas, frente a tanto fracaso amoroso, delante de la fragilidad de los lazos y de la dificultad para construir una pareja sólida, en esta sociedad del “individualismo conectado”.

6.4. Un romanticismo de ahora en adelante tecnológicamente asistido

Es siempre útil retornar a la sabiduría de los antiguos en períodos de confusión. Del *Arte de amar* de Ovidio, manual de “conquista” distendido, al *Banquete* de Platón y su bello origen de las relaciones fusionales, el amor vacila, eligiendo uno u otro, dependiendo si la época los autoriza más o menos. Internet y sus sitios de encuentros permiten optar por el modelo sentimental-sexual de la “intercambiabilidad” y de la aventura, pero por un tiempo solamente.

Porque a pesar de que hay cinismo o desilusiones, muchos internautas solteros guardan la intuición que una persona única está escondida justo detrás de la pantalla, y que serán al fin puestos en contacto, como los andróginos de Platón. Y se percibe finalmente, entonces, que la ideología liberal presente en los sitios de encuentro es contrabalanceada por una ideología romántica que ejerce su influencia desde hace ya largo tiempo.

VII. A MODO DE CONCLUSIÓN

En el 2014, las y los que buscan el amor intentan atrapar a Venus o Cupido, figuras mitológicas del deseo y del amor, gracias a Internet. Estos aceptan a veces ofrecer este amor a aquellos que lo buscan con tanto método y constancia. En seguida, son los enamorados de la red quienes deben aprender a relacionarse, hasta convertirse en una “pareja verdadera”. Lo más difícil comienza ahora. Porque Internet, que permite enlazar, es rápida para desatar. Y la historia de las relaciones amorosas jamás termina: siempre reinventándose, continúa escribiéndose.

BIBLIOGRAFÍA

- Civin, M. (2003): *Psychanalyse du Net*, Hachette, Paris.
- Illouz, E. (2006): *Les Sentiments du capitalisme*, Seuil, Paris.
- Kaufmann, J.C. (2010): *Sex@mour*, Armand Colin, Paris.
- Lardellier, P. (2004): *Le coeur Net. Célibat et amours sur le Web*, Belin, Paris.
- _____ (2012) *Les réseaux du coeur. Sexe, amour et séduction sur Internet*, Francois Bourin Editeur, Paris.
- Parmentier, M. (2011): “Philosophie des sites de recontre”, *Hermès*, 56.

SECCIÓN III * TEMA CENTRAL

Conferencia



Entrando en la segunda etapa de la democratización*

Alain Touraine**

Estamos acostumbrados a debates políticos del mismo tipo que las discusiones entre miembros de la misma profesión, es decir, a debates unidimensionales –económicos, nacionales, religiosos, morales, etc.– que se parecen a un partido de tenis o a un combate de boxeo.

Pero los debates actuales y la política en general han cambiado del todo: son multidimensionales. Es fácil mencionar varias de estas dimensiones: siempre existen conflictos de intereses, pero más y más a menudo mezclados con enfrentamientos simbólicos. Todos, incluso los más locales, tienen una dimensión internacional. Finalmente, sabemos que la comunicación es tan importante como el contenido mismo del debate.

En términos más limitados y concretos: los debates actuales imponen a todos los campos imaginar la combinación de metas diferentes u opuestas. El defensor de intereses sociales tiene que encontrar argumentos propiamente económicos a favor de sus tesis, pero también tal vez argumentos feministas o de defensa de una minoría, y debe saber evitar las palabras y las imágenes que dan miedo o que quitan el coraje de tomar riesgos. El debate se desarrolla en el mismo momento en el parlamento, en mítines organizados por partidos, en programas de televisión que son escuchados en los bares o en los comedores. El papel de los expertos va disminuyendo porque los conocimientos precisos y complejos no se comunican fácilmente. Estos debates son aún más difíciles de entender por un público general que reacciona y toma decisiones no solamente como respuestas a una situación presente, sino también como resultado de su pasado personal y colectivo, de la influencia de algunos *opinion makers* y de la experiencia de otros países.

Los esfuerzos dedicados a defender una estrategia o la importancia de una meta tienen en la gran mayoría de los casos efectos negativos. Finalmente, y eso es lo más importante cuando se trata de temas sociales y políticos, el éxito de una acción colectiva depende de su capacidad de tener de manera simultánea dos significados aparentemente contradictorios: por un lado, convencer de la importancia y de la centralidad de un conflicto; por el otro, mostrar que la defensa de ciertos intereses corresponde también al bien común, al interés de todos.

* Este artículo constituye una de las colaboraciones de Alain Touraine en el marco del Seminario Internacional del Doctorado en Ciencias Sociales de la Universidad de Chile. Ello fue posible gracias a la invitación al profesor Touraine hecha por el Museo de la Memoria y los Derechos Humanos, con el apoyo de la Embajada de Francia, en septiembre de 2013.

** École de Hautes Études en Sciences Sociales.

En un mundo globalizado un proyecto político en Chile debe ser compatible con la lógica industrial y comercial de un mundo fuertemente integrado, pero debe también defender la especificidad de los intereses nacionales, en particular del empleo.

Chile tiene vínculos fuertes con Estados Unidos y Europa, pero igualmente con China. En su historia reciente la imagen de Chile está a la vez dominada por Allende y por su adversario Pinochet y por largos esfuerzos de autolimitación de los cambios. De la misma manera es conocido por medio de imágenes con cargas simbólicas de extrema izquierda, y al mismo tiempo ha mantenido en los problemas de la sexualidad, de la familia, del divorcio o del aborto, valores directamente inspirados por la Iglesia Católica, lo que me convence de que la meta más importante para los políticos chilenos a todos los niveles es la integración de una gran variedad de proyectos y la búsqueda de un eje central en el campo definido de manera amplia.

¿Cuál puede o debe ser la meta central de los debates políticos en Chile? Elaborar y llevar a cabo un concepto de democracia que permita la integración más amplia posible de todos los proyectos específicos que corresponden a los varios sectores de la vida colectiva.

La derecha no puede proponer una solución autoritaria que provocaría un conflicto general en la sociedad. Siguiendo su tradición dominante, la derecha en Chile, como en otros países, recomienda confiar en la racionalidad del mercado y tiene desconfianza en las políticas recargadas de ideología. Pero este principio hace difícil para los dirigentes políticos defender los principios enseñados y defendidos por la Iglesia Católica. La importancia del comercio internacional en la economía chilena contribuye a dar, en las ideas de la derecha chilena actual, prioridad al liberalismo económico sobre el autoritarismo político. La presidencia actual ha manifestado su respeto en general del Estado de derecho.

En cuanto a la política, la respuesta que se me impone es la misma, pero en términos voluntaristas y no de obediencia al mercado. El debate político central es: ¿cuál es el principio más importante de orientación del sistema político? La derecha responde: el sistema de los mercados mundializados. La izquierda responde: el respeto de todos los derechos universales de los seres humanos, es decir, de los derechos que todos y todas poseen y que les dan la capacidad de actuar como sujetos, como actores libres reconocidos como portadores de derechos fundamentales.

No se trata aquí de defender un individualismo directo y completo que otorgue a cada uno o una el derecho de cumplir todos sus deseos, de llevar a cabo todos sus proyectos, de defender todos sus intereses, fórmula en realidad muy peligrosa en contradicción con el universalismo de los derechos.

La democracia no lucha solamente contra la dominación de los mercados; tiene también que rechazar hoy el evolucionismo de las filosofías de la historia y del progreso. No tenemos más la religión del progreso y del porvenir. Al contrario, somos más y más ambivalentes –tema muy bien renovado por las sociólogas italianas Simoneta Tabboni y María Calabró, pero que tiene raíces profundas en Simmel, Merton y Elias, en particular–.

No podemos más identificar una política con el movimiento natural de la historia o con la supuesta racionalidad de los mercados financieros. ¿Por qué esta importancia central reconocida a los derechos humanos fundamentales, comunes a todos los seres humanos? Porque el siglo XX ha entregado un poder predominante a muchos agentes de los procesos de modernización, que tienden a identificar sus intereses de dirigentes con la misma modernidad, que es definida por el universalismo, tanto de la razón como de los derechos humanos fundamentales, lo que fue la utopía desastrosa del occidente hegemónico. El triunfo a partir de mediados de los años 70 del neoliberalismo que quiere dar un poder absoluto a los mercados resultó en gran parte de la incapacidad de las izquierdas, en casi todos los países del mundo, de desvincularse de las filosofías de la historia desarrolladas en el siglo XIX y de reconocer el papel central de los derechos humanos en la vida social y política.

A partir de la crisis de los subprimes en 2007, los gobiernos se preocuparon por evitar una nueva gran crisis semejante a la de 1929. Ayudaron, antes que todo en los Estados Unidos, a grandes empresas, y aún más después de la caída del banco Lehman Brothers el 15 de septiembre del 2008, a los bancos y a las grandes compañías de seguros. Los europeos, incluso los ingleses, hicieron lo mismo, y países como Italia llegaron a un nivel insostenible de endeudamiento público, en un país sin crecimiento durante el último decenio y condenado por los mercados financieros a pagar *spreads* muy elevados, de hasta 6%, para conseguir prestamos indispensables para pagar los intereses de la deuda pública.

Esta política tuvo como consecuencia la incapacidad de algunos países, como Grecia, de pagar su deuda, y la necesidad difícilmente aceptada por los países europeos de una ayuda directa a algunos países. En realidad el sistema europeo llegó muy cerca del *default* y fue salvado solamente por la intervención muy atrevida del presidente del Banco Central Europeo, el italiano Mario Draghi. El año 2012-2013 fue el peor de toda la historia de la construcción europea.

Pero lo que nos preocupa aún más aquí es la incapacidad de todos los países de elaborar una política para superar la crisis. El único país que ha cambiado de perspectiva, buscando un camino diferente, es el Reino Unido, que dando la espalda a la Unión Europea, de la cual fue siempre un miembro lleno de dudas, ha decidido dar la prioridad al sistema financiero mundial, incluso en la protección de los paraísos fiscales, volviendo a crear un nuevo tipo de imperio británico.

El caso alemán es muy diferente. La fuerza de su industria hizo imposible para ella el abandono de su propia industria que decidió Inglaterra y, con los mismos resultados negativos pero un nivel más alto de inconsciencia, Francia, ahora menos industrializada que Italia. Ya conocemos la situación de España. Los países latinoamericanos dentro del efecto poderoso de las compras importantes de *commodities* de parte de China y de otros países, han seguido caminos diferentes: progreso fuerte de México ahora incorporado a América del Norte; lucha eficiente del Brasil de Lula durante su segunda presidencia contra su triste título de país más desigual del mundo; permanencia del espíritu peronista en Argentina, felizmente fortalecido por las compras chinas.

La situación de Chile resumida en pocas palabras puede ser definida como un gran éxito económico gracias a sus exportaciones en gran parte tradicionales y a una política económica inteligente, prudente y competente. La presidencia derechista del presidente Piñera no ha introducido cambios mayores. De tal manera que me parece adecuado decir, sin ningún espíritu polémico, que Chile, en su conjunto, está preparado para entrar en un período de reformas sociales profundas para superar un nivel de desigualdades, y de casi segregación social –incluso étnica–, que puede crear en un futuro más o menos próximo el peligro real de una crisis a la vez social y política. En realidad pocos países tienen la misma capacidad económica y administrativa de Chile para superar sus problemas y para entrar rápidamente en el mundo que llamamos desarrollado, cuando sus recursos económicos, su Estado activo y abierto a las exigencias de la justicia social, y sus actores sociales convencidos de la necesidad de actuar dentro del marco democrático, combinan sus efectos positivos.

Los países de Europa occidental entre 1945 y 1975 (con excepción parcial de España que fue transformada políticamente solo después de la muerte de Franco en 1975 por Suárez y aún más por Felipe González) alcanzaron a transformarse en *welfare states*, o como dicen los alemanes en “economías sociales de mercado” (*sozialmarktwirtschaft*), y resistieron hasta el decenio de los 90 a la desorganización y a la irracionalidad económica de la especulación financiera antes de caer en la crisis.

Estos países encuentran inmensas dificultades para reinventar sus Estados de bienestar. Chile, al contrario, tiene delante de sí un camino casi abierto. Está incorporado en la economía mundial, abierto al Oriente tanto como al Occidente.

Ahora tengo que formular mi hipótesis positiva: Chile ha sufrido tanto en su carne humana y en sus instituciones y ha sido tan prudente, tan autolimitado en su política económica y en su proceso de redemocratización, que debe existir hoy en el espíritu y en el corazón de la gran mayoría de los chilenos la certidumbre de que lo que es justo hoy es a la vez posible y necesario. El pueblo chileno lo dirá muy luego y espero que lo diga con fuerza. Por razones distintas o incluso opuestas la gran mayoría de los chilenos puede darse cuenta de que es ahora que conviene cantar: ya viene la alegría.

Permítanme por un breve momento volver al mundo occidental para que ustedes se den cuenta de que la situación de Chile y de algunos otros países en el mundo es más favorable que la de muchos países occidentales para que se transformen rápidamente en países realmente desarrollados, categoría que me parece mucho más sólida que la de países emergentes, atribuida a los BRIC.

Es cierto que el triunfo del capitalismo financiero sobre el industrial ha producido consecuencias económicas negativas, en particular el aumento de la desocupación, pero no ha provocado crisis políticas insuperables. Con la excepción parcial de Italia, donde ha nacido el movimiento político “Cinque Stelle” dirigido por el cómico Pepe Grillo, que, con un fuerte apoyo electoral que viene tanto de la extrema derecha como de la extrema izquierda, llegó rápidamente a paralizar políticamente Italia, pero sin que el sistema político

sea directamente amenazado. En total, Italia ha mostrado su capacidad de resistir a la crisis. En varios países europeos el “Movimiento de los Indignados” ha tenido efectos sociales y políticos importantes como consecuencia de la crisis económica, pero de la misma manera sin desencadenar una crisis política abierta.

En realidad, esta breve descripción de la situación occidental muestra al contrario la capacidad muy débil de iniciativa política de las izquierdas. Las redes de comunicación de los jóvenes educados, convocados por *Facebook* o *Twitter*, no resultan en movimientos permanentes o en cambios políticos profundos.

Aunque esta interpretación sea muy poco grata para mí, la hipótesis más racional es que la ausencia de crecimiento en Europa inmovilizó lo que muchos llaman el ascensor social. Los jóvenes educados con estudios universitarios o técnicos de nivel alto, simplemente porque son mucho más numerosos que antes, deben aceptar puestos de trabajo y niveles de ingreso inferiores a los que esperaban. En España, más de la mitad de los jóvenes no tienen empleo y la frustración es intensa. Pero este tipo de descontento, muy difícil de soportar para todos los individuos, no se transforma fácilmente en formas de acción colectiva.

De la misma manera nos llamó la atención, durante la reciente campaña presidencial de Obama en los Estados Unidos, que el escenario político de este país fue ocupado casi enteramente por la extrema derecha del *Tea Party* y, de manera más concreta, que el nivel de vida de los *african-american*, de los *black*, a pesar de la presencia de un presidente *black*, haya bajado (lo que se ha observado también en África del Sur a pesar de la eliminación del *apartheid* gracias a Mandela). El mundo occidental, después de la derrota de Hitler y de la desaparición de la Unión Soviética, quedó dominado por las redes financieras y las redes de comunicación que transmiten a la vez *mass culture* y mensajes interindividuales, más que ideas y debates que forman la opinión pública.

Estas primeras observaciones me llevan a formular tres hipótesis que tal vez se transformarán en conclusiones.

La primera es que en el período actual las políticas están dirigidas por intereses o por identidades nacionales, lingüísticas, religiosas, de género (sexuales), mientras los elementos universalistas que definen la modernidad pierden terreno en muchas partes. En los Estados Unidos y en Europa disminuye el número de estudiantes que se dedican a las ciencias fundamentales o al pensamiento social filosófico o artístico.

La segunda es que será más probablemente en los nuevos países modernizadores, en particular en los numerosos países que están dominados por regímenes autoritarios, que la falta de pensamiento y de acción universalistas serán sentidas y combatidas con más fuerza, mientras la experiencia histórica y personal de los viejos países occidentales, incluso del Japón, ha sido poco y mal reinterpretada en términos universalistas.

La tercera hipótesis es que el interés para el pensamiento y la acción universalistas se forma con más dificultades, se encuentra con más obstáculos, en los países en los cuales existen fuertes barreras sociales internas o una fuerte heterogeneidad étnica o religiosa.

Antes de seguir este tipo de análisis, paremos un momento para explicar y justificar mi definición de la modernidad por el universalismo del pensamiento y de la acción. Es suficiente aquí mencionar tres componentes fundamentales de la modernidad:

El primero es el pensamiento racional, científico y técnico, lo que es fácil aceptar en nuestra época que conoce una creatividad científica y tecnológica sin precedentes. Sin dejar de ser breve quiero mencionar aquí la oposición de tan grande trascendencia entre la ecología política que aumenta el control y la protección del medio ambiente para permitir a los seres humanos y a muchos más sobrevivir en un medio altamente técnico y, por otro lado, la ideología de la desmodernización y de la desindustrialización inaugurada por el Club de Roma y que ha ganado terreno en ciertos países, especialmente en los Estados Unidos, en Canadá, en Gran Bretaña y en Alemania.

Sin hacer más comentarios quiero indicar, con toda claridad, que el primer tipo de ecología que defiende un *sustainable growth* es una parte indispensable de la modernidad, mientras el ecologismo antimoderno abre la puerta a crisis más y más profundas y peligrosas en un mundo en el cual sabemos que muchos países, entre ellos los más poderosos, están decididos a seguir creciendo para asegurar más recursos a sus habitantes y a sus dirigentes.

El segundo es la gran creación de la cultura occidental gracias a los pensadores griegos, cristianos, de la Ilustración y de muchas formas del individualismo y de la defensa de los derechos contemporáneos. La Revolución Francesa en 1789 le dio su expresión más famosa: Libertad, Igualdad y Fraternidad, en la Declaración de los Derechos de los Hombres y de los Ciudadanos.

El tercer elemento al cual otorgo una importancia central es el movimiento de simpatía; los antiguos griegos decían *Philia* y nuestros contemporáneos le llaman el corazón, o *care*, basado en el reconocimiento de que todos los seres humanos tienen una dignidad común independiente de cualquier atributo social, cultural o biológico.

A estas alturas creo que puedo hablar de manera directa: después de un siglo XX dominado por todas las formas de lucha y de liberación contra la hegemonía occidental y después contra las más poderosas fuerzas antidemocráticas como todas las dictaduras, la prioridad hoy para el mundo entero, y de manera muy especial para los países emergentes de los cuales Chile es un ejemplo conspicuo, es de volver a dar una prioridad central al universalismo en el pensamiento y la acción mediante el respeto a la razón y a los derechos de todos y todas y a la dignidad de cada ser humano. Es fácil formular estos tres puntos de manera más concreta:

1. El elemento más básico de la democracia, como bien lo dijo Norberto Bobbio, es la igualdad que debe ser a la vez igualdad de las oportunidades e igualdad de los estatutos. Una sociedad dividida en niveles muy desiguales es tan ajena a la democracia como una sociedad sin movilidad, sin posibilidad de cambiar de nivel.
2. El componente más amplio y diversificado de una sociedad que respeta el universalismo es la libertad; prefiero decir aquí el respeto de los derechos políticos, sociales y culturales,

agregando de inmediato que todos los derechos reconocidos deben tener un contenido, un valor universalista.

3. En el siglo XVIII se hablaba mucho del amor de los hombres o de la humanidad. Hoy no se puede hablar más así, pero la idea expresada por medio de esta fórmula sigue teniendo sentido. Es fundamental tomar en serio la igualdad de los seres humanos, la unidad de la especie humana.

Uno de los horrores más espantosos del siglo XX fue el racismo. Hoy en muchas partes del mundo racismo, discriminación, segregación, son fuerzas poderosas, como se ve tanto en Europa como en el Medio Oriente o en la India, lo que el antropólogo Dumont, en un libro famoso, ha llamado el *homo hierarchicus*, pensando en primer lugar en la sociedad de castas de la India, lo opuesto del *homo aequalis*, que es universalista y define la modernidad. No hay programa político positivo que no luche activamente y con pasión contra todas las formas de racismo. No hay programa democrático en Chile que no considere como una meta de mayor importancia eliminar las discriminaciones de las cuales los mapuches son víctimas, tanto al sur del Biobío como en el gran Santiago o en otras ciudades.

No me atrevo a formular un programa económico o jurídico para un Chile que está muy bien encaminado en el respeto de los derechos fundamentales, pero veo, es obvio para mí como para mucha gente, que un proyecto político democrático no tiene sentido, no tiene ni siquiera realidad si no se compromete a disminuir fuertemente las desigualdades y a rechazar cualquier tipo de racismo y de discriminación social, cultural o religiosa.

Quiero poner un énfasis especial en dos temas que me parece ocupan un puesto central en el mundo actual.

En primer lugar frente a las desigualdades que viven las mujeres no me parece suficiente pedir la igualdad o paridad entre hombres y mujeres; definiendo una posición más radical. Pues después de varios siglos dominados por un poder masculino cuya estrategia básica era de polarizar lo máximo posible la sociedad, aumentar las diferencias y desigualdades, estamos entrando en un mundo posclásico, posmasculino, en el cual la meta más importante es combinar igualdad y diversidad. El elemento más importante de la nueva etapa de los movimientos de mujeres tiene como meta central reintegrar, reunificar lo que ha sido separado, jerarquizado, definido en términos de superioridad e inferioridad por las sociedades masculinas. Como las mujeres fueron víctimas de esta visión de los individuos y de la sociedad, son ahora ellas quienes deben tener y tienen el papel central en esta recomposición de la sociedad. Las primeras generaciones feministas, especialmente en Inglaterra, han luchado contra la desigualdad y han conseguido en muchos terrenos una igualdad de derechos real entre hombres y mujeres. Pero esta igualdad general basta. Son las mujeres las más capaces de transformar las sociedades dominadas por los hombres en sociedades que den la prioridad a la reintegración y a la igualdad de todos los componentes de la vida humana, lo que significa que las políticas sociales y educacionales deben ser inspiradas por mujeres. Más ampliamente creo en la necesidad de entrar y vivir en una sociedad de mujeres.

El segundo tema es el más importante de todos, en particular porque después de un siglo de revoluciones y contrarrevoluciones la palabra democracia ha perdido cualquier tipo de sentido. El concepto de soberanía popular es demasiado monárquico y el filósofo político Claude Lefort con mucha razón ha escrito que lo importante no es saber quién se siente en el trono, monárquico o republicano, lo importante es que no haya ni trono ni soberano.

La única respuesta que me parece sólida y clara es que todos los ciudadanos tengan derechos fundamentales, políticos, sociales y culturales, derechos que por su mismo universalismo tienen una autoridad por encima de las leyes y decisiones del poder ejecutivo. Muchos países han decidido grabar estos derechos fundamentales en el preámbulo de su constitución. En el caso francés por supuesto, es la declaración de los Derechos de los Hombres y de los Ciudadanos de 1789; en los Estados Unidos es la Declaración de Independencia que constituye tal preámbulo. Los tribunales o cortes constitucionales son encargados de controlar la compatibilidad de todas las leyes con los principios fundamentales inscritos en la constitución.

En términos aún más claros y breves, la democracia es el reconocimiento por las instituciones y autoridades de un país de la legitimidad superior de los derechos universales, comparados con las mismas leyes y todas las decisiones públicas, legislativas, ejecutivas o del sistema judicial. Los derechos de los ciudadanos tienen un nivel de legitimidad superior a cualquier decisión pública o privada.

Hoy en día escuchamos en todas partes del mundo voces humanas a menudo en los distritos más pobres: somos humillados; respeten por fin nuestra dignidad; trátennos como a cualquier ser humano, con los mismos derechos.

Muchos especialistas han definido la democracia por sus instituciones. La definición más breve y tal vez más conocida es una poliarquía electiva, creada por Robert Dahl en los Estados Unidos. Estos intentos, en realidad, siempre han fracasado. Basta recordar que Hitler fue elegido *Reichskanzler* de manera conforme al proceso constitucional.

El principio básico de la democracia es que cada ser humano tiene los mismos derechos individuales y colectivos que todos los demás sin tomar en cuenta su riqueza, su poder, sus capacidades intelectuales, su origen cultural, su género. Existe un acuerdo para no reconocer como ciudadano a los menores de edad, pero esta ley es cada vez más y más discutida. Existe una tendencia fuerte para reconocer la responsabilidad penal como los derechos de todos tipos a partir de una edad que va bajando constantemente y debe seguir bajando.

Aceptamos en general que las víctimas de enfermedades mentales no tengan los mismos derechos que los demás, pero existen muchos casos conocidos de enfermos mentales capaces de hablar de manera racional, de imaginar y realizar obras culturales y es un deber de cada sociedad el de limitar las consecuencias legales de lo que todavía llamamos de manera vaga enfermedad mental.

Todas estas observaciones, por breves que sean, construyen una imagen clara de lo que debemos reconocer, individual y socialmente, como conductas destructoras de los derechos universales y contradictorias con los principios generales de Igualdad, Libertad y Fraternidad. Las leyes como los programas de educación o la política fiscal deben ser conformes a la inspiración general de los derechos universales de todos los seres humanos.

He dedicado una conferencia a la construcción estable y sólida de la relación de los chilenos con su pasado reciente y otra conferencia a la relación de los chilenos con su futuro próximo. Tal definición de las relaciones de un grupo humano con su pasado y su futuro, con su ayer y con su mañana, es una manera sólida de integrar un gran número de proyectos pasados –obviamente no todos– dentro de los proyectos de construcción de un porvenir que sea más justo, más libre y más solidario de lo que fue cualquier período de la historia nacional.

Recibido: 10-12-2013

Aceptado: 19-12-2013

SECCIÓN IV * TEMA CENTRAL
Reseñas Bibliográficas



Alfredo Joignant y Patricio Navia (compiladores), *Ecos mundiales del golpe de Estado. Escritos sobre el 11 de septiembre de 1973*, Ediciones Universidad Diego Portales, Santiago de Chile, 2013, 379 pp.

Mauro Basaure*

La lectura de *Ecos mundiales del golpe de Estado. Escritos sobre el 11 de septiembre de 1973* nos vuelve a aguijonear el intelecto con cuestiones claves que destacados intelectuales extranjeros se plantearon a propósito de los antecedentes y del destino del proyecto socialista de la Unidad Popular (UP). La agudeza de los compiladores, Alfredo Joignant y Patricio Navia, se pone en juego no solo en la propia selección de los textos, sino que también en el modo de agruparlos. Hay ahí una trama temática que produce por sí misma un efecto de conocimiento. El libro se estructura en cuatro partes: “Chilenos contra chilenos” (pp. 57-181), “La élite polarizada” (pp. 191-272), “El golpe vino de afuera” (pp. 275-322) y “La izquierda haciendo Historia” (pp. 325-379).

El artículo inicial, “El golpe a la cátedra. Los intelectuales del primer mundo y la vía chilena al socialismo” (pp. 11-52), es de los propios compiladores. Ellos proporcionan un contexto muy enriquecido –por análisis, referencias y reflexiones– que permite abordar de manera informada cada una de las partes del libro. Para la primera parte seleccionaron cuatro textos. El primero de ellos es del sociólogo Alejandro Portes –“Radicalismo de izquierda en Chile. Examen de tres hipótesis” (pp. 57-80)–. Publicado incluso antes del inicio de la UP, en enero de 1970, este texto es un estudio del radicalismo en un lugar único: a diferencia de cualquier otro país, en Chile un radicalismo de izquierda –muy organizado y masivo– había logrado desarrollarse en el interior mismo de la institucionalidad democrática. Si esta es la precondition histórica de la vía chilena al socialismo, el estudio de Portes –basado en la relación causal entre estructura social y posición política– es, aun cuando de manera indirecta, un estudio sociológico importante de dicha precondition.

El segundo artículo es de Richard Ratcliff y se titula “Capitalistas en crisis: la clase alta chilena y el golpe de Estado del 11 de septiembre” (pp. 81-99). Escrito en 1974, este artículo se sustenta sobre la mecánica de la acción y la reacción: es porque la UP logró actuar efectivamente contra el interés capitalista que tuvo lugar una reacción de contraataque por parte de quienes defendían dichos interés. Esta simple lógica argumental permite decir, de una parte, que la UP sí actuó, es decir, no fue inmovilizada por una supuesta incapacidad de resolver la contradicción entre democracia y revolución socialista; de otra parte, dice que el origen motivacional del golpe no fue el malestar de la clase media (por mucho que esta lo haya apoyado) expresado en un movimiento de militares (también de clase media) en

* Universidad Andrés Bello, Santiago de Chile. *Groupe de Sociologie Politique et Morale*, EHESS, París, Francia. Correo electrónico: mauro.basaure@gmail.com. Reseña realizada dentro del marco de los proyectos Fondecyt Regular N° 1140344 y Núcleo Acciones Colectivas en Chile (1990-2015), DI-446-13/N.

defensa de dicha clase. Se trató de un movimiento encabezado por militares pertenecientes mayoritariamente a la clase alta, pues el golpe fue la reacción de esta clase y su modo de restaurar el dominio del capital. No se trató de un golpe orientado al mero recambio de líderes. Su tarea fue mayor: asegurar el dominio del capital, para lo cual era necesario extirpar el radicalismo de izquierda y toda posibilidad de que resurgiese, de ahí no solo la crueldad y el carácter criminal del golpe, sino que también la exclusión de la Democracia Cristiana del proceso posgolpe. Por último, el golpe se explica más por el carácter que adquirió el propio conflicto de clases en un juego de acción socialista y reacción capitalista, que por la intervención de Estados Unidos en el marco de la guerra fría.

Los dos artículos que siguen van de la mano: el segundo revisita las tesis del primero. En cierta medida, el artículo de Guillermo O'Donnell –publicado en 1978 y titulado “Reflexiones sobre los patrones de cambio en el Estado burocrático-autoritario” (pp. 101-144)– viene a reafirmar lo dicho por Ratcliff. Para O'Donnell la dinámica posterior del golpe y las diferencias entre –y especificidades de– los Estado-Burocráticos-Autoritarios (EBA) en América Latina pueden descifrarse en función de los grados de amenaza subversiva al orden socioeconómico previo a los golpes de Estado. La lógica causal de acción y reacción está aquí también presente: el grado de amenaza sentido por las clases dominantes influye en el grado de cohesión de ellas, en el grado de alineamiento e involucramiento de las fuerzas armadas y, con ello, en el cómo se responde a la subversión, tanto a nivel del grado de represión contra los sectores populares como del grado de ortodoxia de la afirmación de un proyecto socioeconómico capitalista. Según esto, la sensación de amenaza sentida por las clases dominantes chilenas tiene que haber sido extremadamente alta para explicar la criminalidad y atrocidad de la represión militar.

Karen Remmer y Gilbert Merckx, en su artículo de 1982 titulado “El autoritarismo burocrático revisitado” (pp. 145-188), revisan críticamente la tesis de O'Donnell. Ellos ponen una cortapisa al punto en que Ratcliff y O'Donnell tendían a coincidir. Basándose en la comparación de datos, Remmer y Merckx dudan de que la diferencia entre las expresiones nacionales del EBA –tanto en el grado de represión como en la ortodoxia del proyecto económico– pueda derivarse del nivel percibido de amenaza subversiva al orden socioeconómico en la situación pregolpe. En un gesto pragmático, para explicar dichas diferencias, dicen ellos, es necesario relevar variables o factores posgolpe, propiamente políticos y no prepolíticos. Dichos factores tendrían mayor peso explicativo: es lo que ocurre en las propias luchas políticas y los resultados de estas lo que influye mayormente en los diferentes patrones de represión y política económica, alineamientos políticos, etc., que se dieron en América Latina.

En la segunda parte del libro Joignant y Navia reúnen dos artículos. El primero de ellos es de Henry Landsberger y Tim McDaniel y se llama “Hipermovilización en Chile, 1970-1973” (pp. 191-232). Publicado en 1976, este estudio trata ya no sobre los enemigos externos de la UP, sino que sobre sus “enemigos internos”, los propios trabajadores. La tesis de Landsberger y McDaniel es que la UP, el “gobierno de los trabajadores”, en realidad no contó ni con la unidad de los trabajadores ni tampoco con la movilización ordenada y funcional de ellos. Por el contrario, no estaban unidos bajo ninguna posición ideológica, y en el marco de esta

división muchos trabajadores se movilaron más hacia la izquierda o hacia la derecha de la UP; en todo caso hacia posiciones que se alejaban del marco institucional democrático defendido por el gobierno. En particular, el sector ultraizquierdista de la clase trabajadora habría complicado a Allende no solo por las acciones ilegales acometidas, sino que además porque, con ello, le entregó a la oposición la justificación para decir que el gobierno había perdido el control y que el caos y la guerra civil se hacían cada vez más inevitables. Los procesos revolucionarios que han sobrevivido, dicen Landsberger y McDaniel, han tendido a apoyarse inicialmente en las masas para después desmovilizarlas y ponerlas bajo control. Pero Allende no solo no restringió las libertades políticas de sus enemigos externos; tampoco restringió las de sus enemigos internos.

“La opinión pública y el desplazamiento del gobierno chileno hacia la izquierda, 1952-1972” (pp. 233-272) se llama el artículo escrito por James Prothro y Patricio Chaparro. Fue publicado en 1974, pero escrito justo en el momento del golpe. Por razones teóricas y también empíricas, ellos ponen un matiz muy relevante en la tesis de la creciente izquierdización de la sociedad chilena desde mediados del siglo XX (Portes). Tal izquierdización tuvo lugar básicamente en las élites políticas, pero hubo un hiato entre ellas y la cultura política de los ciudadanos de a pie. Con esta refinación o diferenciación de la descripción de la izquierdización, Prothro y Chaparro hacen aparecer con claridad científica un nuevo flanco de debilidad de la UP, a saber, su falta de base popular. Con ello, los procesos históricos aparecían ahora menos profundos y más reversibles que lo que Allende los hacía aparecer en sus discursos.

Nuevamente son dos los artículos que Joignant y Navia seleccionaron para la tercera parte del libro. El primero es de Paul Sigmund, “El ‘bloqueo invisible’ y el derrocamiento de Allende” (pp. 275-293). La celebridad de este artículo reside paradójicamente en que sus tesis fueron desmentidas por el propio Congreso de los Estados Unidos muy poco después de ser publicadas. Sigmund defiende al país del norte: el boicot económico no fue un factor decisivo en el derrocamiento de Allende, entre otras cosas porque algo así no habría tenido lugar en realidad. La ayuda económica del bloque europeo y norteamericano habría disminuido muy poco y su disminución se explicaría más por la simple y pura racionalidad del sistema económico –esto es, en función del simple hecho de que Chile se había convertido en un “cliente riesgoso”– que por la sucia racionalidad política de la guerra fría. La fórmula del desastre de septiembre de 1973 habría sido una enorme inflación y una aún más grande polarización de clases y no el bloqueo económico comandado desde el norte.

El propio Sigmund se vio forzado a revisar sus tesis, cuestión que hizo en un artículo de 1976, “U.S. policy toward Chile” (*Latin American Research Review*, 11, pp. 121-127), el cual resulta ser uno de los grandes ausentes de esta compilación. En vez de incluirlo, Joignant y Navia optaron por contraponer a Sigmund un artículo de otro autor. Se trata del trabajo de Kyle Steenland, “El golpe de Estado en Chile” (pp. 295-322), publicado en 1974. Aquí se afirma ampliamente la tesis de la intervención de Estados Unidos hasta el punto de señalar que, además del bloqueo, la CIA participó incluso en los últimos detalles del golpe. Como su título lo indica, este artículo es una suerte de crónica detallada del golpe de Estado; está

dividido en una trama de antes, durante y después del golpe, y va detalle por detalle haciendo una anatomía de lo sucedido. El relato de Steenland muestra cómo el golpe se fue gestando desde mucho antes de que ocurriera. Los propios allanamientos a fábricas y poblaciones habrían sido formas de preparación del golpe, pues permitieron recabar información clave sobre lugares y personas potencialmente involucradas en una resistencia. Defendiendo la tesis del asesinato de Allende, Steenland se hace parte de una discusión que recién este año, 2014, viene a cerrarse jurídicamente. Todo lo anterior lo señala Steenland poniendo como marco lo que considera fueron los grandes errores político-estratégicos del gobierno de la UP. Este habría sido incapaz de mantener la disciplina en su coalición, habría subestimado el poder de la burguesía y del imperialismo de los Estados Unidos y, lo más importante, no habría desarrollado un plan de contingencia sistemático para enfrentar al golpismo; ello pese a que la información sobre la inminencia del golpe estaba a la mano. Allende habría querido evitar la guerra civil; la masacre que tuvo lugar, sin embargo, fue la peor de las dictaduras conocidas en América Latina. La figura trágica es conocida, aunque aquí aparece invertida: queriendo lograr un bien se logra el peor de los males. Ese artículo prepara bien el acceso a la última parte del libro.

En la cuarta se agrupan tres artículos y una discusión. Conviene comenzar por esta última, protagonizada por Paul Sweezy y Andrew Zimbalist. Ella reúne tres artículos breves y un comentario: “Sweezy sobre Chile” (pp. 335-339) escrito por Zimbalist en marzo de 1972; “Una réplica” (pp. 341-343) a Zimbalist escrita por Sweezy también en marzo de 1972; y una “Réplica a Sweezy” (pp. 345-347) hecha por Zimbalist en mayo del mismo año que se acompaña de un “Comentario de Paul Sweezy” (p. 347). Este intercambio tiene lugar antes del golpe de Estado y se centra, de una parte, en la pregunta por el carácter reformista o revolucionario del proceso de la UP y, de la otra, en el tipo de críticas que los intelectuales de izquierda podían legítimamente hacerle a un gobierno socialista en plena lucha. Zimbalist acusa a Sweezy de inventar argumentos que condenan falsamente a Allende como reformista y, con ello, de equivocar su rol como intelectual de izquierda: con la introducción de falsas dicotomías habría ayudado a la desunión de la izquierda chilena y a la pérdida de apoyo a la UP.

Sweezy, por su parte, responde señalando que, en estos procesos, lo único verdaderamente relevante es la cuestión de quién tiene poder; cuestión que –a diferencia de otras experiencias revolucionarias– no había sido resuelta por el gobierno de Allende. Para Sweezy el poder es el único ingrediente que logra solidificar los procesos históricos hacia el socialismo. En algún momento tiene que plantearse la pregunta por el poder, pues existe o revolución o contrarrevolución, pero no caminos intermedios. Un intelectual, agrega finalmente, debe poder plantear sus críticas y análisis con independencia de los resultados y del posible conflicto con los poderes existentes. En su réplica, Zimbalist reconoce que el problema del poder es central para la revolución, pero agrega que ese problema no se resuelve de una vez para siempre, sino que se hace más bien en el marco de un proceso. Según esto, el gobierno de Allende se habría encontrado en un proceso lento de transformación de las bases del poder. No habría resuelto el problema, pero sí dado pasos en esa dirección. Con un breve comentario, Sweezy responde finalmente que Zimbalist se niega a asumir la cruda

verdad de que la UP no tiene una vía de solución, ni siquiera provisional, para enfrentar el problema del poder.

Esta discusión tuvo lugar antes del golpe. El artículo de Sweezy fue escrito después de él, por eso escribe como quien sabe que la historia le ha dado la razón y se la ha negado a Zimbalist. Para Sweezy, el golpe solo vino a confirmar lo que para él era obvio, a saber, “que no existe una vía pacífica al socialismo”. Así inicia Sweezy su artículo “Chile: la cuestión del poder” (pp. 325-333), publicado en diciembre de 1973. Con ello no quiere decir que la violencia sea el único camino, sino solo que en algún minuto la confrontación violenta con quienes defienden el dominio del capital resulta inevitable. La UP fue gobierno, pero nunca tuvo el poder y tampoco se planteó el tomárselo para sí. Estos errores, dice Sweezy, sirven como lección negativa para el socialismo mundial: todo proyecto socialista debe prepararse para triunfar en el irrevocable minuto de la confrontación violenta.

El texto que sigue fue publicado directamente después del golpe, en el mismo septiembre de 1973 y es del conocido historiador británico Eric Hobsbawm. Tiene por título “El asesinato de Chile” (pp. 349-352). Hobsbawm también señala que el golpe era un hecho esperado ya por largo tiempo; que se había predicho. Lo afirma, sin embargo, en un sentido muy distinto al de Sweezy. Tanto la derecha como la ultraizquierda, dice Hobsbawm, coincidían en ocuparse de probar que un socialismo democrático –que la vía chilena al socialismo– no podía funcionar; por necesidad cuasilógica debía fracasar. Coinciden además en culpar a Allende del propio golpe. Sin nombrarlo, Hobsbawm responde a Sweezy. Frente a esta perspectiva de la necesidad, Hobsbawm antepone una perspectiva de la práctica y del carácter abierto de los hechos históricos. Por eso puede responsabilizar a los sujetos: Los “asesinos de Chile”, como les llama, pudieron decidir no hacer el golpe. Ninguna fuerza histórica necesaria se les impuso. El verdadero experimento, dice Hobsbawm, se orientó a probar si la burguesía era capaz de atenerse a la legalidad y a la Constitución ahí donde ya no podían usarla para la defensa de sus intereses. No pasaron la prueba. La UP, agrega, no tenía ninguna oportunidad, ni militar ni política, de optar por la vía revolucionaria ilegal. Allende sabía que hubiesen perdido. También lo sabían sus adversarios, los poderosos; por eso instigaron a que se diese la confrontación violenta. Allende en cambio solo contó con la “amenaza de una resistencia” del pueblo, cuestión que finalmente solo consiguió animar más “el gusto por la sangre” de los golpistas. El golpe no sorprendió; no porque se impuso la tesis autoevidente de la imposibilidad del socialismo sin violencia, sino porque el espacio histórico para una salida institucional fue conscientemente imposibilitado, bombardeado, por el golpismo.

El texto que cierra el libro es del historiador y sociólogo británico Ralph Miliband. Publicado en octubre de 1973, tiene el mismo título que el trabajo de Steenland: “El golpe de Estado en Chile” (pp. 353-379). En coincidencia con Ratcliff, Miliband señala que, en la misma medida que la UP se constituyó como una amenaza seria para los poderosos, en esa misma medida ella debió contar con que estos abandonarían la tradicional “lucha de clases” –es decir, una lucha normal en el marco de las democracias capitalistas– y abrazarían la lógica de una “guerra de clases”, esto es, una forma de lucha más allá de la constitucionalidad. Una vez

configuradas las fuerzas conservadoras como decididas a la guerra de clases desde arriba, dice Miliband, la respuesta de Allende, sin embargo, siguió siendo la misma: mantenerse apegado a la Constitución, y desarrollar una política de conciliación para evitar una guerra civil. Frente a escenarios históricos cambiantes Allende debería haber dejado dicha política, pues mientras más insistió en ella, más creció la seguridad y audacia de sus enemigos. Lo que Allende, por inflexibilidad, no hizo, es lo que Miliband obtiene como lección negativa de la experiencia chilena: un gobierno revolucionario debe construir órganos de poder, paralelos y complementarios al Estado, en todo caso listos para actuar de manera coordinada cuando sea necesario. Con tal estructura, el gobierno de Allende tal vez habría sobrevivido.

Joignant y Navia no consideraron el importante artículo “Lecciones sobre el caso de Chile” de Enrico Berlinguer, secretario general del Partido Comunista Italiano, escrito en 1973 a pocos meses del golpe. Para Berlinguer el golpe pudo evitarse de haberse logrado un acuerdo entre la UP y el Partido Demócrata Cristiano; acuerdo que la primera buscó y el segundo negó, optando más bien por el golpe. La lección del caso chileno, al menos para el caso italiano, sería la de la necesidad de un “compromiso histórico” entre el Partido Comunista y la Democracia Cristiana, cuestión que el mismo Berlinguer intentó propulsar. En otros tiempos, con otros actores, ese acuerdo sigue siendo un tema central y controversial en la política chilena. El intento de Allende de encontrar un acuerdo con la Democracia Cristiana es, tal vez, el ejemplo más claro de lo que Miliband le critica como una política inflexible de conciliación. Berlinguer marca un punto distinto al que prevalece en el libro *Ecos mundiales del golpe de Estado*. No conciliación, sino que defensa frente a la violencia fue lo necesario, según la mayoría de los escritos ahí compilados. Según ellos la gran lección histórica de la tragedia de la UP es que un proyecto socialista debe prepararse –aun cuando sea de modo puramente preventivo, anticipador (en todo caso no puramente retórico, como fue el caso de Allende)– para el momento de la confrontación violenta, pues muy probablemente será obligado a tener que vivirlo. Allende no lo hizo. Tal vez sea precisamente por ello que Allende tenga un eco mundial inagotable. Como un héroe trágico, su grandeza es inseparable de lo que muchos consideran su gran error.

Recibida: 09-01-2014

Aceptada: 04-03-2014

Clara Han, *Life in debt. Times of care and violence in neoliberal Chile*, University of California Press, Berkeley, 2012, 283 pp.

Javiera Araya Moreno*

Que el endeudamiento se ha convertido en una forma predominante de consumo en Chile, o que la calidad de la salud mental de los chilenos se correlaciona en alguna medida con su nivel socioeconómico, parecen ser dos afirmaciones banales en el contexto de la lectura de este libro. En él, la autora da cuenta de las complejidades, sutilezas y sofisticaciones de la articulación entre la deuda –una deuda que es tanto económica como moral y social– y el cuidado (*care*), entendido al mismo tiempo como afecto, preocupación y responsabilidad. El vaivén entre lo que se podría artificialmente considerar como un nivel macro y un nivel micro, se despliega de tal manera en el relato etnográfico que la articulación entre deuda y *care* es concebida al mismo tiempo como un fenómeno de la vida cotidiana de las personas, de las políticas públicas instauradas por el Estado chileno, y de las biografías de los habitantes de La Pincoya, que Clara Han siguió a lo largo de alrededor de tres años. Por un lado, se trata de la deuda que el Estado chileno adquirió con sus ciudadanos a través de las torturas, los asesinatos y la violencia de Estado durante la dictadura. La justicia transicional fue entonces comprendida como el reconocimiento de parte del Estado chileno de esta deuda social y moral, y por la implementación, en consecuencia, de una serie de programas sociales destinados al *take care* de la población marcada por estas experiencias: terapias grupales, antidepresivos, transferencias de dinero. Por otro lado, se trata de las deudas materiales contraídas por las personas, mediante tarjetas de crédito, de compras a letras y otras modalidades. La deuda permea tanto las relaciones en el vecindario como las relaciones afectivas y familiares; ella deviene una forma hegemónica de las relaciones sociales en el Chile neoliberal, mucho más allá de consideraciones estrictamente monetarias. La propuesta de la autora es fascinante, tanto por la fineza con que da cuenta de los lazos que se tejen en la vida cotidiana entre lo infligido por la dictadura del pasado y el sistema del presente, y las responsabilidades que se asumen al respecto, como por lo que devela en cuanto a los efectos perversos del neoliberalismo, esos efectos que no son menos reales porque sean de orden simbólico.

El libro está compuesto por seis capítulos más una introducción y las conclusiones. Cada uno de los capítulos se inserta coherentemente en la apuesta metodológica y epistemológica de la autora: descripción etnográfica y análisis se entrelazan en un relato en primera persona donde las referencias a las biografías de las personas que Han cruzó en sus diversas estadías en La Pincoya se intercalan con referencias teóricas –principalmente a lo que se podría llamar una antropología del *care* y del sufrimiento social– y textos oficiales producidos en Chile. En el primer capítulo, la autora introduce el vínculo entre la deuda monetaria y la vida cotidiana, documentando la manera en que las relaciones familiares se imbrican con las lógicas de endeudamiento. Las ampliaciones de las viviendas y la adquisición de ciertos

* Universidad de Montréal.

bienes aparecen como prolongaciones materiales de las relaciones afectivas y de la manera en que uno cuida de sí mismo y de los demás. El segundo capítulo explora particularmente el rol del Estado chileno que, habiendo adquirido una deuda social con los pobres, intenta retribuirla por medio de programas focalizados cargados de nociones morales: “vivir con dignidad”, la bondad, la amabilidad o la solidaridad son erigidas por el Estado como ideales normativos hacia los que, sin embargo, solo es posible propender mediante la organización local (pollas, fiado, grupos de ahorro). El vínculo entre la deuda del Estado (reflejada por ejemplo en las reparaciones instauradas luego de la Comisión Rettig) y la deuda de las personas es analizado en el capítulo tres, donde Han propone que la precariedad económica en la que viven los habitantes de La Pincoya tiene que ser comprendida de manera conjunta con la violencia de Estado durante la dictadura. La tortura adquiere entonces un significado que va más allá del sufrimiento corporal: la tortura del pasado tiene continuidad en el presente. Las personas se refieren a la tortura para hacer sentido de su vida en la pobreza –“el hecho de no encontrar trabajo me está *torturando*”, “el sistema es una *tortura*”, “levantarme es una *tortura*”– y deuda, pobreza y desempleo constituyen entonces la violencia actual de un Estado que aspira, sin éxito, a pagar su deuda. El capítulo cuatro, intitulado “Depresión neoliberal”, se estructura en torno a la trayectoria de vida de una mujer, militante comunista en los setentas, actualmente diagnosticada con depresión. Su caso permite comprender la manera en que la continuidad de la violencia de Estado desde la dictadura afecta las relaciones familiares y afectivas más íntimas, cómo las deudas contraídas con los parientes y amigos pueden ser al mismo tiempo fuente de vergüenza y de lealtad, cómo las subvenciones dadas por el Estado para desarrollar pequeñas empresas no prosperan y solo reafirman el carácter moral y simbólico de la deuda. El quinto capítulo está dedicado a los programas de atención mental en la población, cuyo funcionamiento y desarrollo es descrito por la autora a partir de experiencias de observación *in situ* de sesiones de terapia grupal a las que asisten solo mujeres, que son completadas por entrevistas con responsables de estos programas. La propuesta de Han al respecto introduce la idea del “perdón” como una dimensión de la deuda, de manera que la omnipresencia de la necesidad del “perdón” –perdonarse a sí mismas, a los otros, a las circunstancias de la vida– circula desde un registro terapéutico a un registro político, y al revés. En el capítulo seis, la autora describe la distribución del “ánimo” en la población, administrado por medio de píldoras –principalmente antidepresivos– recetadas por centros hospitalarios pero circulando en la población según criterios que son sociales. Así, los antidepresivos son tomados para tener la energía suficiente para trabajar y los vecinos guardan las píldoras compradas con receta para poder redistribuirlas luego, contrariamente a las instrucciones médicas. La salud, física y mental, es así comprendida en vínculo con las relaciones sociales y, finalmente, con la historia: los males se transmiten de generación en generación, el dolor infligido por la dictadura se expresa en el dolor de la precariedad económica actual. La distribución de los capítulos no pretende, en ninguna medida, segmentar el fenómeno; se trata más bien de entradas temáticas ligadas a eventos en la relación de la investigadora con la comunidad.

Aunque los aportes de esta investigación son numerosos, tanto en términos de los hallazgos empíricos como de la metodología empleada, destacaremos tres características que nos parecen significativas en el contexto actual de la investigación sobre la pobreza en Chile

y de la utilización de enfoques etnográficos en sociología. La primera hace precisamente referencia a la perspectiva epistemológica y metodológica adoptada; la segunda, a la posibilidad de volver sociológicamente inteligibles ciertas prácticas de la vida cotidiana en barrios pobres urbanos de Chile; la tercera, al carácter políticamente significativo de una investigación que documenta la continuidad entre la violencia ejercida por el Estado durante la dictadura y aquella ejercida por el neoliberalismo en democracia. La adopción de un enfoque etnográfico, que no es solo concebido como observación de la realidad social estudiada, sino que como una apuesta epistemológica respecto de la complejidad de la realidad social que estudia, nos parece excepcionalmente fructífera. La pobreza, el trabajo, el endeudamiento, la organización comunitaria, la depresión, la violencia, el consumo, las estrategias de solidaridad entre los vecinos, están efectivamente presentes en la realidad de la vida cotidiana de los habitantes de La Pincoya, pero son mucho más que “variables” a correlacionar. Según Han, más que de aprehender una realidad, se trata de ser receptiva a ella. Sí, existe una relación entre precariedad económica y enfermedades mentales; sí, existe también una relación entre la tortura y el consumo de antidepresivos; sí, existen estrategias para soportar la pobreza que se basan (o no) en lógicas neoliberales; sí, la economía se vive en un registro moral y no estrictamente económico; sí, las relaciones familiares están impregnadas de este registro moral. Sin embargo, este libro no trata de nada de eso en particular, sino que más bien de todo eso al mismo tiempo: se trata de dar cuenta de una configuración social en la que la deuda articula las relaciones sociales –y no las relaciones entre variables–. Desde esta perspectiva, las ampliaciones a las viviendas, el hecho de vivir allegado, el pago de letras por la compra de bienes, los préstamos que se piden a las patronas, los créditos suscritos con casas comerciales, el hecho de compartir los antidepresivos, las sesiones de terapias grupales, así como otras prácticas, adquieren pertinencia a la hora de entenderlas no como un resultado, sino que como encarnando en sí articulaciones más complejas entre violencia de Estado y neoliberalismo. De este modo, si el crédito se ha convertido en la forma predominante de consumo en Chile, esta investigación nos muestra que las formas sociales en que este se basa están intrínsecamente cargadas de sufrimiento y dolor –sembrados en dictadura–, ahí muy lejos de una perspectiva economicista del endeudamiento que lo destaca como salida racional de la pobreza. Una crítica a la obra nos parece pertinente: si el relato etnográfico reconoce de manera justa el rol de la investigadora en terreno, extrañamos una reflexión más profunda respecto de las implicancias de la posición de la antropóloga en las relaciones establecidas con las personas cuyas trayectorias de vida son descritas en el libro. Así, si ella reconoce que las entrevistas con algunos médicos y psicólogos fueron facilitadas por su condición de estadounidense estudiante de Harvard, la pregunta se impone también respecto de la manera en que su propia posición social fue negociada en el marco de su vida cotidiana en La Pincoya. Asimismo, esta reflexividad podría extenderse a cuestiones de género en el marco de una investigación de terreno, realizada por una mujer, donde la forma de entrar en la intimidad de los hogares fue precisamente mediante quienes jugaban el rol de mujeres madres de familia.

Finalmente, si Clara Han se pregunta “cómo” las personas viven en La Pincoya –en vez de “por qué” lo hacen de la manera en que lo hacen–, esta apuesta investigativa se revela extremadamente fértil para entender las relaciones entre el neoliberalismo como

sistema económico impuesto con violencia en Chile, y la manera en que en este sistema se desenvuelven actualmente lógicas que renuevan, reafirmando, un mismo pacto de dolor y de deuda moral y simbólica –además de económica– establecida entre todos los actores, al interior de las familias y respecto del Estado. Aunque la autora indica que su “escritura no ofrece un gran diagnóstico, sino que más bien la esperanza de que podemos estar atentos a las dificultades y los logros de estar en el presente de otro” (p. 28, nuestra traducción), el gran diagnóstico que ofrece esta obra consiste precisamente en dar a los procesos de precarización laboral y de deterioro de la calidad de vida de los habitantes de un barrio empobrecido de Santiago una inteligibilidad histórica, una densidad empírica y una realidad cotidiana que estremecen al lector.

Recibida: 20-06-2014

Aceptada: 30-06-2014

Normas editoriales

Para enviar artículos a la Revista de Sociología, los interesados deben cautelar los siguientes procedimientos y normas editoriales:

1. Enviar tres copias impresas, una de las cuales debe contener la identificación del autor con la indicación de un breve currículum: grado académico y ocupación. Además de las copias impresas, se debe incluir un respaldo electrónico del artículo en un CD.

2. La primera hoja de cada artículo debe contener: título, un resumen escrito en inglés y otro en español, que no supere las ciento veinte (120) palabras cada uno, e indicación de tres palabras clave.

3. La extensión de cada artículo no debe superar las diez mil (10.000) palabras. Estos deben ser presentados en formato Word, interlineado doble y letra Times New Roman tamaño 12.

4. Los cuadros y gráficos deben ser presentados en un anexo o apartado final, indicando al interior del texto el lugar de su inserción.

5. Las citas deben ser presentadas entre paréntesis, indicando el apellido del autor y el año de edición del libro o artículo (Offe, 1990; Habermas, 1997). Se debe indicar la página en el caso de referencias y citas textuales (Rosanvallon, 2007: 45).

6. Especificar y numerar los títulos principales al interior del texto, estableciendo un sistema de distinción respecto de los subtítulos y otros apartados.

7. Al final del texto se debe incorporar el listado de la bibliografía citada, indicando el apellido y el nombre del autor, el título del libro o artículo (en cursivas para el caso de libros y entre comillas para el caso de artículos y capítulos), editorial, lugar y año de edición.

Los artículos deben ser enviados a nombre de Comité Editorial de la Revista de Sociología, Departamento de Sociología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile. Ignacio Carrera Pinto 1045, tercer piso, Ñuñoa, Santiago de Chile. Fono: (0056) 22 978 7781 - 22 978 7782. Fax: (0056) 22 978 77 77.

Contacto: revsoc@uchile.cl



DEPARTAMENTO DE SOCIOLOGÍA
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
UNIVERSIDAD DE CHILE

Revista de Sociología

N° 29, 2014

ISSN-0716-632X



Decano de la Facultad de Ciencias Sociales

Marcelo Arnold

Director del Departamento de Sociología

Raúl Atria

Director de la Revista

Octavio Avendaño

Asistente Editorial

Javier Loyola

Comité Local

Raúl Atria. Universidad de Chile
Emmanuelle Barozet. Universidad de Chile
Manuel Antonio Garretón. Universidad de Chile
Aldo Mascareño. Universidad Adolfo Ibáñez
Leonardo Mazzei. Universidad Andrés Bello
Carlos Ossandón. Universidad de Chile
José Ossandón. Universidad Diego Portales
Carlos Ruiz Sch. Universidad de Chile
María Emilia Tijoux. Universidad de Chile
Manuel Tironi. Pontificia Universidad Católica

Comité Internacional

Guy Bajoit. Université Catholique de Louvain. Bélgica
Fernando Calderón. Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD). Argentina
Daniel Chernilo. Loughborough University. Inglaterra
Julio Cotler. Instituto de Estudios Peruanos. Perú
Mario Diani. Universidad Pompeu Fabra. España.
José Mauricio Domingues. Universidade Federal do Rio de Janeiro. Brasil
François Dubet. Université Victor Segalen Bordeaux 2. Francia
David Lehmann. University of Cambridge. Inglaterra
Danilo Martuccelli. Université Lille 3. Francia
Fernando Mires. Universität Oldenburg. Alemania
Leigh Payne. University of Oxford. Inglaterra
Alejandro Portes. Princeton University. Estados Unidos
Bryan Roberts. University of Texas-Austin. Estados Unidos
María Luisa Tarré. Colegio de México. México
Carlo Trigilia. Università degli studi di Firenze. Italia
Maurice Zeitlin. University of California. Estados Unidos

La Revista de Sociología es publicada por el Departamento de Sociología perteneciente a la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Chile. Las opiniones vertidas en los artículos publicados son de exclusiva responsabilidad de sus autores.

Av. Capitán Ignacio Carrera Pinto 1045, Ñuñoa, Santiago de Chile

Teléfono: (0056 2) 22978 77 82

Fax: (0056) 22978 77 77

Correo electrónico: revsoc@uchile.cl

Índice

	SECCIÓN I * TEMA CENTRAL
	Fracturas y Representación Política
9	Cuarenta años no son nada: ¿la reposición del clivaje autoritarismo-democracia en el sistema de partidos chileno? <i>Marcel Aubry y Andrés Dockendorff</i>
37	Los <i>think tanks</i> en el gabinete: una exploración del caso chileno (2006-2014) <i>Alejandro Olivares L., Bastián González-Bustamante, Javiera Meneses y Matías Rodríguez</i>
	SECCIÓN II * TEMA CENTRAL
	Capital, <i>Habitus</i> y Formas de Socialización
57	El <i>habitus</i> y la movilidad social: de la modificación del sistema de disposiciones a la transformación de la estructura de clases <i>Andrés Aedo Henríquez</i>
77	El liberalismo a la conquista del amor. Algunas constataciones y reflexiones sobre el consumo sentimental y sexual de masa en la era de Internet <i>Pascal Lardellier</i>
	SECCIÓN III * TEMA CENTRAL
	Conferencia
91	Entrando en la segunda etapa de la democratización <i>Alain Touraine</i>
	SECCIÓN IV * TEMA CENTRAL
	Reseñas Bibliográficas
103	Alfredo Joignant y Patricio Navia (compiladores), <i>Ecos mundiales del golpe de Estado. Escritos sobre el 11 de septiembre de 1973</i> <i>Mauro Basaure</i>
109	Clara Han, <i>Life in debt. Times of care and violence in neoliberal Chile</i> <i>Javiera Araya Moreno</i>

